

UNA HISTORIA DE SEGUNDAS OPORTUNIDADES
EN LA QUE TODO ES POSIBLE.

A close-up photograph of two hands reaching towards each other, with the fingers just inches apart, creating a sense of tension and hope. The hands are light-skinned and the background is a soft, warm white light.

Alteravita

UNA NOVELA DE
ESTEFANIA YEPES

ÁLTERAVITA
ESTEFANÍA YEPES

Primera edición:

Abril 2017

© Estefanía Yepes, 2017

Todos los derechos reservados.

Registro de la Propiedad Intelectual.

SafeCreative: 1703171165828

Barcelona, Abril 2017.

Quedan estrictamente reservados todos los derechos y rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ÍNDICE

[Prólogo.](#)

0.[El principio... o tal vez el final.](#)

1.[El tiempo... no lo cura todo.](#)

2.[Resurgir.](#)

3.[La llamada.](#)

4.[La decisión.](#)

5.[La magia.](#)

6.[El regreso.](#)

7.[Asumir la realidad no siempre es fácil.](#)

8.[El primer paso... de muchos.](#)

9.[A veces, los planes pueden fallar.](#)

10.[No fue la única ocasión.](#)

11.[Exprimir cada minuto de vida.](#)

12.[Reaccionar o rendirse.](#)

13.[El viaje más esperado.](#)

14.[Contener la respiración...](#)

15.[No hay montaña tan alta.](#)

16.[Álteravita.](#)

17.[Volver a despertar...](#)

18.[El destino.](#)

19.[Honor, integridad y amor.Siempre.](#)

[NOTA DE LA AUTORA.](#)

[OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA](#)

[UN MUNDO PARA HÉCTOR, I](#)

[CAPÍTULO 0](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

A Guillermo,

Por enseñarme a comprender el incalculable valor de cada segundo.

Prólogo.

En algún momento dado, todos almacenamos en nuestra memoria el recuerdo de un acto, decisión, palabra o gesto, que nos remueve por dentro y nos martillea la sien. Duele. Tanto como solo lo hacen aquellas cosas que viven en un interior desprovisto de visitas ajenas, donde el propio *yo* es dueño y señor de nuestras emociones más ocultas, recordándolas cada vez que se siente dispuesto a castigarnos con ellas.

Los remordimientos existen desde tiempos inmemorables. Residen en el ser humano y constituyen parte de su propia existencia, cohabitando junto con todos los buenos pensamientos. Son casi tan importantes como ellos, tal vez incluso más. Se aprende a partir de las enseñanzas, pero también de los errores. Estos, precisamente estos, son los que generan una sensación en el cuerpo imposible de emular por cualquier explicación doctrinal o fármaco. Resulta muy fácil entender que si tú sonríes a una persona justo después de deseárselo que tenga un buen día, existe un noventa y ocho por ciento de posibilidades de que esta te responda del mismo modo, lo cual, provocará en ti emociones de placer, serenidad y lo más importante, permitirá la liberación de las llamadas endorfinas, los neurotransmisores responsables de hacer que nos sintamos felices y al mismo tiempo, disminuirán los niveles de estrés. Sin embargo, nadie nos prepara para la llegada de aquel momento en el que, sobrepassados quizá por ciertas circunstancias, tal vez una noche de insomnio o bien, una semana cargada de tensión en el trabajo, cuando alguien nos sonrío tras desearnos ese radiante “buenos días” respondemos con un despiadado bufido, enarcamos las cejas y le recriminamos que todavía siga en la cama cuando debería de estar haciendo algo productivo con su vida, y no dejar que todo el peso de la casa recaiga sobre uno mismo, justo antes de cerrar la puerta a tus espaldas y desaparecer con el corazón batiendo con fuerza contra el pecho. Tras ese dos por ciento de posibilidades que existen de que esto suceda, cuando la furia inicial remite y la razón consigue hacerse un hueco e imponerse sobre la excitación sobrevenida, surge lo que se conoce como los

remordimientos.

Los remordimientos no son más que sentimientos, un patrón de pensamiento según el cual, el ser humano ahonda y rememora unos actos, reacciones o palabras que quizá podría haber evitado, en la mayoría de ocasiones de forma muy sencilla. Los hay productivos, es decir, todos aquellos que nos permiten aprender de un error y afrontar nuestro futuro de un modo distinto; pero también, existen los considerados como improductivos, capaces de sepultarte y hundirte sin piedad en un infierno de emociones con las que no podrás cambiar absolutamente nada e incluso, de destruir cada recodo de tu ser.

Dicen que de los errores se aprende. La historia que os traigo a continuación no versa únicamente sobre ellos, sino sobre la capacidad que tiene el ser humano para caer, levantarse, comprender, crecer y, en la mayoría de los casos, volver a caer.

Dar el siguiente paso, ya solo depende de uno mismo.

¿Cuántas veces os habéis preguntado “qué habría pasado si...”?

0.

El principio... o tal vez el final.

Desperté demasiado tarde. Bueno, en realidad no lo hice. Pero, por lo visto, una ya no podía dormir tranquila ni siquiera a las siete de la mañana. Me sentía agotada por culpa de las incesantes horas de trabajo a las que me veía sometida y mi jefe no parecía tener muy por la mano el concepto “límites”. Una cosa era tener disponibilidad horaria completa y otra muy distinta no respetar el descanso de tus empleados.

Salí del baño envuelta en una nube de vapor, el pelo encrespado y el maquillaje sin sellar. Me esperaba un día duro. Debía despedir a mi secretaria y a dos de los chicos de mantenimiento después de una remodelación de plantilla. Llevábamos toda la semana con reuniones a casi todas horas. El comité nos exigía cifras con las que respaldar una decisión que me provocaba náuseas. Me miré frente al espejo del armario y mis ojeras no me devolvieron el saludo. Por lo visto, ellas también me odiaban. Toda yo me odiaba por tener que dar ese paso.

A mis espaldas, Sam continuaba tumbado en la cama, como si el mundo no fuera con él. La serenidad se reflejaba en su rostro, aquella calma que solo reside en las personas que no viven con remordimientos o tal vez, aquellas que con el tiempo, han aprendido a gestionarlos sin que estos logren adueñarse de su cordura. Uno de sus pies reposaba apacible sobre las sábanas, al que le seguía una pierna musculada y fibrosa. Sentí rabia y muchísima envidia. Rabia porque él pudiera dormir con tal placidez cada noche, ajeno a todas las emociones que me hacían tambalearme, sufrir migrañas hasta altas horas de la madrugada y acabar llorando hecha un ovillo cuando la tensión me sobrepasaba. Envidia de que él pudiera seguir durmiendo mientras yo debía ir al despacho y afrontar el que seguramente sería uno de los peores días, cuando lo único que deseaba era quedarme en casa, servirme una copa de vino y encargarme una tarta con crema de mantequilla.

—Buenos días, mi amor —me saludó feliz, con un ojo entreabierto y algunos mechones ondulados cubriendo su frente. Mostraba una de esas sonrisas mañaneras, obnubiladas por un sueño del que aún no había despertado por completo. Sí, me moría de rabia, de envidia y estaba furiosa con él, por un motivo que ni siquiera le concernía.

—Eso lo será para ti —espeté en un tono hosco que no se merecía—. Te pasas las mañanas durmiendo sin hacer nada de provecho. Ya podrías levantarte y salir a hacer la compra por lo menos, sería todo un detalle por tu parte.

A través del espejo vi que levantaba ligeramente la cabeza, contrariado por aquel ataque gratuito que acababa de recibir. Me dedicó una mirada de estupor nada fingida. Cerré los ojos y sostuve la cabeza en alto, arrepintiéndome en ese mismo instante de lo que acababa de decirle. Pero no tenía tiempo para disculpas. Cogí el bolso que había sobre la silla, me coloqué el pañuelo en el cuello y me despedí con un simple e impersonal “adiós”.

Llegué a la oficina con el estómago encogido y una aguda jaqueca, por no mencionar la presión que me oprimía el pecho. El metro a esas horas de la mañana era un horror. Se formaban grandes tumultos y algunos de los viajeros, sin haber pasado previamente por una ducha cálida y necesaria, me conducían con su impaciencia a un estado de mayor irritación. No me gustaban las aglomeraciones, pero nos habíamos quedado sin coche y el chico del taller dijo que tardaría dos o tres días en darnos una respuesta al problema. Hacía tiempo que no iba en metro y ahora no podía pensar en otra cosa que no fuera lo mucho que llegaba a odiarlo.

Entré en la oficina con el pulso disparado y un ligero temblor en las manos. Todavía podía escuchar mis propias palabras mientras el rostro de Sam me interrogaba atónito desde la cama. Me había pasado con él. No se merecía mi descaro. Algo se removió en mi interior y supe que tenía que disculparme cuanto antes. Elevé la mirada al techo, puse los ojos en blanco y

exhalé un suspiro mientras mi conciencia se encargaba de mortificarme. Sentía la imperiosa necesidad de pedirle perdón y hacerle saber que en realidad, no quería decir lo que había dicho. Era consciente de que trabajaba hasta muy tarde y que nuestros horarios a veces resultaban incompatibles, pero quería que supiera que no creía que fuera un hombre sin pretensiones ni dedicación, ni mucho menos.

Al llegar a mi despacho, dejé las cosas en el perchero, encendí el ordenador y saqué el teléfono móvil para enviarle un mensaje. Sin embargo, mi jefe apareció en ese mismo instante, dispuesto a cortar de raíz mis intenciones.

—Llegas tarde. Están todos en la sala de juntas. Date prisa.

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza y me vi obligada a dejar de lado mis propósitos para coger los portafolios antes de salir tras él como un rayo. Respiré con profundidad un par de veces a sus espaldas y me dije a mí misma que en cuanto hiciéramos el primer descanso le enviaría el mensaje. Él debía de seguir durmiendo y seguramente, despertaría a media mañana, daba igual que el mensaje llegara a las ocho menos cuarto que a las diez.

—Somos conscientes de que una reestructuración como la planteada supone un gran descontento para una plantilla de trabajadores que, de pronto, verá la inseguridad reflejada en sus puestos de trabajo y tal vez, provoque que decaigan los ánimos. Debemos encontrar la manera de hacerlo sin que el resto de trabajadores...

Todas las cabezas giraron en mi dirección cuando la pantalla de mi teléfono se encendió por tercera vez consecutiva mientras el incesante y molesto ruido de la vibración contra la mesa robaba la atención del director de recursos humanos.

—Espero que sea importante por lo menos —rugió mi jefe con la mandíbula apretada, avergonzado por mi comportamiento.

—Disculpen —fue lo único que se me ocurrió decir.

Me puse en pie y me afané en abandonar la sala. Descolgué cuando todavía estaba en la puerta y cerré, tirando del picaporte con cuidado de no dar un portazo.

—¿Sí?! —exclamé con impaciencia.

—¿Es usted la señora Levy?

—Sí. Yo misma. ¿Quién es?

—Esto... —titubeó el hombre, disparando todas las alarmas de mi cuerpo, receptivas a unos estímulos que ni siquiera podía ver—. Soy el agente Adam Spencer... La llamo porque su marido... acaba de tener un accidente.

No pude escuchar nada más. Ni la indicación del hospital al que lo habían trasladado de urgencia ni tampoco las veces que llegó a preguntarme si seguía al otro lado de la línea. Caí lentamente, deslizándome con la espalda contra la pared hasta quedar hecha un ovillo en el suelo. Mis brazos cayeron inertes a ambos lados de mi cuerpo y perdí la mirada hacia ningún punto en concreto del corredor. El teléfono resbaló entre mis dedos y pude escuchar a lo lejos la preocupada voz del agente de policía que continuaba preguntando por mí al otro lado de la línea.

Mi alma, de algún modo, se desprendió de mi cuerpo para ascender lentamente, tirada por algún tipo de arnés invisible. No distinguía el dolor físico del que provenía de mi interior, intangible y despiadado. La visión se distorsionó frente a mis ojos y ya no veía nada más que mi propia sombra. Escuché a lo lejos los pasos acelerados de alguno de los presentes de la sala, que me llamaban seguramente con la preocupación reflejada en el rostro. Supe que alguien se agachó a mi lado, buscando mi consciencia o temiendo que acabara de sufrir un infarto. Aunque, si hubiera podido elegir, hubiera preferido que así fuera. De pronto, todo eran voces de alarma y gritos a mi alrededor, pero yo continuaba sin distinguir nada más que un torbellino de emociones desconocidas y toda la retahíla de pensamientos que desfilaban por mi mente. Sin embargo, entre todos ellos había uno que no lograba apartar de mi cabeza. Se repetía como un eco sordo y estridente al mismo tiempo, cada

vez a mayor volumen. Cerré los ojos y apreté la mandíbula. Me llevé las manos a los oídos y los tapé, en un absurdo intento de silenciar mis pensamientos. Debía de ser una pesadilla. Tal vez si me pellizcaba, despertaría al lado de Sam.

Lo intenté. Juró que lo intenté con todas mis fuerzas hasta que alguien me sujetó por las muñecas y evitó que continuara magullando la piel de mis brazos. No escuchaba nada de lo que me decían, aunque podía verles de forma borrosa moviendo los labios y buscando mis ojos. Tan solo era capaz de ver a Sam tendido en el suelo, inmóvil, mientras yo le señalaba con el dedo y le reprochaba sin derecho todas esas cosas que en realidad no sentía pero que no supe guardar para mí.

Cientos y miles de pensamientos convergían sin piedad en mi cabeza. Si le hubiera mandado el mensaje antes de ir a la reunión tal vez no hubiera pensado que estaba enfadada con él. Seguramente, se hubiera quedado haciendo el remolón en la cama un rato más y luego habría preparado café. Le hubiera seguido una ducha y a continuación, habría hecho la cama y limpiado la cocina. Nunca encontraba inconvenientes para hacerlo. Del mismo modo, no habría salido de casa, furioso por la forma en la que sin derecho alguno había arremetido contra él y seguramente, no habría conducido de una forma tan acelerada e imprudente. Todo era por mi culpa. Si no le hubiera atacado, seguramente seguiría sano y salvo. Si no le hubiera dicho todas esas cosas que en realidad no sentía...

I.

El tiempo... no lo cura todo.

Abrí los ojos en el silencio que produce la soledad más amarga del mundo, aquella que viene acompañada de todos los rostros que conoces y necesitas a tu lado, pero que, en realidad, no son capaces de encontrar el modo de apaciguar el sufrimiento de tu corazón.

Veinticuatro horas después, todavía no había asimilado que ya no le tuviera conmigo. Sam se había ido, dijeron los médicos, tras asegurarme que apenas había sufrido. Me vestí para la ocasión con la ropa que mi madre seleccionó del armario. Con el cariño que solo una madre profesa por un hijo, me ayudó a lavarme el pelo mientras dejaba que llorase en silencio en el interior de la bañera, donde me aferré a mis rodillas y escondí la cabeza. No quería decirle la verdad. No quería que supiera la clase de mujer que era su hija, incapaz de darle un beso de buenos días a su marido antes de ir a trabajar. Me avergonzaba decirle que le había hecho daño, que había pagado con él todo lo que sentía por culpa de mi trabajo y que ahora, se había ido de mi lado para siempre, con el último recuerdo de mi ceño fruncido y una seca despedida, que desprendía de todo menos el amor que sentía por el único hombre de mi vida. Era mi culpa, me había abandonado porque me lo merecía.

En aquella sala blanca ahora todo era distinto. La gente me abrazaba, lloraba en mi hombro y pronunciaba junto a mi oído palabras que no reconocía, como si ya no entendiera mi propio idioma natal. Lo observaba todo desde una distancia prudente, en la que yo continuaba sentada al lado de mi marido, dándole la mano y diciéndole una y otra vez cuánto le quería. Tenía que saberlo. No podía dejarle ir sin estar segura de que no dudaba de mi amor por él.

Verle desaparecer todavía fue más duro. Mis padres me acompañaron en todo momento, sosteniéndome a ambos lados para que no perdiera el

equilibrio, mientras escondía todo mi tormento tras unas gafas de sol que disimulaban el castigo que me infligían mis remordimientos. Todos se marcharon hasta que únicamente quedamos los tres. Mis suegros estaban destrozados por la pérdida y mi cuñado no fue capaz de soportar la presión. Pero entendieron que necesitara aquellos instantes para mí; para despedirme de mi único amor, de mi vida, de toda la razón de mi existencia.

—Mamá... Necesito quedarme un segundo a solas con él. Por favor...
—gemí, sin dejar de mirar la losa con un epitafio que no le hacía honor.

Dudaron unos instantes antes de concederme aquella simple petición. Me besó en la mejilla y mi padre en la sien, justo antes de alejarse a través del cuidado jardín hacia la puerta principal. Ya solo quedábamos el silencio, Sam y yo.

Le miré de nuevo y fue la primera vez a lo largo de todo el día que me quité las gafas de sol. Mis ojos estaban acristalados, escondidos tras un velo opaco de lágrimas que no cesaban. Apreté la mandíbula y por instinto, llevé las manos hacia el cuello, donde su alianza colgaba de mi gargantilla. Necesitaba confirmar que seguía ahí cada pocos segundos, lo único que me quedaba de nuestra promesa de amor eterno, aquella que solo la muerte lograría romper. Qué irónico me parecía ahora. Siempre pensé que esa última premisa respondía a la imagen de dos ancianitos que se daban la mano en la cama, tras llegar a la conclusión de que ya habían cumplido todas las metas y sueños de su vida. Sin embargo, nuestro momento llegó mucho antes. Unos cuarenta años antes, según mi parecer.

Eché un rápido vistazo a todo lo que había a mi alrededor. Las flores estaban cuidadas y los jardines lucían con un brillo especial. Era un lugar tranquilo para Sam, tal y como a él le gustaba. Por un momento, permití que la rabia se apoderara de mí. Le maldije por abandonarme, por dejarme sola con treinta y dos años y toda una vida por delante. Una vida en la que él debía de cuidar de mí... y yo de él. No era justo. Me lo había prometido. Me juró que nunca me dejaría, por nada ni por nadie. Y no había cumplido su palabra.

Sin embargo, la rabia duró apenas unos segundos, hasta que fui consciente de que en realidad, ninguno de los dos cumplimos lo que un día nos

juramos. Le quería, era cierto. Pero durante los últimos meses algo no iba bien entre nosotros. Y ahora que ya no le tenía conmigo, me removía por dentro cada uno de esos recuerdos en los que por voluntad propia, dejamos que el hastío venciera sobre nuestra firme voluntad. Me horrorizaba pensar que de un modo tan sencillo habíamos dejado que nuestra felicidad no fuera el objetivo principal de cada uno de nuestros días compartidos. Me dolía cada recuerdo, cada una de las riñas que podríamos haber evitado sin más fundamento que el “te he dicho mil veces que no dejes las tazas aquí”.

Me arrodillé frente a él y me cubrí el rostro con las manos mientras dejaba que me atormentaran todas las oportunidades que no aprovechamos. Quería devolverle el mejor recuerdo de mí, que supiera que todavía era la chica de la que un día se enamoró ciegamente. Necesitaba restituir todas las sonrisas que un día no le regalé y que siempre le habían pertenecido. Necesitaba volver atrás y decirle “buenos días, mi amor”. Necesitaba...

Una corriente gélida se esparció con avidez por todo mi cuerpo desde el omóplato, lugar en el que se posó una mano que no esperaba. Me giré con lentitud, todavía aletargada por la debacle de mis pensamientos, para dar de frente con el rostro anciano de una mujer que jamás había visto antes. No la reconocía, pero tal vez ella sí que conocía a Sam y había llegado tarde para despedirse de él.

—Niña... debes dejar de martirizarte. No fue tu culpa.

Sus palabras rebotaron contra todas las paredes de mi embotado cerebro en busca de un hueco en el que insertar un recuerdo que diera sentido a lo que acababa de decir. ¿Quién era y por qué sabía que me culpaba de la muerte de Sam?

La miré sin encontrar las palabras adecuadas para responder a su afirmación. Había algo peculiar en ella. Tal vez la extraña claridad de sus ojos, de un azul tan intenso y claro como el mar de una playa de arena blanca. Tenía la tez pálida y el rostro cubierto de arrugas. Debía de tener ochenta o noventa años, tal vez más. Pero la serenidad que emanaba de su expresión, así como la dulzura de su sonrisa, acalló mis pensamientos durante unos instantes por primera vez en las últimas horas. El pelo, canoso, débil y suave, se

enroscaba alrededor de su rostro en unos envejecidos tirabuzones, cubiertos por una pañoleta de seda, roja y dorada.

Me tendió un pañuelo blanco de algodón con el que secar las lágrimas que todavía caían silenciosas por mis mejillas. Lo cogí y me lo llevé al rostro, acompañado de un ligero aroma a incienso y flores silvestres.

—No te dejes marchitar por los remordimientos. No harán que las cosas cambien... Debes aprender de ellos y mirar hacia delante... Pero, si te ves sobrepasada por un pasado que desearías cambiar, puedes acudir a mí. Tal vez pueda ayudarte.

Me sonrió con una familiaridad desconocida, justo antes de tenderme una tarjeta. En ella había un teléfono escrito a mano. Ni un nombre, ni una dirección; nada más. Elevé de nuevo la vista para encontrarme con los ojos seniles de la mujer pero ya no pude verla. Se marchaba a una velocidad impropia de una señora de su edad en dirección a la entrada del camposanto.

Volví a quedarme sola junto a la única compañía del ausente Sam. Eché un último vistazo a la tarjeta que sostenía entre los dedos y con cuidado de no perderla, la introduje en el bolsillo de la chaqueta. De pronto, la oscuridad parecía haberse cernido sobre nosotros, como si la aparición de la mujer hubiera durado en realidad unas horas. Tal vez así fuera, lo cierto era que ya no me podía fiar de mis propias impresiones. O simplemente, en algún momento del día había perdido la noción del tiempo, entre todo el resto de cosas que también habían escapado de mi control.

—Lo siento, Sam... —balbuceé con el labio inferior tembloroso—. Te juro que lo siento con todo mi corazón. Siempre te he querido y lo haré hasta el resto de mis días...

Acaricié la tierra húmeda con la que cubrieron el féretro de mi marido y le entregué mi último suspiro, el de una despedida para la que jamás me había preparado. Ponerme en pie tras ello fue el acto más doloroso de mi vida. Aquel simple gesto que tantas veces repetimos a lo largo del día, ahora significaba el principio y el final. El inicio de una vida para la que no estaba preparada, ahora sin más compañía que la de mi familia, que jamás podría rellenar el hueco que Sam había dejado en mí. El final, porque ya nunca podría

volver a prepararle unos guisantes con bacon por los que se moría, provocarle un escalofrío de placer o sentir sus labios sobre mi frente, prometiéndome que todo lo que ahora me afligía, mañana habría desaparecido.

No pude volver la vista atrás cuando pasados unos segundos en los que permanecí inmóvil frente a él, tal vez minutos, me vi obligada a dar el primer paso. De nuevo, las lágrimas surcaron mis ojos y opacaron mi mirada. Me iba y le dejaba atrás, solo, en compañía de todas aquellas almas que estaba segura de que le cuidarían, aunque no le conocieran. Qué miedo debía de estar pasando al verse de repente sin ninguno de sus seres queridos cerca de él.

—Te quiero... —sollocé antes de darle la espalda por completo.

II.

Resurgir.

Me aferré a la bolsa que mi madre preparó antes de marcharnos de casa y la llevé contra mi pecho.

—Cariño, será mejor que vengas a casa... —dijo, con el pesar y la tristeza reflejados en el rostro—. No quiero que estés sola...

Aquella última palabra repiqueteó con fuerza en mi cerebro y llegó hasta mis entrañas. Sola. Iba a estar sola. De ahora en adelante. Respiré de forma entrecortada y un gemido se me atravesó en la garganta, antes de que lograra ahogarlo a tiempo.

—Mamá... lo necesito. Estaré bien. Solo quiero estar con Sam y si me voy... será como si le abandonara del todo.

Me contemplaron con los ojos entornados al borde de las lágrimas. Ellos también le querían, lo supe desde la primera vez que me acompañó a casa. Pero debían mantenerse fuertes por mí y lo intentaban por todos los medios. Mi padre fue el que me abrazó primero, quizá por aquella conexión que solo existe entre un padre y una hija. Luego fue mi madre la que se unió a nosotros. Me acarició el rostro y me dedicó una sonrisa cargada de ternura que me quebró por dentro. No habría podido resistir aquel día sin ellos.

Esperaron junto al coche, que aguardaba en un lateral de la calzada con los intermitentes puestos, hasta que llegué a la puerta principal del edificio. Me despedí por última vez y a continuación, les di la espalda y me situé frente a la misma. Hice ver que buscaba las llaves en el bolso. Sin embargo, nada más lejos, fingí hacerlo cuando en realidad, lo que buscaba era el tiempo necesario para hacerme a la idea de que al cruzar la puerta, ya nada volvería a ser lo mismo. Jamás volvería a hacerlo en su compañía, ni volveríamos a discutir sobre quién debía sacar las llaves cuando regresábamos del

supermercado, cargados de bolsas repletas de comida.

Apreté los labios con fuerza hasta que me hice daño. La oscuridad de la noche me ayudó con el trance, pues disimulaba en gran medida la congestión de mi rostro, la nariz enrojecida y el surco negro que se había instalado bajo mis ojos. Al final, introduje la llave en la cerradura, empujé la puerta y di el paso que marcaría mi nueva vida sin volver la vista atrás.

Desperté por culpa del estruendo, sobresaltada. Levanté la cabeza y traté de enfocar la mirada, pero no veía nada con claridad. Me di la vuelta y cogí aire un par de veces antes de volver a intentarlo. Por fin logré distinguir el techo de mi dormitorio. Un nuevo trueno resonó por todo el ático, mientras la lluvia golpeaba con fuerza contra todos los cristales que daban a la terraza. Hacía tiempo que no se veía una tormenta parecida en la ciudad. Me incorporé y sentí que la cabeza me daba vueltas. Me llevé una mano a la frente y la froté con suavidad, para luego apartarme los mechones que se habían quedado enganchados en la piel. Tragué y sentí la garganta seca. Miré hacia un lado y distinguí la botella de vino casi vacía y la copa al lado. Todavía llevaba puesta la misma ropa, salvo los botines, que permanecían tirados de cualquier modo sobre la alfombra. Estaba agotada y tenía ganas de desaparecer.

Los remordimientos volvieron a asaltar mi mente sin piedad y los acallé vaciando lo poco que todavía quedaba de la botella en el interior de la copa. La llevé a los labios y me lo bebí de un único trago. Me puse en pie y acto seguido, con el poco equilibrio que todavía poseía, me saqué el pantalón de cualquier modo, e hice lo mismo con el abrigo y la blusa. Al tirarlo sobre la silla, un pequeño papel blanco cayó al suelo y la imagen de la anciana me vino a la cabeza. Ni siquiera me digné a recogerlo. Me dejé caer sobre la cama y llevé la vista hacia la ventana del techo, desde la que siempre habíamos contemplado el cielo. Hoy no brillaba ni una sola estrella. Fuera donde fuese que hubiera ido Sam, no conseguía mandarme ninguna señal.

Veía los miles de millones de gotas que impactaban con estridencia sobre el cristal, en una atronadora melodía que, junto con el sonido de los truenos, conseguía silenciar mis pensamientos. Sin ser consciente de ello, al

final me quedé dormida, permitiendo que se mezclaran mis lágrimas con todas las que caían del cielo.

El resto de la semana lo pasé del mismo modo. En algún momento del día mi madre acudía a mi encuentro, cargada con un termo de caldo preparado con todo su cariño. No me movía de la cama, ni siquiera para pasar por la ducha, aunque era consciente de que comenzaba a resultar muy necesario. El desconsuelo inicial por la pérdida comenzó a remitir, pero los remordimientos iban en aumento, hasta que llegué al punto de tener que pedir ayuda para conciliar el sueño. Me recetaron unas pastillas con la finalidad de evitar que necesitara ingerir una botella de vino entera cada noche hasta caer rendida. Me fueron bien, pero el alivio tan solo duraba unas pocas horas.

Al abrir los ojos, todo mi mundo se desvanecía de un plumazo. Su última sonrisa me perseguía, junto con aquel risueño y adormecido “buenos días”. Lo escuchaba en cada rincón, en cada estancia, en cada parte de mi casa. Acto seguido, me veía a mí misma desde la distancia, con la rabia reflejada en los ojos, recriminándole por algo que no pensaba en realidad. Cada día que pasaba, cada hora, incluso cada minuto, resultaba todavía más tortuoso que el anterior. La realidad se desdibujaba y lentamente, mi cerebro construía, o mejor dicho, reconstruía una imagen que no había existido. Cada vez había más furia y peores palabras que se mezclaban con muchos más recuerdos, cargados de la misma intensidad. Me maldecía por todas las cosas que no hice pero sobre todo, por el último recuerdo que se llevó de mí. No pude despedirme de él... Si por lo menos le hubiera deseado un buen día y le hubiera dado un último beso... ahora no me sentiría como la mujer más deleznable del mundo.

Lloré con tanta fuerza que sentí que se me desgarraban las cuerdas vocales. Grité, gemí, maldije y estrellé la copa contra la pared de obra vista. Me tapé la cabeza con la almohada y al final, dejé que mi cuerpo se rindiera al dolor que me provocaba su ausencia.

El séptimo día amaneció despejado. Una de aquellas mañanas londinenses que nadie en su sano juicio querría desaprovechar. Entreabrí los ojos cegada por la luz que entraba a través de las ventanas. Me dolían muchísimo y tardaron en acostumbrarse. Cogí el móvil que descansaba sobre la mesilla de noche y comprobé que eran casi las ocho de la mañana. Mi jefe me concedió la baja por depresión a regañadientes por lo que disponía de unos días para mí, para recuperarme de algo que aunque quisiera, nunca lograría superar.

Quizá hubiera llegado el momento de salir al exterior por primera vez en todos aquellos días y ver cómo reaccionaba. Lo cierto era que sentía miedo, un temor irracional y espantoso que nunca antes había sentido. De pronto, me daba pánico sentirme sola en un entorno que ahora se me antojaba hostil. Salir a la calle se había convertido en una especie de cruzada para mí. Creía que al hacerlo, todos me señalarían con el dedo y susurrarían en pequeños corros refiriéndose a mí como la mujer que ni siquiera fue capaz de despedirse de su marido. Pero lo que no podía era dejar que pasara el resto de mi vida mientras yo me mantenía confinada en mi apartamento, a la espera de que los días se consumieran sin más. O tal vez sí podía. En realidad, era lo único que me apetecía. Sin embargo, durante la semana, el médico que me vistió y me autorizó la baja me aconsejó en numerosas ocasiones salir a hacer ejercicio. Según él, eso me ayudaría a levantar mi estado de ánimo. Tal vez fuera un buen momento para ponerlo en práctica y ver si estaba en lo cierto.

Rebusqué en el armario y di con la ropa de deporte. Hacía muchísimo tiempo que no la usaba. Me cambié y me dirigí hacia el baño donde me lavé la cara y me recogí el pelo en una coleta. Estaba sucio y grasiento por el paso de los días en los que me había descuidado por completo. En el centro de mi pecho escuchaba el inquieto batir de mi corazón, angustiado por demasiadas razones al mismo tiempo. Quizá disparar su ritmo pudiera ayudarme de verdad.

Llegué a la puerta principal y me detuve, tentada de regresar y coger el iPod de mi despacho. Pero deseché la idea casi con la misma velocidad, necesitaba escucharme a mí misma y comprobar que en mi cabeza todavía

existía la posibilidad de crearse un confortable silencio en el que refugiarme. Así pues, cogí las llaves, las guardé en un bolsillo de la chaqueta, lo cerré con la cremallera y salí.

El aire fresco me recibió expectante al cruzar la puerta principal del edificio. Miré a ambos lados de la calle y me tranquilicé al ver que nadie reparaba siquiera en mi presencia. Nuestro apartamento estaba situado muy cerca del Soho londinense. Apenas había una milla de distancia hasta Hyde Park y me propuse como meta llegar hasta ahí. Pasear entre los árboles me vendría bien, lejos del bullicio que imperaba en las calles del centro. Inicié el camino de forma pausada pero sin detenerme. No sería bueno echar a correr después de tantos meses de mantenerme inactiva.

Durante las primeras calles que crucé, miles de sensaciones me recorrieron por completo hasta que de pronto, comencé a relajarme. Nadie me prestaba la menor atención y aquello me sirvió para recuperar un poco la confianza que había perdido. Llegué a las inmediaciones del parque y sonreí. Me sentía bien conmigo misma aunque la punción del pecho que me acompañaba desde hacía una semana no hubiera remitido. Sin embargo, durante ese breve trayecto, me dio tiempo a pensar en muchas cosas sobre las que quizá no hubiera reflexionado antes. Me resultaba curiosa la peculiar percepción de la soledad que se puede adoptar según los distintos puntos en los que te encuentras de tu vida. A veces, podías sentirte solo en una sala llena de gente o, como en ese instante, en una calle repleta de transeúntes que ni siquiera sabían de mi existencia, a pesar de haberse cruzado conmigo durante unos segundos de su vida. Sin embargo, podía suceder todo lo contrario y junto a una única persona, sentir que no necesitabas a nadie más.

Si algo tenía Hyde Park que siempre me había gustado era la posibilidad de concederte esa ansiada soledad cuando más la necesitabas. Era tan grande que una vez dentro, pasabas a ser una pequeña mancha sobre el mapa, apenas perceptible. La gente paseaba de forma tranquila, ajenos a todo lo demás. Había quien se tumbaba a leer o a escuchar música, los que mantenían distendidas conversaciones por aquellos marrones senderos que resaltaban sobre el vivo verde de la hierba. Era divertido ver cómo algunos

jugaban con las ardillas, que salían raudas a tu encuentro cuando dabas un par de toquecitos en el suelo con la cáscara de un cacahuete.

Cuando empezamos a salir, Sam y yo solíamos ir a jugar con ellas cada fin de semana. Eran adorables. Me sorprendí contemplando a una parejita joven que me recordó a nosotros. Ella estaba sentada y le enseñaba una mano repleta de manís a las ardillas, que se acercaban sigilosas. El chico la observaba con la cámara preparada, esperando el momento en el que alguna de ellas se subiera por sus piernas. Reían felices, ajenos a todo cuanto les rodeaba.

Sentí la cálida humedad bajo mis ojos y me llevé la mano hacia el rostro, donde arrastré con los dedos las lágrimas que impediría a toda costa que rodaran por mis mejillas. Debía seguir adelante.

Continué de nuevo mi camino y esta vez, fui incrementando la velocidad hasta alcanzar una con la que me sintiera cómoda y que pudiera mantener. Todos los músculos del cuerpo respondían entumecidos, desprovistos de las energías suficientes para cumplir mis órdenes. Estaba segura de que al día siguiente despertaría con agujetas pero, por primera vez en toda aquella semana, la sangre volvía a fluir y calentaba mi cuerpo, que hasta ahora había permanecido gélido y estático. De algún modo me sentí viva.

Al cerrar la puerta me faltaba el aliento. Quizá hubiera corrido una milla, dos a lo sumo, pero tuve que reconocer que el doctor tenía razón. Mi cuerpo reaccionaba tal y como él me había asegurado. Tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo, de mis labios salían sonoros jadeos y el pulso se me había disparado, pero mi mente trabajaba ahora a otro nivel, libre de una presión que hasta el momento, no hubiera creído posible que pudiera llegar a desaparecer. Mi calvario personal continuaba esclavizándome pero, por lo menos, conseguí concederme un espacio de una hora en la que los remordimientos no tuvieron cabida.

Me dirigí hacia el baño y me encerré en el interior más minutos de la cuenta. Habían pasado un par o tres de días desde la última ducha. Tapé el desagüe de la bañera y la llené de agua caliente, hasta que toda una nube de

vaho inundó la pequeña estancia. Me metí después de dejar toda la ropa en el cesto de mimbre que había en una esquina y me acomodé en el interior, antes de sumergirme durante unos segundos.

No supe cuánto tiempo pasé ahí metida pero no quise salir hasta que el agua perdió temperatura y mis dientes comenzaron a castañear. Envolví el pelo en una mullida toalla e hice lo propio con mi cuerpo. Regresé al dormitorio y cuando me dirigí hacia el armario, sentí que algo se me había enganchado a la planta del pie. Me detuve, lo levanté y distinguí de nuevo aquel trocito de papel blanco que ni me preocupé en recoger la última vez que había reparado en él. Lo sostuve entre los dedos y jugueteé durante unos instantes con él antes de dejarlo sobre el baúl que había a los pies de la cama.

Abrí los ojos y sonreí al verle dormido, tan plácidamente perdido en sus sueños. Llegaba tarde a trabajar pero no sentía prisa alguna. Me detuve a contemplarle durante unos instantes. Seguía tan guapo como al principio. Los años parecían no pasar por él, que sumaba atractivo como canas su melena. Era de aquellos hombres a los que la edad les sentaba bien, como un buen vino. La lástima era que no recordase en qué momento había dejado de ser consciente de ello. Salí de la cama y me metí en el baño sin hacer ruido. Me duché, me vestí y cuando terminé de maquillarme, salí de nuevo. Continuaba en la misma posición, con una pierna sobre las sábanas, abrazado a la almohada. Sonreía y su rostro me removió por dentro.

—Buenos días, mi amor —murmuró desde la cama.

—Buenos días, mi vida —contesté pletórica.

Me acerqué hacia donde estaba, me agaché junto a él y le di un beso en los labios, secos tras el paso de la noche. Me recibió gustoso y sus brazos me rodearon, augurando un sinfín de cosas buenas para ese día que acababa de comenzar.

—Me voy a trabajar. Nos vemos luego —dije separándome de él, a pesar de que quedarme entre sus brazos era lo que más me apetecía en el

mundo.

—De acuerdo. Hoy ceno en casa... Podemos preparar una empanada de aquellas que tanto te gustan, si te apetece.

Sonreí y le miré de nuevo. Nuestros ojos se encontraron y nos lo dijimos todo sin añadir nada más.

—Claro. Me parece un plan perfecto. Traeré una botella de vino.

Le di un último beso y me encaminé hacia el salón. Cogí el bolso, me puse el abrigo y tras coger las llaves del mueble de la entrada, salí al rellano y cerré la puerta con un golpecito seco.

Resonó durante unos instantes con estridencia en mi cerebro, antes de que recuperara la consciencia. Estaba empapada en sudor frío. Me incorporé de un brinco y cogí una bocanada de aire, antes de dejarme caer de nuevo contra el colchón y esconder el rostro tras mis manos. Me odiaba. Odiaba mi vida, la capacidad de sentir y todas las formas que tenía el ser humano para experimentar emociones y castigarte con ellas. Necesitaba dormir una sola noche del tirón antes de que acabara enloqueciendo por completo. Las pesadillas iban en aumento y Sam siempre desaparecía, dejándome sola cuando mejor me sentía a su lado.

Salir a correr el viernes por la mañana se convirtió en un episodio aislado de mi confinamiento particular. A pesar de lo bien que me sentí, cuando desperté al día siguiente tras una sucesión de pesadillas de las que no lograba escapar fácilmente, no conseguí aunar las fuerzas suficientes para volver a repetirlo. Ni tampoco al otro, ni los siguientes dos días. Así me encontraba en ese instante; perdida en el infierno que yo misma había creado para mí. Deambulaba por el apartamento como un alma en pena, los pómulos marcados, las clavículas más descolladas de lo que lo habían estado nunca y unos tres kilos menos en el cuerpo. Continuaba sintiéndome culpable, cada

día más. Culpable por nuestra última conversación pero sobre todo, culpable por no ser capaz de ir a visitarle al cementerio y evitar que creyera que no le echaba de menos.

Salí de la cama y la rodeé con ese desasosiego permanente que se había instalado en mi cuerpo hasta que sin saber muy bien por qué, me detuve en seco. Me giré y distinguí de nuevo aquel maldito papel que parecía perseguirme. Volví a leer el número y por primera vez, lo llevé conmigo hasta el salón. Cerré los ojos y me vi a mí misma frente a la esquela de mi marido, un simple trozo de piedra que habían rellenado más por protocolo que por cariño porque en realidad, nadie deseaba visitar una losa de piedra oscura. ¿Qué podías decirle?

Recordé el tacto de la anciana mano sobre mi hombro y me sobresalté, como si una presencia se hubiera materializado en la estancia y hubiera repetido el gesto. Llevé la mano hacia esa parte del cuerpo y comprobé con alivio que no había nadie más que yo sola. Me sentía desesperada y por momentos, empezaba a perder la cabeza. La señora dijo que la llamara si realmente lo necesitaba... Dijo que podía ayudarme si mis recuerdos y remordimientos amenazaban mi cordura. Pero... la sola idea de pensarlo ya me hacía creer que realmente me había vuelto loca. Nadie podía cambiar el pasado, ni tampoco lo que había sucedido. Nadie. ¿Por qué entonces estaba marcando los números en el teléfono?

III.

La llamada.

Escuché impaciente los tonos de espera al otro lado de la línea con un ligero temblor en el labio inferior. Estaba perdiendo la cabeza por completo al ceder ante la absurda idea de que alguien pudiera ayudarme a recuperar lo perdido. Cinco tonos. Seis. Siete...

Me disponía a desistir justo cuando alguien descolgó.

—Pensaba que no tardaría tanto en llamar... —Me sorprendió la voz de la anciana.

Me quedé paralizada. Lo que menos esperaba era una respuesta como aquella. En ningún momento le di mi teléfono, ¿cómo podía saber entonces que era yo?

—¿Señorita Levy?

—¿C... Cómo sabe quién soy?

—Esperaba su llamada desde hace días. Nunca me he topado con alguien que haya aguantado tanto tiempo como usted.

—¿Nadie...? Pero... ¿de qué me está hablando?

No entendía muy bien lo que me decía y eso no hacía más que enfurecerme. ¿Quién era la anciana en realidad?

—Señorita Levy, quizá sería mejor que nos viéramos. Tal vez así podría contarle con más detalle todo lo que ansia saber.

—De... acuerdo —titubeé con temor.

—La espero en una hora junto a la estatua de Hyde Park, la que hace

honor a Peter Pan.

Dudé, pero no había tiempo para vacilaciones.

—Allí estaré.

Colgué con el corazón en un puño y la sensación de pertenecer a una realidad que no me correspondía. Me resultaría casi imposible llegar a tiempo a la cita si no salía en menos de tres minutos por la puerta y corría tanto como mis piernas dieran de sí.

Lo hice sin dudar ni un segundo más. Corrí a la habitación como si me persiguiera una estampida y me puse un pantalón deportivo, una sudadera y me calcé las zapatillas. Me recogí el pelo y me lavé la cara con agua fría, con la que arrastré los marcados temores de mi rostro, al mismo tiempo que serviría para descongestionar la hinchazón de mis ojos. Salí igual de rápida en dirección al salón, cogí las llaves del mueble y me encaminé hacia el exterior con el único recuerdo del curioso rostro de la anciana en la mente.

Llegué pasados unos minutos al lugar convenido. Tuve que detenerme en un par de ocasiones para recuperar el aliento, doblada por el intenso pinchazo que se había instalado bajo mis costillas. Cuando creí que no lo conseguiría, comencé a vislumbrar la estatua en la distancia y aceleré el paso tanto como mis piernas dieron de sí. Había paseado frente a ella en numerosas ocasiones, pero nunca había deseado llegar hasta donde se encontraba con tanto ahínco como esa mañana. A un lado del camino quedaba una de las zonas del lago que había en el parque. A la otra, se erigía una especie de montículo metálico por el que ascendían unos niños que ansiaban llegar a Peter Pan. Entre sus dedos sostenía un instrumento de viento que no supe identificar, muy parecido a una flauta que hubiera sido fabricada con la corteza de un árbol.

Me detuve frente a ella y me agaché con las manos sobre las rodillas, apenas con el equilibrio suficiente para continuar manteniéndome en pie. Tuve que obligarme a inspirar y expirar unas cuantas veces antes de sentir que la presión de mi sangre ralentizaba el ritmo de nuevo y el pinchazo de las costillas disminuía su intensidad. Volví a llevar la vista al frente y poco me faltó para caer de espaldas por culpa de la impresión. Frente a mí, la anciana me observaba con una inquietante mirada. No la vi llegar, ni siquiera había

oído sus pasos y sin embargo, ahí estaba, plantada frente a mí, escrutándome con curiosidad.

—¿Estás mejor?

—Sí... Sí —confirmé, ejerciendo presión con los dedos donde el flato todavía me torturaba sin clemencia.

—Me alegro. ¿Quieres dar un paseo? —continuó, antes de iniciar el paso sin aguardar a mi respuesta.

La seguí contrariada, sin atreverme a negarme a dicha sugerencia.

—¿Cómo has pasado estos días?

—Han sido un verdadero infierno... —Las palabras escaparon de mis labios de forma atropellada, sin que me hubiera dado tiempo a pensar bien la respuesta.

Miré de reojo a la anciana pero no distinguí en ella nada extraño. Era la viva imagen de una típica abuela británica, sin nada especial que poder resaltar. Tenía el pelo perfectamente cardado y lucía unas minúsculas y redondas gafas apoyadas sobre el puente de la nariz, ligeramente caídas, en las que no reparé la primera vez que la vi. Vestía un conjunto formado por una chaqueta y una falda larga en un tono verde botella, que seguramente debía de contar más años que yo.

—Me hago a la idea.

—¿Usted también...? —comencé, sin saber en realidad qué quería preguntarle.

—Sí, yo también soy viuda.

Viuda. Cinco letras que retumbaron por todo mi organismo. Mi cuerpo se paralizó por completo. Era la primera vez que alguien se refería a mí como tal, ni siquiera yo misma había llegado a pensarlo. Había perdido a mi marido, pero que ello me hubiera convertido en viuda... Sentí verdadero pavor.

—Tardarás, pero llegará un día en el que te acostumbrarás y...

—No quiero acostumbrarme —respondí, cortándola con desdén.

—Por eso estoy aquí.

Continuamos andando la una junto a la otra sin mediar palabra. Estaba segura de que me estaba concediendo el tiempo que necesitaba para reconducir mis pensamientos hacia un lugar en el que me sintiera más cómoda, aunque lo cierto era que no lograba dar con él. Y lo peor de todo era que no lo hacía porque no conseguía concentrarme en nada más que no fuera la absurda idea de estar perdiendo el tiempo.

—¿Es que acaso no tienes ninguna pregunta? —cuestionó sin borrar la expresión serena de su rostro.

—¿Puedo hacérselas?

—Claro. De lo contrario, ¿por qué has venido?

Dudé unos instantes más. Tenía razón, ¿qué demonios era lo que hacía ahí entonces?

—Bien. Esto... ¿Quién es usted?

—Me llamo Margareth Davenports; y no te conozco de nada, antes de que me lo preguntes.

—Davenports... ¿como los magos?

—¿Magos? —rio sorprendida por mi pregunta—. Ilusionistas, tal vez. Por la sangre de sus venas no corre la magia, aunque hayan aprendido a depurar sus trucos tras décadas de dedicación exclusiva a dicha tarea. Pero sí, compartimos estirpe y por lo tanto, árbol genealógico.

—Mi padre solía llevarme a menudo a la tienda de magia Davenports. Era... increíble.

—Oh, sí, cielo... Tienen un verdadero don para el ilusionismo y saben muy bien cómo despertar la pasión por la magia en los más pequeños —continuó—; y también en los mayores.

Rodeamos parte del lago y nos cruzamos con un par de corredores que habían salido a hacer deporte y disfrutar del aire libre. No tenía ni idea de por qué me hablaba de su familia, aunque intuía que no tardaría demasiado en descubrirlo. El aura de misterio que rodeaba a la mujer me atraía cada vez más y deseaba indagar tanto sobre ella como me resultara posible.

—La familia Davenports es conocida por su dedicación a la magia, sin embargo, eso solo atañe a una parte de la misma. Los hombres Davenports han sido los que se han dedicado al negocio desde hace años, siglos incluso, aunque la primera tienda física no se abriera hasta 1898. Fueron ellos los encargados de escribir los libros en los que recogían cientos de trucos y también los que diseñaban artilugios preparados para convencer al ser humano de que algo podía desaparecer frente a sus narices con un simple chasquido de dedos.

Quise interrumpirla y apremiarla para que me contara algo que realmente necesitaba oír o bien, que me dijera de una vez por todas si podía ayudarme de algún modo. Sabía que sonaría hosco y maleducado, pero no necesitaba a una amiga. Quería un remedio, algo que me permitiera dormir, que acallara todos los malos pensamientos que cada día me oprimían desde que abría los ojos hasta que caía rendida.

—Sin embargo —prosiguió sin tener en cuenta la mueca impaciente de mi rostro—, las mujeres Davenports somos las verdaderas portadoras de la magia... Si así puede llamarse.

Me había vuelto definitivamente loca, pues lo único que deseaba tras escuchar esas palabras era continuar conociendo a aquella mujer que creía poseer poderes mágicos. Debía pedir ayuda urgente, pedir hora con el doctor y suplicarle por una dosis de somníferos y antidepresivos más potente. Estábamos en pleno siglo veintiuno, por el amor de dios, ¿cómo podía alguien continuar creyendo en la magia?

—Concédeme la oportunidad de explicarme primero... y luego, piensa lo que quieras sobre mí.

Me contempló por encima de las gafas, diminutas y redondas, y sentí que mis mejillas se turbaban ligeramente, tornándose de un tono rosáceo que

evidenciaba mis pensamientos. Hice un ademán con la mano para que prosiguiera, seguido de un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bien. Como te decía, las mujeres Davenports hemos sido siempre las portadoras de los verdaderos poderes. Pero no todas... —puntualizó—. Solo una de cada tres generaciones desarrollaba la capacidad para realizar conjuros, elaborar pociones, provocar maldiciones o bien... alterar el concepto espacio-tiempo.

Reaccioné de inmediato ante su última afirmación, a la que otorgó un especial énfasis en busca de mi atención. La miré y nuestros ojos se cruzaron, antes de que mi sangre volviera a latir con brío, deseosa de más información.

—Nadie conoce de nuestros poderes, ni siquiera los señores Davenports, quienes siguen creyendo que la magia no es más que la capacidad de engañar de algún modo, mediante el uso de objetos manipulados previamente para tales efectos. Somos nosotras las que nos hemos encargado de transmitirlos a las generaciones siguientes, del mismo modo que lo hicieron con nosotras antes. Mi bisabuela fue la que me enseñó todo cuanto sabía y yo, por ahora, soy la última Davenports portadora de dichos poderes.

Su historia me tenía abducida. Había logrado que todo desapareciera, incluso los calamitosos remordimientos, y solo tuviera ganas de continuar escuchándola.

—Durante siglos, las mujeres Davenports usaron sus poderes para infinidad de cosas para las que yo, no veía necesidad ni utilidad, más que el goce y disfrute propios. La historia es la que es y modificarla no aportaría nada bueno al ser humano, más que quizá un cierto alivio temporal para algunos sujetos en concreto, en aras de los cuales se hubieran realizado tales cambios. No podemos modificar las leyes de la evolución humana, ni tampoco volvernos millonarias de la noche a la mañana. Las cosas no funcionan así, ¿lo entiendes? —quiso saber.

—Y, sin embargo, dice que pueden alterar el espacio-tiempo, ¿no? —insistí, sin poder eliminar la idea de mi cabeza.

—Correcto... —titubeó por primera vez, temerosa de lo que yo

podiera estar pensando—. Pero no es tan fácil.

—¿De qué depende?

—Veo que ya no estás tan convencida de haberte dado de bruces con una anciana que ha perdido la cabeza... —Me sonrió con una media curvatura de sus finos labios, tan arrugados como el resto de su rostro—. Bien. Para poder hacerlo, se necesita un motivo de peso. Uno tan fuerte como para poder realizar el hechizo sin margen de error, sin posibilidad de abrir nuevas brechas temporales que luego no puedan ser reparadas.

—Habla como si de una película se tratara... —comenté sin poder evitar pensar en ello.

—Tal vez.

—Disculpe mi atrevimiento, señora Davenports, pero no veo qué pinto yo en todo esto.

—¿Recuerda qué le dije el día que nos vimos por primera vez?

Recapacité y evoqué la imagen en mi cabeza. Claro que lo recordaba. A pesar de que no hubiera pensado hasta hoy mismo en sus palabras, las recordaba de forma nítida y sin distorsión, convencida de que habían sido reales. Afirmé con la cabeza, deseando con todas mis fuerzas que no continuara alargando el momento.

—Hace muchos años prometí usar mis poderes solo cuando mi corazón estuviera convencido de ello. Mi bisabuela cometió un error y eso... —Hizo una pausa significativa, seguramente al recordar un momento duro de su vida. Frunció el ceño y apretó ligeramente los labios antes de continuar—. Le costó muy caro. Por eso, me hizo jurar que no cometería ninguna estupidez con mis poderes; que los usaría para ayudar a quien realmente lo necesitara.

»Mi madre... Ella no se dedicó a la tienda de magia de la familia. Era psicóloga, una de las buenas —puntualizó, ahora con una sonrisa muy distinta en los labios—. Se especializó en enfermedades terminales.

Tragué con dificultad, haciéndome una ligera idea de lo que

significaban sus palabras. Yo huía de los hospitales y de todo lo que tuviera que ver con ellos. Sin embargo, dedicarse vocacionalmente a tratar a personas que, por mucho que se aferraran a la vida, no sabían si acabarían venciendo, no era precisamente una tarea al alcance de cualquiera, y pensar en ello me provocó un fuerte nudo en la boca del estómago.

—Según ella, cuando nos marchamos sin haber vivido lo que se considera suficiente —hizo un gesto de comillas con los dedos—, dejamos por el camino muchas cosas pendientes. Algunas de ellas son irrecuperables; otras... tal vez se podrían haber evitado. Con el paso de los años, después de muchos estudios y ensayos realizados con sus pacientes, mi madre se dio cuenta de que en realidad, las pérdidas eran mucho más tormentosas cuando se daba esa segunda opción. Es decir, la capacidad de recuperación de los que se quedaban cuando un ser querido les dejaba, era mayor cuando no había remordimientos. Pero, cuando sucedía todo lo contrario y sobre todo cuando estos remordimientos eran realmente profundos, provocaban tanto sufrimiento que una persona podía no volver a recuperarse jamás, pudiendo llegar a perder la cordura e incluso, a quitarse la vida.

»Cuando mi madre enfermó, le expliqué la verdad sobre las mujeres Davenports. Me creyó sin poner en duda mi palabra y me hizo prometerle que me dedicaría en cuerpo y alma a ayudar a esas personas a las que alguien había abandonado dejando importantes cuentas pendientes. Se lo prometí. Le di mi palabra de que así lo haría durante toda mi vida. Por eso, cada día paso por el cementerio... Y por eso mismo te di mi teléfono.

Contuve la emoción tras su explicación, que me afectó mucho más de lo que había imaginado. Margareth no era un hada madrina y continuaba existiendo la posibilidad de que no fuera más que una anciana senil con ganas de entretenerse. Sin embargo, había algo en la firmeza de sus palabras, en su pausada forma de hablar, que me hizo creer todas y cada una de las partes de su historia, sin atreverme a poner en tela de juicio ningún aspecto de la misma.

—En tus manos está creerme, o no hacerlo —añadió—. Pero, si lo haces, debes estar convencida de ello, en cuerpo, alma y corazón. Si dudas, no funcionará el hechizo. Y solo Dios sabe cuáles podrían ser las consecuencias.

—¿Cómo supo que yo...? —pregunté, tratando de ganar tiempo para descubrir si estaba totalmente convencida de que la creía.

—Cielo, esas cosas se ven. El llanto, el dolor, la forma de mirar al vacío... son diferentes cuando a uno le consumen los remordimientos. Te vi y no lo dudé. Debía ayudarte o, por lo menos, darte la posibilidad de que tú eligieras si deseabas mi ayuda, o no. Ahora, lo dejo en tus manos.

Me detuve en seco y la miré directamente a los ojos con seguridad, sin titubear ni apartar la mirada. Quería saber hasta qué punto podía confiar en ella, aferrarme al último hálito de vida con el que mantenerme cuerda antes de que el sufrimiento acabara por consumirme por completo. Me asustaba regresar a casa y sentirla tan vacía como lo estaba al marcharme. Me aterraba que todo su peso se cerniera sobre mí, como una montaña de recuerdos, a punto de derrumbarse por su propio peso. No podía continuar así. Apenas comía, no lograba conciliar el sueño durante más de un par de horas seguidas y casi no me quedaban fuerzas para mantenerme en pie. Pero, al mismo tiempo, me asustaba creerla para luego darme cuenta de que me había engañado y que en realidad, nada había cambiado salvo mis esperanzas, que se habrían visto duramente golpeadas y revivirlas, se convertiría en una tarea mucho peor. Sin embargo, nada de eso era comparable al pánico que me generaba en realidad la certeza de llegar a casa, cerrar la puerta y saber que nunca más volvería a hacerlo junto a Sam.

El ser humano es el único animal con capacidad de razonar. Sin embargo, cuando te precipitas sin freno contra un muro de cuyo impacto sabes que no sobrevivirás, te aferras a la primera promesa de salvación que caiga en tus manos, por muy disparatada que suene. Porque, en el fondo, tenemos miedo a equivocarnos y a dar un paso en falso pero, en realidad, no existe un temor más profundo, más enérgico y sobre todo, más desconocido que la muerte... y lo que queda tras ella.

Margareth Davenports apareció en el momento indicado, ofreciéndome esa esperanza a la espera de mi respuesta y yo, a pesar de que el juicio y la razón me dijeran que no era más que un disparate, me aferré a ella y le

entregué mi propia vida, consciente de que si me equivocaba y no era más que un engaño, jamás volvería a ser la misma.

IV.

La decisión.

No estaba muy segura de lo que hacía y en cierto modo, dudaba de sus palabras, pero no quise verme en la tesitura de volver a casa y tener que poner a prueba mi integridad. Me hallaba frente a una de aquellas decisiones que debían tomarse en caliente, cuando las endorfinas están tan alteradas frente a la promesa de una rápida solución que consiguen cegar el resto de sentimientos, que permanecen agazapados en el fondo del estómago.

—Ayúdeme —imploré, con los ojos vidriosos.

No quería separarme de ella por miedo a perderme a mí misma. Quizá, si cerraba los ojos durante un par de segundos, al abrirlos me daría cuenta de que me había vuelto definitivamente loca y que en realidad, llevaba una hora hablando sola por el parque. Prefería aferrarme a un hierro candente y pensar que luego existía un número limitado de posibilidades de recuperar la mano, que entregarla de buenas a primeras y perderla directamente tras un hachazo indoloro, aunque irreversible.

—Lo haré.

Me sonrió de una forma peculiar y agradecí su gesto del mismo modo, sin evitar que por mi mejilla cayera una lágrima silenciosa, cargada de tantos miedos que ni siquiera soportaba su propio peso. Se lo estaba entregando todo a esa mujer que me prometía algo imposible y no quería pensar que nada de aquello estaba sucediendo de verdad. No quería despertar de ese sueño, si es que lo era, pues me prometía la posibilidad de devolverme a un pasado en el que Sam todavía estaba a mi lado.

—Será esta noche. Volveremos a encontrarnos frente a la estatua de Peter Pan. Debemos asegurarnos de que nadie más puede vernos, por lo que nos reuniremos a las once y media. Te daré las explicaciones suficientes y a

las doce en punto, toda tu vida dará un salto que jamás hubieras creído posible.

Le dije que sí con la cabeza, sintiendo el bombeo de mi sangre, burbujeante y deseoso de que pasaran las horas. Nos quedamos la una frente a la otra, mirándonos con una complicidad desconocida y arrebatadora. Éramos dos personas unidas por unas circunstancias a las que nadie querría verse expuesto y solo por ello, el vínculo que acababa de crearse entre las dos se había convertido en puro y poderoso.

—Será mejor que vuelvas a casa... No querrás seguir con esa ropa sudada toda la noche... ¿verdad?

Me eché un rápido vistazo y me di cuenta de que todavía llevaba la ropa de deporte puesta. ¡No quería que Sam me viera así! Con una sensación renovada, sentí que mis piernas daban pequeños saltitos, dispuestas a salir corriendo de un momento a otro. ¡Iba a regresar junto a Sam! Y por mucho que lo pensara y que supiera que era imposible, la idea de volver a verle no hacía más que darle credibilidad a mis propias palabras. Ya no concebía la posibilidad de que me hubiera engañado, mi cerebro y mi corazón lo sabían. Ella me devolvería a mi anterior vida. Lo haría; sabía que lo conseguiría y que no me fallaría.

Me despedí con un ademán de la mano y me alejé veloz, justo antes de detenerme en seco y girarme por última vez.

—¿Me dolerá? —pregunté sin levantar demasiado la voz para no parecer una niña a la que le daba miedo la magia.

—No tanto como lo que has llegado a sufrir durante estos días... —Sonreí satisfecha con su respuesta—. Pero, recuerda —puntualizó—, no puedo hacer milagros... Es importante que lo tengas muy presente.

—Claro... claro —repetí sin borrar la curva de mis labios.

Eché a correr como si me escaparan los minutos de vida. Sentía la gélida brisa invernal golpeando mi rostro, insuflándole todas las fuerzas que la vida me había robado unos días atrás. Las piernas respondían con una agilidad sobrevenida, con una fuerza sobrehumana. No me dolía ninguna parte del

cuerpo y mis rodillas sostenían su peso sin tambalearse en ningún momento.

Suele decirse que las personas, podemos llegar a hacer alarde de una fuerza capaz de desafiar cualquier ley física cuando uno de nuestros seres queridos está en peligro. Sin embargo, existe otro tipo de impulso capaz de provocar una sensación muy parecida: la adrenalina. La adrenalina es una hormona característica de las situaciones en las que tenemos que permanecer alerta y activados. Nos predispone a actuar con mayor velocidad y nos prepara para sacar el máximo rendimiento de nuestros músculos, ya sea por la amenaza de correr un peligro inminente o por la ventaja de obtener una oportunidad para ganar más si somos más ágiles.

Llegar pronto a casa me daría la oportunidad de prepararme para lo que sucedería por la noche. No estaba segura de la clase de magia que emplearía la señora Davenports conmigo. Pero no me daba miedo. La promesa de volver junto a Sam compensaba cualquier otro aspecto, incluso el temor que sentía de que nada funcionara y en realidad, a esas horas de la noche me esperaran cuatro matones junto a una estatua cerca de la cual, nadie escucharía mis gritos.

Cerré la puerta y corrí hasta el baño. Me encerré en la ducha y por primera vez en dos semanas, me depilé, me lavé el pelo y le dediqué a mi cuerpo todos aquellos mimos que había dejado olvidados. La imagen de Sam no desaparecía de mi mente y tampoco podía eliminar la sonrisa que se había fijado en mis labios.

Me entretuve mucho más de la cuenta secándome el pelo, planchándolo y escogiendo el conjunto de ropa con el que quería recibirle. Me decanté por uno de sus favoritos. Abrí el armario y rebusqué en el interior. Sin embargo, tras unos instantes de reprochables dudas, me di cuenta de que no podía adivinar cuál le gustaba más. Traté de recordar cuándo fue la última vez que me lo hizo saber y sin embargo, reparé en la gran cantidad de tiempo que había pasado desde que dejó de decirme qué camisa me hacía parecer más sexy o qué pantalón resaltaba mejor mis curvas. Por un momento, mi entereza trastabilló y estuvo a punto de hacerse añicos, aunque logré recomponerme con rapidez. Escogí un clásico: blusa blanca y tejanos ceñidos.

Me dirigí hacia la cocina e hice algo que no había hecho hasta ahora en quince días: abrí la nevera y me detuve a contemplar lo que había en el interior. Mi madre se encargó de rellenarla durante esos días pues de haber sido por mí, ahora estaría vacía, con medio limón pasado en una esquina y tal vez algunas gotas de leche en una botella que ni me molesté en tirar a la basura. Cogí uno de los botes de cristal que había dejado en una de las repisas, con una etiqueta en la que especificaba el contenido: caldo de pollo.

Lo vertí en un cazo y lo puse a fuego lento. Acto seguido, batí un par de huevos y me preparé un revuelto con bacon. El aroma que desprendía despertó un rugido feroz en mi estómago, que hacía días que sobrevivía bajo mínimos. No podía sacar de mi cabeza la idea de que en tan solo unas horas volvería a estar junto a Sam, así como tampoco concebía que algo pudiera fallar.

Dicen que cuando deseas algo muy fuerte, con todas las esperanzas puestas en ello, el universo se confabula para que sea posible y tarde o temprano, logres esa meta. Desde que la señora Davenports me habló de esa posibilidad, sentí que mi cuerpo ya no era el mismo. De algún modo, se desmembró y se separó de mi alma, llevándose con ello un peso que arrastraba desde hacía días con grandes dificultades. Creía en ella y necesitaba hacerlo para que todo funcionara y en apenas un rato, pudiera regresar junto a Sam. No quería llorar, no quería presentarme a su lado con los ojos inflamados. Quería estar radiante para que esa mañana, cuando despertáramos, no volviera a tener lugar esa maldita y absurda discusión y él permaneciera en la cama haciendo el remolón. Evitaría que cogiera la moto y condujera por Londres con prisas y por tanto, al final del día, él continuaría a mi lado y nada de esto habría ocurrido en realidad.

Estaba más nerviosa de lo que lo estuve en nuestra primera cita, en la que terminé derramándole una copa de vino sobre la camisa por culpa del temblor de mis manos. Todavía la guardaba, era un recuerdo del que nunca quise deshacerme.

Estaba decidida a regresar al pasado y enmendar mi error. Ya nada podría cambiarlo. Era mi decisión y no me importaban las consecuencias que pudieran derivar de la misma. Si me equivocaba y la señora Margareth no era más que un engaño, me derrumbaría y seguramente no lograría volver a

recuperarme. Sin embargo, nada de aquello sería comparable a lo que sentiría si dejara pasar la oportunidad y me pasara el resto de mi vida preguntándome qué habría sido de nosotros si no hubiera dejado escapar ese tren.

V.

La magia.

Dicen que la magia ha existido siempre; solo que nosotros, en algún momento, dejamos de creer en ella. Como los niños, que pasan toda su infancia creyendo en Peter Pan, en los polvos de hada y en Nunca Jamás hasta que un buen día, simplemente, dejan de hacerlo.

Caminaba con las manos en los bolsillos, ataviada con el abrigo, un gorro y una gruesa bufanda de lana. El frío se colaba por los huesos hasta llegar a la sangre. Me hallaba cerca de Kensington Gardens, los jardines que dieron vida a Peter Pan, inspirando a J.M Barrie para escribir su obra homónima. Estaba oscuro y sentí miedo, pero no lo suficiente como para echarme atrás.

Durante la tarde me dediqué a recabar toda la información posible sobre esa estatua que la señora Margareth había escogido. Ansiaba encontrar cualquier detalle, por ínfimo que resultara, que pudiera llegar a convencerme de que estaba haciendo lo correcto. Descubrí así que la obra apareció por “arte de magia” un uno de Mayo, encargada por el propio autor, después de que le denegaran los permisos pertinentes para hacerlo. Al día siguiente, publicó un artículo en el *The Times*, en el que hacía saber a todos los niños que tenían un regalo en los jardines. Del mismo modo, descubrí que no era la única estatua que existía en el mundo, sino que podían contarse hasta siete idénticas, encargadas también por J.M Barrie.

La segunda coincidencia importante que pude establecer fue con la otorgación de derechos de Peter Pan al hospital de niños de Great Ormond Street en 1929 por parte del autor. La señora Davenports había mencionado que su madre era una reconocida psicóloga y le había prometido ocuparse en cuerpo y alma a una causa por la que ella entregó toda su vida. Tal vez, la elección no fuera precisamente producto del azar. Magia y medicina se reunían

en una figura que iba mucho más allá de una simple apariencia. Un niño que, junto a un pequeño instrumento de viento, representaba todos los anhelos infantiles, nuestra capacidad de confiar que todo es posible, de contemplar y creer en aquello que los ojos adultos un buen día dejan de ver. Hay algunos niños que crecen en el seno de una familia que les quiere y hay otros, que quedan perdidos en un mundo que les viene grande. Sin embargo, ¿quién no se ha sentido alguna vez igual de perdido?

Un ruido entre los arbustos me sobresaltó, sacándome de mi ensimismamiento. Aceleré el paso y cerré las manos en un puño, todavía en el interior de los bolsillos, alerta a cualquier otro ruido que pudiera delatar la presencia de alguien más. No tenía ni la menor idea de qué clase de personas deambulaban por Hyde Park a esas horas, pero tampoco deseaba comprobarlo precisamente esa noche.

Llegué a la curva del camino que me llevaría hasta la estatua de Peter Pan y suspiré, sintiéndome de algún modo a salvo. No había vuelto a escuchar ningún otro ruido extraño, por lo que di por sentado que algún animalillo se habría refugiado entre los arbustos al descubrir mi presencia.

La oscuridad se cernía sobre los árboles de una forma más intensa y fantasmagórica en aquella parte del parque, aunque la luna llena se reflejara como un espejo en el lago que quedaba a mi izquierda. No había nada que alterara la quietud del agua, impasible y serena, una capa firme y sólida capaz de reflejar hasta la estrella más lejana.

—Llegas a tiempo. —Su voz me sobresaltó desde la espalda.

Apareció entre la maleza, como si se hubiera mantenido escondida de cualquier visita inesperada. Vestía del mismo modo que lo había hecho por la mañana, solo que esta vez cubría sus vestiduras con una levita de terciopelo negro. Hacía muchísimo frío.

—No tenemos demasiado tiempo... ¿Sigues convencida de querer hacerlo?

—Sí —confirmé deprisa y sin dudar.

Estaba tiritando y quería acabar cuanto antes con todo, regresar junto a Sam y tumbarme en la cama a su lado, en busca del calor que emanaba de su cuerpo.

—¿A qué momento del día regresaré? —pregunté expectante.

—Eso no te lo puedo decir. Este tipo de conjuro no es preciso y matemático —prosiguió, con la calma habitual de su voz—. Al contrario. Está preparado para llevarte al origen del problema, al instante que dio lugar a esos remordimientos que hoy te corroen por dentro. Pero, debes tener en cuenta unas consideraciones.

—Claro —dije únicamente, ansiosa por conocer todas las cosas que debía de tener en cuenta para no cometer ningún error o imprudencia. Había visto muchísimas películas sobre viajes en el tiempo y sabía que alterar el pasado casi nunca traía buenas consecuencias pero, si con ello le salvaba la vida a Sam, todo lo demás me daba igual.

—Álteravita es un hechizo muy poderoso. Tal y como se desprende de sus raíces latinas, sus poderes te permiten regresar a otra vida, sin abandonar del todo la tuya. Volverás al pasado, pero no puedes interactuar con él, ni con nadie que pertenezca al mismo.

—¿No puedo hablar con Sam?! —exclamé presa del pánico.

—Tú, directamente no. Solo hay un modo de hacerlo. —Aguardé en silencio a que continuara durante unos segundos que se me antojaron eternos—. Debes convencerte a ti misma, a la Noa del pasado, de quién eres y de qué debes hacer para conseguir que todo cambie. Pero no es fácil. No todo el mundo está preparado para encontrarse a su “yo del futuro” y reaccionar con tranquilidad a algo que simplemente, escapa de la razón humana.

—Si no me equivoco, me está diciendo que puede hacer que viaje al pasado y a pesar de ello, todavía sigo aquí, casi a media noche, a la espera de que cumpla su palabra... —comenté con cierto sarcasmo—. No creo que mi “yo” pasado se asuste mucho más de lo que lo he hecho yo. Al fin y al cabo, seguimos siendo la misma persona, ¿no?

—Ten en cuenta que no estáis en las mismas condiciones... Tú, ahora mismo eres presa de la desesperación que te posee. —Hizo una leve pausa al recibir la mueca de disgusto de mis labios—. Pero la Noa Levy de antes no se hallaba en las mismas circunstancias. No le temía a la muerte, ni había experimentado una pérdida tan fuerte que pusiera en jaque toda su integridad. Sin embargo, nadie mejor que uno mismo conoce sus propias debilidades. Estoy segura de que darás con la forma de explicarte a ti misma quién eres y por qué has regresado al pasado.

Tragué con ciertas dificultades ante su declaración. El momento estaba cada vez más cerca y el miedo resultaba ahora mucho más palpable. Me sentía nerviosa y temblaba de los pies a la cabeza, ahora ya sin que el frío tuviera nada que ver en ello. Me aterraba la idea de no saber hacerlo, de cometer un error y perder la única oportunidad que tendría de salvar a Sam. Pero no podía permitir que todos esos temores me amilanaran y perdiera todas las fuerzas que me habían poseído a lo largo del día.

—¿Alguien puede verme en el pasado? —pregunté, en un murmullo que apenas rozó mis labios.

—No. Solo tú misma —dijo antes de detenerse durante unos instantes—. Sin embargo, sé que existe un modo de romper esa barrera, aunque nunca hemos dado con él. Yo de ti, tomaría tantas precauciones como te resultara posible.

Afirmé con la cabeza y me negué a hacer más preguntas con las que pudiera terminar de convencerme de que me estaba equivocando por completo.

—¿Estás segura de querer continuar con todo esto? Errar es humano, todos cometemos errores. Pero nosotros mismos somos los que podemos infligirnos un mayor dolor cuando nos sentimos culpables, y eso no nos permite seguir adelante con nuestra vida. Tienes la oportunidad de enmendarte y hacer todo lo posible para que hoy no existan esos remordimientos... Si quieres seguir adelante, esta es tu única oportunidad.

—Sí. Por favor... No quiero seguir viviendo con todo este peso encima. Necesito que Sam sepa que le quiero. Que no lo dude nunca.

Esta vez no pude contener el lamento. Las lágrimas acudieron a la comisura de mis ojos donde se instalaron sin querer abandonarlo. Sentía miedo, expectación, turbación y miles de emociones que jamás antes había experimentado. No quería continuar alargando el momento más de lo debido.

—Eres una gran mujer, Noa Levy. Ahora, escúchame. Este frasco que te entrego —dijo, tendiéndome un pequeño tubito lleno de un líquido púrpura brillante. En su interior parecía haber una pequeña lucecita que le confería un brillo propio, haciendo que miles de puntitos de purpurina flotaran por él con un hipnótico movimiento—, contiene toda la magia para que el hechizo Áteravita pueda llevarse a cabo. Dentro de dos minutos será el momento indicado. Yo debo marcharme pues, para que funcione, debes estar completamente a solas. Sitúate justo debajo del instrumento que sostiene Peter Pan. Cuando falte un minuto para las doce en punto, deberás bebértelo de un solo trago y dar doce vueltas a la estatua con el paso firme, sin correr ni dar un paso más largo que otro. Nueve pasos para cada vuelta. Ni uno más, ni uno menos.

Comenzó a alejarse frente a mis ojos, justo antes de detenerse en seco y girarse hacia mí una última vez.

—Piensa que a veces, no todo ocurre como lo recordamos, o como la mente nos ha hecho creer. Nuestro cerebro tiene la capacidad de moldear recuerdos a su antojo y evitar así ciertos remordimientos de consciencia. Es importante que lo tengas en cuenta en todo momento.

Asentí con el pánico reflejado en el rostro y la vi desaparecer por el camino tras despedirse, esta vez con un afable “buena suerte”. Miré a un lado y a otro y me aseguré de que seguía estando sola. Contemplé el espeso líquido que sostenía entre los dedos y por un segundo me pregunté a qué debía de saber. Nunca había visto nada parecido pero su color me llevó a pensar que debía de saber a chucherías. Eché un rápido vistazo al reloj de mi muñeca y comprobé que faltaba solo un minuto. Inspiré con fuerza, contuve el aliento y tras unos largos segundos, exhalé de forma pausada y lenta, tal y como me habían enseñado de pequeña en las clases de teatro, cada vez que perdía los nervios antes de una función.

Di un par de pasos y me coloqué bajo el instrumento de Peter Pan. Alcé la cabeza y la mirada para comprobar que la posición era exacta. No quería equivocarme. Estaba en el punto concreto en el que debía estar. Volví a llevar la muñeca al frente y la sostuve mientras observaba la aguja del segundero pasar con lentitud de una rayita a la otra. Tres, dos, uno...

Destapé el tubo y cerré los ojos antes de llevarlo hasta mis labios. Los despegué y me lo tomé de un solo trago. Tenía razón, era dulce. Acto seguido, inicié el paso, de unos treinta centímetros cada uno, hasta comprobar que efectivamente salían nueve por vuelta. Continué rodeando la estatua una vez y luego otra hasta que llevaba once. Me sentía mareada y ligeramente distinta. Me poseía el miedo, las ansias y una nauseabunda sensación provenía de mi estómago. Estaba tan cerca...

Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno.

VI.

El regreso.

Silencio. Me detuve en seco con los ojos cerrados esperando ese famoso torbellino de colores que me llevaría hasta el pasado. Nada me sacudió desde el suelo, ni me sujetó de la cintura y tampoco me arrastró con fuerza. Absolutamente nada se movió a mi alrededor. Abrí los ojos de nuevo y llevé la vista al cielo para comprobar que lo había hecho bien. Sí, me hallaba bajo el instrumento de Peter Pan y el reloj marcaba las doce en punto.

Dirigí la vista a lado y lado y comprobé que no hubiera nadie más. Seguía igual de sola que lo estaba un minuto atrás. Di un par de pasos y me alejé de la zona de la estatua para llegar al caminito por el que había desaparecido la señora Davenports. Miré a lo lejos, en la distancia, pero no había ni rastro de ella, como si se hubiera volatilizado. Era imposible que una mujer de su edad corriera tanto como para desaparecer en el horizonte del largo camino en tan solo un par de minutos. Sin embargo, no quise darle más vueltas. La luna continuaba igual de brillante, el agua tan calmada como lo había estado antes de llevar a cabo el hechizo y el parque tan sombrío y lóbrego como a mi llegada. Me habían tomado el pelo. Me había dejado engañar por una mujer anciana que había jugado con mis sentimientos, en un momento en el que la debilidad permitía que te arrastraras por cualquier absurda idea de salvación.

Inicié el camino de vuelta a casa con las lágrimas rodando por mis mejillas sin piedad ni control. Me sentía utilizada y vapuleada. Me habían insultado y habían jugado con mis sentimientos de reproche. ¿Cómo había podido dejarme engañar tan fácilmente? ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Pero, en el fondo, nadie más que yo tenía la culpa de lo que había sucedido. Nadie más que yo y mis estúpidas ganas de creer en una magia que estaba claro que no existía.

Llegué a la linde de Hyde Park con Upper Brook Street y continué deambulando por las calles a paso ligero. Deseaba llegar a casa y tomarme un somnífero con un par de copas de vino, lo que seguramente potenciaría sus efectos y me permitiría desaparecer durante unas cuantas horas. Sorbí la nariz y me pasé la manga del abrigo por las mejillas para retirar de ellas las lágrimas mezcladas con máscara de pestañas y delineador negro.

No tenía ni idea de cuántas calles había cruzado pero, de pronto, las fuertes sirenas que se escuchaban desde el fondo de la siguiente avenida captaron mi atención. Reparé en la gran cantidad de coches de policía y bomberos que circulaban arriba y abajo y me detuve cuando llegué al lugar en cuestión. Era la una y media de la madrugada y uno de los edificios más emblemáticos de Regent Street ardía sin contemplaciones, muy cerca de una de las más grandes y famosas jugueterías del mundo: Hamleys.

Observé atónita lo que veían mis ojos. Hacía tan solo unos meses que había sucedido exactamente lo mismo en ese edificio. Todo el mundo se hizo eco al día siguiente. Por suerte, no hubo que lamentar pérdidas humanas, pero los daños económicos, así como emocionales, fueron demoledores. ¿Es que no aprendieron la lección? ¿Cómo era posible que después de un incendio como ese no se hubieran tomado las medidas de prevención suficientes para que no volviera a ocurrir?

Me detuve a contemplar las llamas, que hacían crujir los cimientos del edificio desde distintos puntos al mismo tiempo, dando lugar a una visión sobrecogedora. El calor del fuego llegaba hasta mi posición, a unos largos metros de distancia. Era increíble ver cómo algo tan volátil podía destruirlo todo a su paso. Desde pequeña, podía pasarme horas frente a una chimenea, observando el lento crepitar de las llamas sobre la madera, una siempre tan distinta a las otras. Un sencillo modo de entender lo débiles que llegábamos a ser en realidad pues, capaces de crear el fuego, no podíamos controlar el alcance del mismo si este escapaba de nuestra vigilancia durante una milésima de segundo. Una sola chispa podía acabar con un salón, con una casa y con

toda una vida.

De pronto, una idea tan descabellada como inverosímil aterrizó en mi cabeza. No podía ser... Simplemente, no era posible. Lo mirara por el lado que lo mirase, no era posible.

Como los vehículos y el personal de emergencias tenían cortada la gran avenida, tuve que callejear más de la cuenta hasta llegar a casa. En la esquina más cercana a nuestro domicilio había un hostel en el que siempre tenían instalada una pantalla que daba al exterior, en la que podía leerse tanto el día como la hora que era. Corrí hasta ella sin demora, con una sola idea instalada en la cabeza. Llegué y me llevé la mano al pecho, desbocado, mientras la buscaba con la mirada. Ahí estaba, y en las tres veces que abrí y cerré los ojos para cerciorarme de que estaba en lo cierto, me mostró los mismos datos. Había regresado al pasado. Pero no al que yo esperaba.

Había regresado diez meses antes de lo previsto.

¿Qué diablos estaba pasando?

VII.

Asumir la realidad no siempre es fácil.

Me llevé una mano a la frente y miré hacia todos lados casi al mismo tiempo. Algo se me estaba escapando. Debería haber regresado justo quince días antes para poder evitar el accidente de Sam. Sin embargo, me hallaba en pleno mes de marzo y ahora comprendía por qué no tenía tanto frío como antes. Había creído que era fruto de mi estado de nervios y de llevar más de una hora andando a paso brioso por las calles de Londres, pero lo cierto era que ya no estábamos en pleno invierno, sino que las temperaturas habían comenzado a ascender por la inmediata llegada de la primavera.

Deambulé confusa hasta llegar a la puerta principal de mi edificio. No daba crédito a lo sucedido y no sabía qué debía de hacer a continuación. Regresar a la estatua y tratar de revertir el hechizo era una opción, sin embargo, no resultaba la más viable. Estaba exhausta y sentía los tobillos inflamados cuando reparé por primera vez en lo que significaba realmente lo sucedido. Tenía la llave introducida y solo me faltaba dar un par de vueltas hacia la izquierda para poder abrir la puerta y adentrarme en mi apartamento. No obstante, era consciente de que, si realmente había regresado diez meses atrás, tras ella no me encontraría sola. Sam y Noa, o sea yo, aguardaban durmiendo apenas a unos metros de distancia de donde me encontraba.

Se me secaron los labios y un intenso aguijón se clavó en mi estómago, casi perforándolo. Las manos volvían a temblarme, provocando que las llaves tintinearán entre ellas. Respiraba de forma agitada. Iba a ver a Sam de nuevo y no cabía en mí de la emoción.

Giré la llave al fin, cerré sin hacer ruido y me encaminé hacia el dormitorio, que tenía la puerta ligeramente entreabierta. Un pánico atroz me poseía pero me podían las ganas de ver su rostro y besar sus labios de nuevo. Puse la mano sobre la recia hoja de madera y la empujé sin hacer ningún tipo

de ruido cuando de pronto, las palabras de la anciana Margareth me vinieron a la mente. *Nadie podrá verte salvo tú misma.* Por un momento, me mareé al pensar que Sam no podría verme ni tampoco podría besarle.

Adentrarme en el dormitorio podía resultar mucho más peligroso todavía de lo que imaginé. Si Noa despertaba conmigo dentro, no sabría cómo reaccionar para que ella no lo estropeará todo. Sin embargo, el peso de Sam venció en la balanza. Noa no me importaba. Necesitaba ver a mi marido y decirle junto al oído todo lo que aquel día debería haberle dicho.

Empujé con cuidado, lo suficiente para poder entrar de lado, y me colé en mi propio dormitorio a hurtadillas. Anduve agazapada, en cuclillas, hasta el lado de Sam, por suerte el más cercano a la puerta, y le contemplé sin poder comedir la emoción. Me estremecí y me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. Me temblaba el labio y me dolía cada punto de mi cuerpo, cada extremidad, cada poro de mi piel. No le recordaba tan atractivo. Dormía con una mueca plácida en el rostro, como si se hubiera quedado dormido viendo una película romántica. Llevé la mano hacia su rostro y lo dibujé a medio centímetro de distancia, sin llegar a tocar su piel por miedo a provocar una reacción inesperada con mi contacto.

Llevaba la perilla que unos meses atrás le dio por dejarse y aquel bigote que tan poco me gustaba y que ahora pagaría una fortuna por poder volver a acariciar. El pelo también lucía revuelto, mucho más largo de lo que lo llevaba los últimos meses, pero igual de ondulado y poblado. Sam nunca hubiera sufrido de alopecia.

De pronto, se movió y apresó bajo su cuerpo el brazo de Noa, que se agitó con fuerza.

—¿Puedes hacer el favor de quedarte en tu lado? ¡Cada día igual!
—rechistó con ímpetu, de un modo que no me gustó en absoluto.

Reconocí mi propia voz y el tono imperativo de la misma y sin embargo, a pesar de saber que era yo, me odié de forma despiadada.

—Menudo humor tienes por la noche. Casi igual de impertinente que por las mañanas.

—Si te dedicaras a dormir en tu lado no tendría que despertarme con el brazo aplastado.

—¿Sabes qué? Me voy al sofá. Seguro que así tus bracitos de muñeca no tienen que aguantar mi peso.

—Cierra la puerta al salir —masculló Noa, acomodándose en la cama sin ni siquiera echar un último vistazo a Sam, que la contemplaba con el rostro entristecido.

Se había marcado un farol y le había salido mal. Lo vi tan claro que me dolió en lo más profundo de mi alma. Su expresión era otra totalmente distinta a la que había mostrado unos instantes antes. Con aquella pulla, deseaba que Noa se girara y le implorara que se quedara junto a ella, seguramente después de fundirse en un beso apasionado que quizá, hubiera dado lugar a algo más. Sin embargo, le había echado sin contemplaciones de su lado y ahora le daba la espalda desde una cama de metro sesenta que disfrutaría ella sola durante el resto de la noche.

Observé la escena sobrecogida desde un rincón, sentada en el suelo con las manos sobre mis labios para impedir que no escapara por ellos ningún ruido que alertara de mi presencia. Gemí en silencio y mantuve la compostura mientras mi cuerpo solo pedía liberar el martirio que albergaba a través de unas ardientes lágrimas que arrasaban con todo.

Le vi cerrar la puerta con delicadeza para no despertar a Noa y a continuación, le escuché dar unos pasos somnolientos hasta el sofá, donde seguramente se tumbó después de coger la manta que había siempre doblada en una de las esquinas. El silencio volvió a apoderarse de todo el apartamento que de repente, quedó sumido en un aura de tristeza descorazonadora.

Me abracé a mis rodillas y lloré por la amargura de ese momento que ahora recordaba a la perfección pero al que en su día, no presté mayor atención, tal y como el resuello de Noa evidenciaba. ¿Cómo podía llegar a ser tan egoísta? Aquel fue el primer día que dormimos separados, pero no el único. Al día siguiente, hicimos ver que no había pasado nada pero en el fondo, me sentí culpable cada vez que le veía estirar la espalda y tensar el cuello hacia un lado y luego hacia el otro, aquejado de un dolor que no se

merecía pero que no me recriminó.

Era una estúpida por permitir que sucediera. ¿Cómo podía caer tan bajo? Tan solo me había aplastado un poco sin querer y yo había respondido con una agresividad fuera de todo sentido común. Me puse en pie y abrí un poco la puerta para buscar a Sam. Desde ahí podía verle hecho un ovillo en el sofá. Estaba completamente inmóvil excepto uno de sus pies, que se zarandeaba ligeramente en un gesto inquieto y nervioso. Estaba disgustado. Lo sabía porque siempre que algo le entristecía, lograba mantener el control en todas las partes de su cuerpo excepto en una, a través de la cual se liberaba de la presión a la que se hallaba sometido. Podía ser el pie, la mano, la rodilla o cualquier parte de su cuerpo que permitiera un movimiento repetitivo constante.

Tenía ganas de agarrar a Noa por la pechera del pijama y zarandearla, diciéndole que era una estúpida por comportarse de un modo tan egoísta. Estaba decidida a hacer algo con lo que pudiera cambiar el curso de la noche. Sam no se merecía dormir en el sofá cuando no había hecho nada más que moverse en sueños.

No iba a permitir que la noche terminara de aquel modo. No mientras estuviera en mis manos evitarlo.

VIII.

El primer paso... de muchos.

Me acerqué hasta Noa y la miré durante unos instantes. No había cambiado demasiado durante aquellos meses, salvo por el corte de pelo que me regalé en verano. La Noa que todavía continuaba tendida en la cama, durmiendo como si nada hubiera sucedido, lucía una larga y sedosa melena que le llegaba a media espalda, a la que un tiempo atrás había adorado.

Me agaché frente a ella y continué contemplándola con toda mi atención. Resultaba extraño verse a uno mismo desde fuera. Costaba creer que fuera yo, pues jamás me había observado desde esa perspectiva. No era lo mismo que verse reflejado a través de un espejo, no tenía nada que ver. ¿Sería eso lo que sentirían los gemelos al mirarse mutuamente? No... Ellos siempre se verían diferentes.

No quise pensarlo más. Debía hacerlo cuanto antes. Solía dormir con profundidad desde pequeña y me encantaba prestarle atención a mis sueños, a todo lo que estos decían. Así pues, si me presentaba ante mí misma de aquel modo, tal vez lograría que Noa me escuchase y no entrara en pánico.

Sí, definitivamente era la única baza de la que disponía.

Me senté sobre la silla que había frente al tocador y traté de adoptar una expresión serena y calmada para que ella aceptara mi intromisión sin sobresaltarse. Cuando creí que ya estaba colocada como debía, la miré y comencé a llamarla para que la transición fuera lo más comfortable posible.

—Noa... —susurré de forma muy débil—. Noa. Noa...

Sus ojos se despegaron lentamente y dejé de llamarla a la espera de su reacción. Dudó durante unos instantes hasta que al fin, estos se acostumbraron a la penumbra y distinguieron mi silueta. Dio un brinco y se incorporó con

virulencia sobre el colchón. No gritó ni huyó, tan solo me observaba como si yo fuera la mismísima reencarnación de Lucifer.

—¿Quién eres...? —titubeó con miedo.

—Soy tú.

—Eso... eso no es posible —volvió a dudar.

—¿Tú crees? —Solía gustarme sentirme en un aprieto en el que tener que decantarme por una posición en concreto. Me gustaba pensar sobre las cosas, darles la vuelta y analizar cuán reales podían llegar a ser. Hablar conmigo misma quizá no fuera a resultarme tan difícil como hubiera podido imaginar al principio, pues nadie conoce a una persona, todos sus miedos, anhelos y deseos tan bien como uno mismo.

—Estoy soñando.

—Es posible. De lo contrario, ¿cómo podrías estar manteniendo esta conversación?

Asintió con la cabeza, ahora un poco más convencida. Podía ver cierta reticencia en sus ojos, quizá al creer que aunque fuera un sueño, era el más real que hubiera tenido jamás.

—¿Qué quieres?

—Decirte que te queda poco tiempo y que estás siendo demasiado dura con Sam.

—Me... ¿me voy a morir? —preguntó, con el pánico reflejado en los ojos.

—Algún día, nadie escapa de la parca. —Estaba siendo realmente cruel, pero se lo merecía, por estúpida y egoísta—. Pero, eso no es lo importante ahora.

—¿Eres algo así como mi consciencia?

No me lo había planteado, pero acababa de ponerme en bandeja una

salida que me facilitaba mucho las cosas en ese momento.

—Tal vez, no estoy muy segura. Escúchame, —continué, recuperando de nuevo el control de la situación—. Debes dejar de ser tan impulsiva. Acabas de echar a Sam de la cama porque se ha movido y sin querer te ha aplastado el brazo. Por el amor de dios, ¿en qué estabas pensando?

Pude apreciar a la perfección cómo los recuerdos de lo sucedido unos minutos atrás desfilaban a gran velocidad por su mente hasta que el rictus de su rostro me dio a entender que lo estaba haciendo bien. Sus músculos se destensaron y una mueca le torció el semblante, ahora más receptivo.

—Estaba muy dormida... No me he dado cuenta.

—Bien. Pues tu marido está ahora mismo en el salón, tratando de conciliar el sueño en un sofá que le destrozará las cervicales. En tus manos está rectificar y parar esto a tiempo. Levántate ahora mismo —exigí, ahora en un tono que ya no daba margen a réplicas— y ve a buscarle. Discúlpate y haz que vuelva contigo, o quédate con él en el sofá. Me da lo mismo. Pero arréglalo si no quieres pasarte el día de mañana culpándote por haber sido tan egoísta.

Estudió mis palabras durante unos instantes y se dejó caer hacia atrás antes de cerrar los ojos. Era mi momento. Debía desaparecer de su vista si quería que me creyera. De lo contrario, ¿cómo iba a convencerla de que era un sueño? En esos segundos en los que continuó aletargada sobre la cama me encerré en el baño, cuya puerta quedaba justo al lado de donde yo me encontraba. Me dio tiempo a entrecerrarla justo cuando la oí incorporarse de nuevo. Estaba funcionando. Me asomé con mucho cuidado aprovechando la penumbra de la sala, y la vi detenerse frente a la silla que había ocupado yo momentos antes. La miró con atención, buscando algo distinto en ella. Pasó los dedos sobre el respaldo y a continuación, se encaminó hacia el salón.

Permanecí en aquella misma posición. No podía salir si no quería ser descubierta. Escuché sus murmullos lejanos. Hablaban bajito, aunque no parecían enfadados. Entonces, se hizo el silencio durante un buen rato en el que llegué a creer que se habían quedado dormidos.

Esperé para asegurarme, dar un paso en falso podía costarme muy caro. Me senté sobre la taza del retrete y recosté la cabeza contra la pared. Por curioso que pudiera parecer, no me sentía tan agotada como debería de estarlo a esas horas intempestivas. Mi mente evocó la imagen de Sam otra vez. Verle de nuevo había activado todas mis terminaciones nerviosas de un modo que ya no recordaba posible. Como la primera vez que te acarician y eres capaz de sentir que tu cuerpo se eleva tras ese suave contacto, electrizado y más sensible de lo que nunca lo hubiera estado. Me sentía viva por primera vez en esas dos semanas en las que conocí cada rincón de mi propio averno. Descubrí sus zonas más oscuras, las más lúgubres y tenebrosas, así como aquellas en las que el eco de los pensamientos se intensificaba hasta tal punto que desafiaba tu cordura y la capacidad de no perder la cabeza. Sin embargo, ahora me separaban apenas unos metros de él y volvía a sentir que todo mi cuerpo había salido de una especie de parálisis, al dar de lleno con su única salvación.

Volví a alzar la cabeza. Me pareció que llevaba mucho rato ahí escondida y las probabilidades de que se hubieran quedado dormidos eran cada vez mayores. Ya no podía hacer nada por ellos esa noche así que no tenía demasiado sentido que continuara escondida. Así pues, me puse en pie y me dispuse a salir cuando de pronto, escuché un ruido proveniente de la puerta por la que se accedía al dormitorio.

Me detuve en seco, justo para ver como una espalda fornida y musculosa que acababa en unos brazos igual de fibrosos, sostenía a horcajadas a una mujer que era yo misma, desprovista de cualquier prenda con la que cubrir su desnudez. Se besaban con una pasión que no recordaba poseer. Pude ver a Sam en todo su esplendor y sentí que mi cuerpo reaccionaba ante la visión. El calor se esparció desde mi nuca hasta las mejillas, que se tornaron de un rosa violáceo al instante. Escondí el rostro tras la ranura de la puerta, consciente de que aquel ángulo quedaba protegido en la oscuridad y de que las posibilidades de descubrirme eran ínfimas. Parecían demasiado ocupados como para ver nada más allá de sus propios cuerpos, a los que se estaban entregando con toda su integridad y esencia. Por un momento me aparté, como si no tuviera ningún derecho a contemplar la tórrida escena que estaba teniendo lugar frente a mis ojos. Sonreí avergonzada, como una niña que

acabara de descubrir los estragos de un primer beso. Me llevé una mano hacia los labios y mordí con impaciencia la punta de la uña.

Miré una vez más de reojo antes de volver a apartarme azorada. Traté de recordar entonces la última vez que le había visto desnudo, entregándose a mí con ese fervor. Me costó ubicar el recuerdo. Tanto, que incluso llegó a avergonzarme mucho más que el hecho de contemplar la escena a escondidas. Sam y yo habíamos dejado de hacer el amor de forma continua. La pasión había desaparecido, tal vez absorbida por una rutina que en realidad detestábamos. La relación se enfrió como lo hacen aquellas cosas que un buen día, dejan de llamar toda tu atención. Durante los últimos meses, nos costaba avivar la llama. Ya no teníamos ganas de explorarnos, de descubrir los secretos mejor guardados de la persona a la que un día juramos fidelidad. Mi corazón le pertenecía, sí, pero ya no despertaba en el mío esas cosquillas inquietantes que arrasaban con cualquier otra cosa. Siempre había algo que iba antes: el trabajo, una reunión, hacer la compra... Cualquier excusa era buena. Y hasta ahora, no había sido capaz de verlo.

Escuchaba sus risas acarameladas detrás de la puerta y sentí la tentación de volver a mirar. En realidad, observarse a uno mismo no era ningún tipo de acto oscuro o depravado, al contrario, era como hacerlo frente a un espejo. Y Sam... era mi marido. No le estaba siendo infiel.

Algo burbujeó en el centro de mi estómago y una sonrisa nerviosa escapó de mis labios. Mi vientre se revolvió agitado al escuchar algunas de las palabras que entre murmullos compartían. Volví a acercar el rostro a la ranura y les busqué sobre la cama. Sam estaba tumbado sobre Noa, apoyado sobre los antebrazos, colocados a lado y lado de mi pasado rostro. Acercó la cadera hacia el vértice de sus piernas y la penetró con delicadeza y fulgor a la vez, provocando que toda ella se arqueara bajo su cuerpo, con una mueca de placer que me traspasó.

No podía dejar de mirarles. En cada una de las acometidas podía sentirle en mi interior, como si realmente fuera mi yo presente el que estuviera tumbado en la cama. La embestía una y otra vez como si no hubiera nada en el mundo más importante que proporcionarle placer a la mujer que le estaba robando el aliento. Sus rostros eran tan puros, tan viscerales... Sentí las perlas

de sudor sobre mi frente y el abrasante calor que desprendía mi cuerpo. Sabía que a Noa no le quedaba mucho tiempo, conocía la mueca de su rostro. Cerrar los ojos solo predecía lo que venía a continuación y me bastaron apenas unos segundos para confirmar mis sospechas. Noa se liberó en un grito ahogado que Sam cazó al vuelo entre sus labios, para engullirlo y hacer lo mismo después. Se deshizo en su interior sin ningún tipo de prisa, saciándose con deleite, hasta que sus cuerpos fueron cayendo lentamente sobre el colchón, donde se acurrucaron muy cerca el uno del otro.

Continuaba agitada cuando me di cuenta de que ahora sí se habían quedado dormidos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me sentí tan excitada. Era una situación tan extraña que todavía no sabía cómo encajarla en mi mente. Me había observado a mí misma y me había resultado la cosa más natural y erótica del mundo. Me temblaban las rodillas y tuve que volver a sentarme sobre la tapa del inodoro para poder inspirar y expirar hasta recuperar de nuevo el ritmo de mi respiración. Fue entonces cuando vi lo que estaba sucediendo en realidad. Eran mis recuerdos y lo que acababa de tener lugar en el dormitorio jamás volvería a pasar porque Sam ya no estaba conmigo. Sin embargo, la señora Davenports me concedió la oportunidad de regresar al pasado; si de aquel modo había conseguido que una riña absurda acabara en una noche apasionada de besos robados y caricias furtivas, ¿por qué no iba a conseguir realmente mi principal objetivo?

Como si me hubieran inyectado una dosis de la adrenalina más potente, volví a sentir que todo mi organismo reaccionaba extasiado ante ese pensamiento. Noa era un objetivo fácilmente manipulable si sabía cómo hacerlo. Acababa de demostrarlo y tal vez eso no hubiera sido más que una pequeña prueba para ver a qué me enfrentaba realmente. Iba a salvar a Sam. Costara lo que costase.

Me di cuenta de que llevaba un rato deambulando por el baño en una especie de ritual compulsivo que me llevaba de un lado a otro del mismo. Volví a asomarme y comprobé que los dos dormían plácidamente, justo antes de sentir que mi rostro se iluminaba de nuevo presa del entusiasmo. No pude evitarlo y con extremo sigilo, me acerqué hasta él. Le contemplé embelesada, fascinada por la paz de su rostro, y me estremecí al pensar lo inconsciente que había sido al no prestarle más atención cuando le tenía conmigo. No sabía si

las reglas de los viajes en el tiempo me lo permitían pero ni siquiera me importó. Me agaché y me acerqué a su rostro. Me detuve a escasos centímetros y sentí vértigo cuando el aroma de su piel me golpeó con dureza. Conservaba ese toque dulce y varonil que tan bien recordaba y por culpa del cual, tantas veces le había mordido el cuello. Cerré los ojos y me acerqué unos centímetros más hasta que rocé mis labios con los suyos. Fue extraño y placentero al mismo tiempo. No pude sentir el calor de su piel, ni el tacto de sus labios. Sabía que los estaba besando pero no podía notar nada. Sin embargo, no me importó. Guardé la imagen en mi retina y con la garganta oprimida por la presión concentrada del riego sanguíneo en las venas de mi cuello, me dejé caer lentamente después de llevarme los dedos hacia los labios y acariciar la zona que había entrado en contacto con los suyos.

No quería separarme de él una vez más, resultaba demasiado doloroso, pero tampoco podía tumbarme a su lado. Así pues, me acomodé como pude sobre la alfombra y apoyé la cabeza en uno de los almohadones que siempre dejábamos en un rincón por la noche. Tal vez no pudiera tocarle, ni sentir su pecho contra mi espalda, pero podría dormir envuelta en su olor, en su familiaridad, en su esencia... Era mucho más fácil que hacerlo en la soledad que me rodeaba desde hacía un par de semanas. Me levantaría antes que Noa y me escondería para que no pudiera verme hasta que la magia de la señora Davenports me llevase de nuevo hasta el día del accidente de Sam y así, pudiera evitarlo.

IX.

A veces, los planes pueden fallar.

Desperté aletargada, no recordaba haber tenido un sueño tan intenso y demoledor. Tal vez fueran los efectos del hechizo, pero me costaba horrores despertar y vencer el extenuante sopor que me poseía.

Tardé en abrir los ojos, más de lo que fui consciente del ruido, o más bien, de la ausencia de ruido que había a mi alrededor. Al final lo logré. Primero uno y luego el otro. Traté de ubicarme. Me incorporé lentamente y busqué a Sam sobre el colchón de forma instintiva. No había ni rastro de él, ni tampoco de Noa. Mierda.

Habían despertado y habían salido del dormitorio sin que yo me hubiera enterado. Una oleada de pánico se apoderó de mí y un escalofrío me recorrió la columna. ¿Me habría visto Noa? No... No podía ser. De haberlo hecho, hubiera gritado. Nadie en su sano juicio podía verse a sí mismo, tendido en el suelo aparentemente dormido, y no gritar miles de insensateces al mismo tiempo que por cierto, ninguna otra persona creería. Si lo hubiera hecho, Sam la hubiera llevado a ver a un especialista. Él era así. No le gustaba andarse con rodeos ni tampoco perder el tiempo. Si había un problema, buscaba la solución más rápida, y si había que ir al médico, no dejaba pasar ni un segundo de más.

Me llevé una mano a la cabeza y mesé el pelo, revuelto y enmarañado, en un gesto nervioso. No podía ser. No podían haberme visto, el vocerío que se habría generado me hubiera despertado. Sam se habría empecinado en pasar por encima de donde yo estaba tumbada tan solo para demostrarle a Noa de forma fehaciente que ahí no había nada más que la alfombra. Por un momento, la idea me dio vértigo. Sam no podía verme, por mucho que yo lo intentara, y todavía me quedaban tantas cosas que decirle...

Me di cuenta de que la temperatura del dormitorio había ascendido de

forma considerable. Jamás me había gustado tener la calefacción tan alta. Me puse en pie y me saqué el jersey de punto para anudármelo a la cintura y así quedarme en una manga más fina. Me dolía el cuello de haber dormido en el suelo. Hice un par de estiramientos para desentumecerlo y luego observé la habitación entera. Por la luz que irradiaba de los amplios ventanales intuí que debían de ser las once por lo menos. ¿Cómo había podido dormir tanto? Nada de lo que me rodeaba me llamaba la atención, salvo el aparente desorden que imperaba en cada rincón. Me extrañó, no solíamos dejar las cosas tiradas de ese modo.

Di un par de rodeos por el dormitorio en busca de algo que me diera una pista sobre lo que estaba sucediendo. ¿Continuaría en el pasado? ¿Habría regresado? De haber sido así, debía de haber una explicación para la anarquía que reinaba tanto en el interior como en el exterior de mis armarios... No estaba del todo segura. Estudié con mayor detenimiento lo que había para poder acabar de determinarlo. Encontré ropa de Sam sobre la silla; por lo que pude deducir que continuaba anclada en el pasado. Me acerqué y acaricié la camiseta blanca, impoluta. Siempre las renovaba cuando empezaban a perder ese color tan peculiar a nuevo, ese blanco luminoso recién estrenado que a todo el mundo le encantaba lucir. La cogí entre las manos y me la llevé hacia el rostro, empapándome de su aroma.

Un fuerte ruido me sorprendió desde el salón y me quedé inmóvil. Al momento, un sonriente Sam apareció por la puerta del dormitorio en ropa interior. Los altavoces comenzaron a retumbar y la música rock inundó la estancia. Entró bailando, dando unos divertidos pasos como si de repente, se hubiera convertido en una estrella de rock. Hacía ver que sostenía una guitarra entre las manos, emulando las notas de la canción que sonaba, dándolo todo en un concierto del que solo yo podía disfrutar. Se le veía radiante y feliz. Le contemplé con verdadera devoción mientras mi garganta se cerraba impidiendo que pasara por ella el aire suficiente para mantenerme firme. Estaba realmente guapísimo.

Cambió la canción pero la actuación continuó hasta que el estridente sonido del teléfono nos recordó a los dos que no estábamos solos en el mundo. Apagó los altavoces y contestó a la llamada.

—¡Hola, amor! —saludó jovial tras leer mi nombre en la pantalla de su móvil.

Me acerqué a él de forma peligrosa hasta que mi oído quedó lo suficientemente cerca como para escuchar mi voz a través del aparato. No debí hacerlo. Mi equilibrio se tambaleó al sentir la cercanía de su piel, tersa y suave.

—¿Qué haces? —preguntó Noa, en tono adusto.

—¡Disfrutar de un poco de música por la mañana! —contestó, haciendo caso omiso de ese pequeño detalle—. Aunque me gustaría tenerte aquí... Bailar contigo siempre ha sido más... excitante.

Su sonrisa me fulminó al momento. Volver a contemplar a plena luz del día esa dentadura blanca y perfecta me provocó una gran conmoción. Sus colmillos afilados tan característicos... ahí estaban, eclipsando mi mirada como siempre lo habían hecho.

—Podrías dejar de perder el tiempo y ponerte con la casa... Esta mañana parecía una leonera. —Su semblante se torció, eliminando de un plumazo la expresión risueña de sus ojos—. Esta noche vienen Julie y Paul a cenar y yo tengo mucho trabajo en el despacho. ¿Puedo contar contigo?

Recordaba ese día. Fue a mediados de junio. Acababan de concederme el ascenso con un periodo de prueba y cada vez pasaba más horas fuera de casa, encerrada en un despacho que se había convertido en mi segundo hogar.

—¿Estás segura de que no prefieres ver a Thor en acción...? —intentó una vez más, tratando de recuperar esa sonrisa bobalicona que siempre decía que le encantaba—. Ya sabes que el martillo de las películas no tiene nada que envidiarle al mío... Además, estoy un poco cansado, he pasado un par de días duros en el trabajo y me apetecía cenar contigo... Vinito, pizza y... lo que surja.

—¿Es que no vas a madurar nunca? Llevo unos días de perros en el despacho y no paro de regalar horas y más horas. Me apetecía un plan distinto. Mira, déjalo —renunció exasperada—. Iremos a cenar fuera. Tan solo te he pedido una cosa... Nos vemos luego.

Quise ahorcarla en ese mismo instante, con todas mis fuerzas además. ¿Es que no veía cuánto la echaba de menos? Dios. Me dolía cada una de las extremidades de mi cuerpo. Pero no era físico, iba mucho más allá. Dolía en cada sentido de la palabra, en cada silencio provocado, en cada nota de un pentagrama, vacío de unas emociones que parecía haber dejado olvidadas en algún rincón.

—Ok. Luego te veo —contestó Sam, ahora ya sin un atisbo de felicidad en el rostro.

No volvió a conectar la música. Tiró el teléfono de cualquier manera sobre el colchón. Acto seguido, se dirigió al armario, cogió una camiseta y un pantalón, se vistió y adecentó el dormitorio para luego encaminarse hacia la cocina y hacer lo mismo. Me sentía una persona despreciable en ese instante. Me llevé una mano a los labios y silencié mi lamento. Mis ojos se opacaron tras las lágrimas, nostálgicas y corrompidas por una añoranza que crecía cada vez más. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no había regresado al día del accidente? ¿Por qué me obligaban a revivir todo esto? Pero, sobre todo, por encima de todas esas preguntas había una que no dejaba de repetirse una y otra vez, como un eco lejano dispuesto a torturarme sin miramientos ni misericordia.

¿Qué podía hacer para evitar que Sam sufriera, si ni siquiera podía verme?

X.

No fue la única ocasión.

Todo a mi alrededor comenzó a dar vueltas en un espiral de colores del que no podía escapar, igual que en una película. Cerré los ojos y me dejé arrastrar por él, consciente de que ni siquiera me despegaba del suelo. Era algo que escapaba de la razón, únicamente posible gracias a un hechizo. El cambio entre las dos primeras escenas no fue tan brusco. De hecho, ni siquiera lo noté. Fue natural, tanto como el hecho de haber despertado y darme cuenta de que habían pasado muchos días entre una escena y la otra. Ahora, la percepción del tiempo me desafiaba y ponía a prueba mi entereza, quizá para comprobar hasta dónde sería capaz de llegar para cambiar el rumbo de mi vida.

Las luces se detuvieron en seco y sentí un ligero mareo al abrir los ojos. Volvía a estar en casa, en el mismo punto del que había desaparecido. En el dormitorio ahora imperaba una inquietud desconcertante. Todo parecía ordenado de forma impoluta. No había nada fuera de lugar. Escuché unos murmullos en la distancia y me asomé al salón con cuidado. Distinguí a Sam sentado en el sofá con la atención completamente puesta en el televisor. Jugaba a un videojuego. Al fondo, en la cocina, Noa preparaba unos huevos con bacon. Aparentemente no había nada raro en la escena.

Al cabo de unos minutos, la vi cruzar la estancia principal con el plato entre las manos. Se sentó y comenzó a cenar.

—¿Piensas cenar en algún momento? —dijo con un trozo de bacon entre los dedos.

—Picaré algo más tarde —dijo él sin apartar la vista del televisor.

Continuó como si la cosa no fuera con ella. Tras unos instantes, cogió el teléfono móvil y depositó en él toda su atención, mientras seguía cenando en

riguroso silencio.

La escena, que en un principio me pareció aparentemente normal, ahora me sobrecogió. La frialdad de sus palabras, la visible distancia que había entre mi marido y la que tan solo hacía unos meses era yo misma... No me reconocía. No reconocía aquellas dos personas que un día fuimos.

Pasó media hora que a mí se me antojó una eternidad sin que cruzaran ni una sola palabra más. Al final, Noa se puso en pie, lavó los platos y regresó al salón. Apagó la lucecita de la esquina, cogió el teléfono que había dejado sobre la mesa y se encaminó hacia el dormitorio.

—¿Te acostarás muy tarde? —dijo en dirección a Sam sin apartar la vista siquiera de la pantalla del teléfono.

Un rayo de esperanza se iluminó en mi interior. Tal vez Sam reaccionara y se fuera con ella. Podrían hablar de su día, de lo que había pasado en el despacho, de cómo funcionaba el bar o de cómo cada vez corría más la voz sobre los maravillosos cócteles que Sam preparaba. Sin embargo, conocía perfectamente lo que iba a suceder a continuación. Y volví a odiarme por ello.

—No lo sé.

—Ok.

Ok. ¿Ok? ¡¿Un maldito “ok” era la nueva manera de desearse las buenas noches?!

Corrí hacia el armario y me dio tiempo a encerrarme en el interior antes de que mi yo pasado cruzara la puerta del dormitorio con la vista perdida en el teléfono. Me dieron ganas de salir, arrebatárselo de las manos y tirarlo por la ventana. Me sentía realmente furiosa.

Noa se metió en el baño, se lavó la cara, los dientes y se aplicó un poco de crema hidratante. Acto seguido, se tumbó en la cama, sacó un libro del primer cajón de la mesilla y se puso a leer como si la vida no fuera con ella. Santo cielo... ¡¿por qué lo permitía?! ¿Es que acaso no se daba cuenta de cuánto valor tenía cada uno de esos minutos que estaban perdiendo?

Estuve tentada de salir del armario y pedirle explicaciones pero algo me detuvo. La oscuridad volvía a cernirse sobre mí sin remedio y todo el arrecife de colores me envolvió una vez más. Me tapé los oídos y me encogí tanto como el estrecho espacio me permitió. Esperé y traté de silenciar el frenético ritmo de mis pensamientos. No quería revivir más escenas como la que acababa de tener lugar frente a mis ojos. No quería ser testigo de la forma en la que mi matrimonio perdía fuerza y se precipitaba hacia un acantilado, a la espera de que alguien se atreviera a rescatarlo. No quería ver cómo dos personas que se amaban, permitían que todo se perdiera por la incapacidad de reaccionar a tiempo. No quería verlo porque había necesitado regresar de otra vida con la intención de evitar la muerte de mi marido, para darme cuenta de que ese no era el origen de nuestros verdaderos problemas. Todo se remontaba a mucho antes. Todo se había estropeado cuando ni siquiera nos habíamos dado cuenta de ello. Nos habíamos acostumbrado y simplemente, aprendimos a vivir con ello.

Esos episodios que acababa de revivir no habían sido capítulos aislados sino que se repitieron en numerosas ocasiones. Por el día, por la noche, al despertar o al ir a trabajar. Se habían convertido en una constante y todas las sonrisas y buenas palabras que un día nos dedicamos en cada uno de los momentos que compartíamos, habían quedado ahora relegadas a un segundo plano.

Me sequé una lágrima temerosa que vino seguida de unas cuantas más y me quedé agazapada en el suelo del armario durante no supe cuánto tiempo, hasta que el sueño al fin me venció. El reloj de mi muñeca no funcionaba y el teléfono móvil se desconectó en el mismo instante que yo había regresado al pasado, por lo que no disponía de ningún mecanismo para saber cuánto tiempo pasaba en realidad para mí. No quería continuar viendo todas aquellas cosas. No quería enfrentarme a ninguna más si no podía detenerla por lo que me obligué a cerrar los ojos, dejé caer la cabeza entre mis brazos, envolví mis rodillas y simplemente, esperé.

XI.

Exprimir cada minuto de vida.

Tres despertares más fueron los que necesité para darme cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo. Nada tenía que ver con lo que yo imaginé. Margareth no me trasladó al día de la muerte de Sam porque ese día no fue el inicio de todo... o el final, según cómo se mirase. Me había dado la oportunidad de regresar al pasado para entender que nuestra vida había cambiado mucho antes. Hacía meses que ya no éramos un tándem y ahora tenía en mis manos la posibilidad de rectificar, o más bien, tratar de que lo hiciera Noa por mí. Sin embargo, el hecho de que cada día ella dejara de recordar quién era yo y qué hacía ahí lo dificultaba bastante. Me veía obligada a perder el tiempo pensando en cómo presentarme ante ella en cada nueva ocasión para que no resultara un encuentro traumático y mientras tanto, la vida de Sam se desvanecía en mis manos, como un sueño evaporado. Lloraba de tantas formas a la vez que mis fuerzas flaqueaban con cada lágrima, desbordadas por la desolación de su recuerdo.

Margareth me brindó la oportunidad de enmendar todos aquellos errores que un día cometimos, tal vez de forma consciente o quizá, por descuido. Y ahora, quería exprimir cada minuto de vida y empaparme de todas las maravillas que en realidad, nos ofrece el día a día. Me observaba a mí misma viendo la vida pasar. Me había convertido en una especie de autómeta cuyos movimientos hubieran sido previamente indicados. Me despertaba, preparaba café, me daba una ducha, me vestía y acto seguido, me pasaba el día encerrada en un despacho durante el resto de horas del día.

Ahora, con aquella libertad que solo conceden los recuerdos, me sentía dolida por haber permitido que la apatía se instalara en nuestra vida y nos arrastrara de forma imperceptible hasta un punto del que no supimos regresar. Pensaba en cada una de las escenas que había contemplado y supe que quedaban muchas más por delante porque, desde entonces, nuestra rutina se

había convertido precisamente en esa. Éramos conscientes y, sin embargo, rectificar no parecía convertirse en nuestro principal cometido.

Conforme pasan los años, tendemos a pensar que la vida tiene sus cosas y que nuestra voluntad debe pasar por aceptarlas como tal. No obstante, nada más lejos, lo que nos define como humanos, como seres poseedores de una capacidad de razonamiento única, es la posibilidad de entender cualquier circunstancia y tratar de usar todas las herramientas de las que disponemos para evitar que tome una dirección que no es la que quizás hubiéramos deseado. Yo también cometí el error de acomodarme y de no querer ahondar en lo que verdaderamente me preocupaba. En realidad, era la opción más fácil, la más cómoda. Y ahora, ver cómo todo lo que había dejado pasar desfilaba ante mis ojos sin que yo pudiera hacer nada más que observarlo desde una posición pasiva, me quemaba las entrañas y me remordía la consciencia. Echaba de menos cada uno de esos gestos que ahora volvía a ver y que sabía que no serían para siempre. Añoraba sus extravagantes formas de moverse al bailar, su habilidad al cocinar y cada una de las formas que tenía de decirme que me quería sin tener que pronunciar aquellas dos palabras por las que ahora lo daría todo.

La puerta principal se abrió y se escucharon unos pasos acelerados tras un leve portazo. Había alguien más en casa. Por instinto me puse en pie y me escondí para que no pudieran descubrirme, aunque fuera consciente de que no era posible, a menos que se tratara de mí misma... Sin embargo, las probabilidades de que apareciera por casa a esas horas eran prácticamente nulas. De pronto, Sam asomó en el dormitorio y sentí que mi estómago reaccionaba sin hacerse esperar. Mis labios se curvaron al instante. Aguardé inmóvil a que se girara para poder regalarle una nueva sonrisa que jamás llegaría a ver hasta que todo aquello hubiera terminado. Resultaba muy frustrante. Necesitaba decirle tantas cosas... Estábamos a solas y sin embargo, nos separaba un mundo, una vida que debía afanarme en recuperar cuanto antes.

Pensé en todas aquellas cosas que pasan ante nuestros ojos a las que sin embargo, no prestamos atención. Gestos que sustituyen palabras, sueños compartidos en voz alta, risas cargadas de compenetración, miradas capaces de hacerte el amor en cualquier sitio... a cualquier hora.

El paso del tiempo no deja a nadie indiferente. Puedes aceptarlo o tratar de cambiar. Pero no rebelarte a ello. Nos resignamos a dejar de sentir mariposas un buen día cuando, al despertar, aquel beso ya no nos sabe igual. Tenemos prisa, llegamos tarde y ahora, las prioridades han cambiado. Sin embargo, solo las personas que han perdido a su otra mitad, aquella capaz de darles la mano y acompañarles en un salto al vacío, conocen el valor real de cada uno de esos detalles, ínfimos para nosotros, irrecuperables para ellas.

Sam se metió en la ducha y salió al cabo de unos minutos. Parecía otro. Ya no había ni rastro de las ojeras que mostraba al llegar. Durante los últimos meses había trabajado hasta muy tarde por las noches en el bar, pero no solía quejarse por ello. Había luchado fuerte para poder sacarlo adelante y así no depender de nadie... Era parte de su vida, pero no era un bar al uso. Era uno de aquellos pubs en los que te sentías cómodo. La música, casi siempre de los años setenta y ochenta, acompañaba de un modo suave a las distendidas conversaciones que ahí dentro quedaban almacenadas, en cintas invisibles que Sam era capaz de recordar a la perfección. Tenía un don especial para tratar con las personas. Era agradable, risueño y sobre todo, un gran confidente... Siempre lo fue. Era una cualidad que detectabas en él con solo una mirada.

Sus ojos, de un gris claro teñido de motas azules, te trasportaban hasta la capa de agua intermedia de un océano, donde los rayos de sol no quemaban y el silencio vacío de tu alrededor acalla tus peores miedos. Ahí no hay tiburones, ni tampoco animales despiadados, sino luz y toda la tranquilidad que a veces, la vida en la tierra puede arrebatarte.

Contaba con muchos clientes habituales y conocía tantos secretos sobre ellos que ni siquiera el párroco del barrio era competencia para él. Sin embargo, lo que más le diferenciaba de cualquier otro propietario de un pub era su forma de guardar fidelidad a todos y cada uno de sus clientes. Coleccionaba con tanto recelo sus secretos que incluso desistí en continuar preguntándole cuando fui consciente de que jamás me los confesaría, por mucho que siguiera intentándolo. Y eso, a pesar de irritarme, me enamoró todavía más.

—No solo sirvo cañas, Noa. Hago mucho más que eso. A veces escucho y otras, acompaño, pero siempre estoy ahí para lo que necesiten.

Algún día quizá lo entiendas... Tal vez no tenga un glamuroso despacho con grandes vistas, pero te aseguro que ese bar me da la vida —decía siempre que le sacaba el tema de plantearse alguna otra opción menos sacrificada y con un horario más decente.

Pasó por mi lado y el inconfundible aroma de su piel me fulminó. Solo se había puesto desodorante, ningún tipo de perfume y, sin embargo, sabía que jamás habría nada que pudiera despertar en mí la misma pasión que el olor de su piel provocaba en mi alma.

Cruzó el salón y desde su móvil sincronizó los altavoces de última generación. Unas suaves notas comenzaron a salir a través de un piano de forma sutil y su volumen fue incrementando paulatinamente. *You are so beautiful*, de Joe Cocker. Creí que iba a morir en aquel mismo instante.

Le observé moverse por la cocina con familiaridad, muy consciente de lo que quería preparar. Yo también lo sabía. Arroz con bogavante y ostras. Las guardaba en el frigorífico desde el día anterior. Era nuestro aniversario. Y tal y como ahora podía recordar ese detalle, también sabía lo que sucedería en cuanto yo cruzara la puerta. Me había olvidado por completo. No tardé en comenzar a sufrir los estragos de ese recuerdo. ¿Cómo era posible que mi vida hubiera dado un vuelco tan grande los últimos meses? Sam no pareció molestarse e incluso, me disculpó, atribuyéndolo a la gran cantidad de trabajo que había arrastrado desde el anuncio de mi ascenso.

No, no, no y no... No podía consentir que volviera a repetirse la escena. Jamás. No iba a permitirlo mientras estuviera en mis manos la posibilidad de evitarlo. Ni un millón de túneles de colores evitarían que celebrara con Sam mi séptimo aniversario de bodas.

Comencé a dar vueltas fuera de control por el dormitorio intentando buscar una solución. Todavía disponía de algunas horas de margen antes de que Noa llegara a casa. Cogí una gran bocanada de aire con fuerza, casi desesperada. No iba a volver a estropearlo.

Salí del dormitorio sin ningún plan en concreto en mente y el olor que emanaba de los fogones me golpeó sin piedad, llegando incluso a detenerme el paso. Tragué con dificultad, eché un último vistazo a un Sam vestido

únicamente con unos tejanos desgastados y me afané en ir al encuentro de mi yo pasado.

XII.

Reaccionar o rendirse.

Llegué a la oficina casi sin aliento. Nadie podía verme correr, así como tampoco se apartaban a mi paso, por lo que me resultó mucho más difícil recorrer las ataviadas calles de la ciudad a esas horas. Todavía no estaba segura de poder atravesar cosas o personas y arriesgarme a probarlo me daba un poco de miedo.

Entré en las dependencias de la empresa y corrí hacia las escaleras. Casi nadie solía subir y bajar por ellas ya que contábamos con cuatro ascensores distintos que subían y bajaban de forma ininterrumpida durante todo el día.

Me colé por la puerta de mi despacho como un vendaval y me topé de frente conmigo misma. Por un segundo me tambaleé de la impresión. Estaba sentada frente a mi escritorio, abducida totalmente por la pantalla. Tenía los ojos enrojecidos, seguramente debido a las horas que debía de llevar inmóvil en aquella misma posición. Noa alzó la vista y reparó por primera vez en mí. Tardó en reaccionar, tanto que creí que ni siquiera me estaba viendo.

De pronto, sus ojos comenzaron a curvarse, su rostro oscureció y sus cejas quedaron enarcadas en una mueca nerviosa. Apretó los pies hacia atrás, lo que provocó que la silla se deslizara lentamente sin hacer ruido, con ella encima. Su semblante cambiaba por segundos. Cerré la puerta a mis espaldas y me acerqué a ella con indecisión, manteniendo una distancia prudencial necesaria. Me había arriesgado demasiado y no sabía cómo me saldría la jugada. Si comenzaba a gritar, todas mis esperanzas se verían tiradas por tierra en apenas un santiamén.

—Escúchame, ¿vale? Antes de gritar, solo escúchame.

Ni siquiera le salía la voz. Despegó los labios con la única intención

de hacer justo lo que acababa de pedirle que no hiciera. Pero no podía culparla. Me sorprendió incluso que mantuviera la compostura con semejante temple. De haber sucedido al revés, no sé si yo hubiera sido capaz de hacerlo. Pero estaba débil. Hacía tiempo que no era la mujer que un día fui y eso me volvía mucho más susceptible de lo que tal vez era en realidad.

Ahora que tenía toda su atención puesta en mí no sabía muy bien qué decirle. Me sentía abrumada por la gran cantidad de sentimientos que mi estómago retenía. Noa no despegaba los ojos de mí, pasando de mi rostro a mi cuerpo, quizá buscando alguna fisura que pudiera convencerla de que mi presencia no era más que una simple alucinación fruto de las horas de sueño que arrastraba desde hacía demasiados días.

—No... no sé cómo decirte esto —titubeé.

Continuó en silencio y aquello todavía me lo puso más difícil. Empezaba a pensar que me había quedado en shock, lo cual, me haría un flaco favor.

—A ver, Noa... —seguí, ahora con cierta desesperación en la voz. Me acerqué hacia la mesa, apoyé ambas manos y acerqué mi rostro al de mi yo pasado. Me estudió con detalle, tan analítica como siempre lo había sido. Era como mirarse en un espejo en tres dimensiones, lo cual, no dejaba de resultar chocante—. Mira, esto es muy difícil de explicar, pero tienes que creerme. Me da igual si mañana piensas que soy una alucinación, un sueño o lo que quieras creer al respecto. No me importa... pero debes escucharme. Eso es lo único que cuenta. ¿Entiendes?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, tan lento como imperceptible. Ni siquiera pestañeaba lo cual, comenzó a asustarme. Perdí unos segundos observándome con detenimiento. Las ojeras surcaban mis ojos con una intensidad que me impactó. La mirada era oscura, no sabía si por cansancio o por miedo. Pero en esos ojos ya no quedaba nada de la chica que un día solía ser. Llevaba una capa de maquillaje mucho más espesa de lo que me gustaba lucir. Pero también la llevaría ahora si todas aquellas imperfecciones aparecieran en mi piel. No era acné ni nada parecido. Eran erupciones generadas por culpa del estrés. Solían salirme rojeces y toda mi piel se

irritaba con la misma facilidad con la que lo hacía yo misma. No había ni rastro de brillo en mis ojos, perdidos ahora en un mar de dudas, números y cuentas pendientes de ser entregadas. ¿En qué me había convertido ese trabajo? ¿En qué momento había dejado de vivir?

—Tienes que parar esto, y debes hacerlo cuanto antes.

Esperé a una respuesta que no llegó. Podía ver la conmoción de sus ojos. Tenía que hacerla reaccionar como fuera.

—Mira, no tengo apenas tiempo para perder explicándote quién soy o por qué te estás viendo a ti misma cuando las dos sabemos que eso es imposible. Porque lo es. Pero te conozco, y lo hago porque tan solo hace unas semanas era yo misma la que estaba ahí sentada. Tienes que creerme, ¿vale?

Continuó en silencio y ahora comenzó a irritarme su postura estática.

—Debes cambiar, Noa. No puedes seguir así... —dije antes de detenerme unos instantes. Me incorporé de nuevo y di un par de pasos por la luminosa y minimalista estancia, ahora visiblemente más alterada—. Estás perdiendo un tiempo muy valioso... oportunidades que jamás volverás a vivir. ¡Te has perdido a ti misma, joder! ¿Es que no lo ves? ¡¡Mírate!! —grité con más ímpetu del esperado. Pero nadie más que ella podía escucharme, por lo que rebajé de nuevo el tono—. ¿En qué te estás convirtiendo? Eres como un robot. No sonríes, no te diviertes, te enfadas con facilidad y lloras cada dos por tres.

Su mueca se torció en ese instante y supe que lo había hecho bien. Sí, yo era la única que lo sabía porque era la única que se había encerrado en el baño durante muchas mañanas, se había metido en la ducha y no había podido refrenar aquellas lágrimas que no sabía de dónde provenían pero que necesitaba liberar. Luego, con la piel seca, aplicaba un poco de corrector y me ocupaba de que el maquillaje cubriera la rojez de mis ojos para que nadie se percatara del agotamiento y sopor que me poseía.

—Esta no es la vida que querías. No es la que deseábamos hace unos años. Sí, te apasiona tu trabajo. Pero no deberíamos haber permitido que este apartara del camino a todo lo demás. ¿Qué me dices de Sam? ¿Cuánto hace

que no te ríes a carcajadas con él? ¿Cuánto hace que no pasáis un domingo en el parque? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor con él?

Pude distinguir a la perfección el ritmo frenético que alcanzaban sus pensamientos. Cruzaban su mente como un rayo y su semblante se desfiguraba por momentos. Estaba a punto de perder toda la entereza y desplomarse ante mis ojos. Lo sabía. El temblor de la comisura de sus labios me lo decía. Pero también sabía que aguantaría el tipo. Jamás se dejaba amilanar por nadie en el despacho. Sin embargo, ahora estaba jugando a un juego muy peligroso, tratando de mantener el equilibrio sobre una línea que no había cruzado nunca antes.

Sabía que escondía una caja de ansiolíticos en el fondo del segundo cajón, bajo las carpetas de proyectos desestimados. Que echara mano de ellos podía ser cuestión solo de un par de segundos. Sus ojos parecían idos, en una dimensión distinta, como si la hubieran abandonado.

—¿Qué... qué hago? —tartamudeó.

Por primera vez sentí el pánico de su voz, temblorosa y débil. Tardó en reaccionar, quizá después de darse cuenta de la cruda realidad que escondían mis palabras. Estaba a un microsegundo de derrumbarse y sin embargo, la tenía rendida frente a mí. Ojalá pudiera meterme en su cabeza, en la mía, y escuchar lo que sus voces le decían.

Llevaba mucho tiempo dándole vueltas al camino que había tomado mi vida. No lo compartía con nadie, ni siquiera con Sam, a pesar de las veces que me preguntó por ello. Me gustaba mi trabajo, sí, pero me sentía perdida en un presente que había dejado de comprender. La desidia me poseía, las fuerzas me abandonaban y sentía que todos mis sueños se desvanecían ante mis ojos sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Porque en realidad, no me llenaba aquella vida. Echaba de menos a Sam, tanto que dolía como si cada día me arañaran el pecho, rasgándolo y dejándolo sangrante, una herida que nunca parecía llegar a sanar.

Lo peor de todo era que no sabía cómo revertirlo, a pesar de lo fácil que me lo ponía él. No quería que pensara que era débil, que había fracasado y que, después de todo, aquello no era en realidad lo que deseaba. Envidiaba

su eterna felicidad, la sonrisa con la que llegaba a casa después de una dura jornada de trabajo. No le importaban las horas que pasaba en el pub porque en él se sentía realizado. Y yo me moría por dentro cada vez que lo veía y descargaba contra él algo que no se merecía. No era en balde, mi castigo venía después cuando en la soledad de mi dormitorio, repetía mentalmente esa escena, sus ojos pidiéndome explicaciones por un arrebató injusto, sus labios perdonándome una y otra vez. Me odiaba. Llevaba meses odiándome con un desprecio irracional. Y nadie se había percatado de ello.

Ví que sus ojos se humedecían lentamente, observándome ahora desde una capa acuosa, capaz de ocultar el miedo que le producía un destino que desconocía y al que realmente temía. Fue entonces cuando supe que me creía pues pude ver la soga que rodeaba su cuello, amenazando con ahorcarla. Noa se había debilitado, se sentía ahogada en una vida que no deseaba y de la que no sabía cómo escapar.

La realidad me impactó con la misma fiereza. Era yo la que estaba en esa silla. Era yo la que había odiado el rumbo de mi vida e incluso, me había odiado a mí. Echaba de menos a Sam de un modo demencial y en esa vida en la que todavía le tenía conmigo, no era capaz de hacer nada por evitarlo.

Odiaba la capacidad del ser humano para autodestruirse. ¿Tan difícil nos resultaba ser sinceros con nosotros mismos? ¿Tan difícil era desafiarte, dar el paso y rectificar?

Noa y yo nos sostuvimos la mirada y un intenso escalofrió me recorrió la columna. Nos entendimos sin necesidad de decir nada. Dos versiones de una misma persona, dos mujeres rendidas, dos mujeres incapaces de dar el salto y cambiar. La única diferencia es que una de ellas ya lo había perdido todo una vez... Tan solo debía convencer a la otra de que lo evitara, ahora que todavía estaba a tiempo.

Sus ojos me interrogaban. Esperaba una orden que le dijera qué era lo que debía hacer a continuación. Pero no podía hacerlo, tenía que ser ella misma la que se diera cuenta.

—Noa, tienes que creerme. Te queda muy poco tiempo... —imploré—. Sal de este maldito despacho, vuelve a casa y vive. Abraza a Sam y empáptate

de su humor, aprende de él, tómale de ejemplo y escucha todo lo que quiera decirte. Dile que le quieres y hazle el amor una, dos y todas las veces que quieras. Este despacho mañana seguirá aquí... Y si no es este, será otro. Pero lo que tienes con él no lo encontrarás en otra parte.

Tragó con dificultades. Me escuchó en absoluto silencio, todavía perdida en aquella otra dimensión a la que parecía haberse trasladado. Una lágrima descendió por su mejilla y supe que estaba a punto de dar el paso. La aflicción que se veía obligada a soportar era demasiado intensa. Noa jamás se hubiera permitido el lujo de llorar en el trabajo, arriesgándose a ser descubierta por cualquier persona.

—¿Me va a dejar? ¿Sam me va a pedir el divorcio?

Sus palabras me arrollaron, se estrellaron contra mi pecho y lo destruyeron todo a su paso con la estridencia de un impacto insalvable. ¿Cómo podía decirle que ojalá se tratara de eso? ¿Cómo decirle que apenas le quedaban unas semanas junto a él si no reaccionaba de una vez por todas? Mis dedos comenzaron a temblar cuando la imagen de aquel día me atropelló. Estaba justo a unos metros de donde me encontraba en ese instante, en la sala de al lado, cuando el maldito pitido del teléfono que ahora aguardaba sobre la mesa me destrozó la vida por completo. Sentí vértigo, palidecí y creí que no podría continuar sosteniéndome en pie. Jamás había experimentado un dolor parecido al que sentí ese día.

Cogí aire con fuerza, cerré los ojos y lo contuve durante unos instantes. Conté hasta tres y luego hasta cinco antes de expirar con la misma lentitud. Debía calmarme. Debía convencer a Noa de que reaccionara pero no solo por un día. Debía cambiar de actitud, redirigir su vida laboral y reavivar la personal. Por Sam, por ella y por todo lo que un día llegamos a ser.

—No deberías reaccionar solo ante la amenaza de un divorcio, no es justo. Hazlo por todas las cosas que cada día tienes la oportunidad de vivir junto a él y que, por el contrario, estás dejando pasar. No pienses en mañana. Vive hoy y cada uno de los momentos. Con él, con tu familia y con quien quieras. Mañana tal vez no puedas hacerlo. —Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta—. Ah, por cierto —me detuve en seco un segundo en la distancia—.

Hoy es vuestro aniversario. Él no se ha olvidado.

Desaparecí de su vista. Para ella sería como abandonar su pesadilla y regresar a la realidad con un golpe seco, el mismo que di con la puerta y que seguramente, solo ella pudo oír. Sin embargo, lo hice porque ya no podía sostenerle la mirada. Ya no podía soportar la agonía que aquellas palabras que salieron de mis labios provocaron en mi interior. Porque en realidad, la chica que estaba ahí sentada era yo misma y darme cuenta de un modo tan evidente de lo que había hecho con mi vida me perforó por dentro. Había olvidado nuestro séptimo aniversario de bodas y eso era imperdonable. Él lo aceptaría, como lo hacía con todo... ¿Pero yo? Me lo reprocharía cientos de ocasiones, tal y como sucedió unas semanas atrás. Aún recuerdo el escozor de mi garganta cuando llegué al salón y vi todas las velas y la cena lista... Olía como debía de hacerlo el cielo. Y yo únicamente llevaba el maletín en las manos y el pelo revuelto después de todo un día de incesante trabajo.

Tendemos a dejarnos llevar con facilidad por el curso de la vida y sin embargo, en muchas ocasiones, deambulamos perdidos, sin rumbo, por unos caminos que han construido frente a nosotros sin preguntarnos cómo ni por qué, llegados a una bifurcación, tomamos el más amplio, el más llamativo, sin detenernos a pensar que quizá, detrás de la adusta maleza del inicio del desvío, existe todo un paraíso pendiente de ser explorado, capaz de multiplicar nuestra felicidad.

Lloré de camino a casa sin importarme nada ni nadie. No podía detener las lágrimas que me dificultaban la visión. Me odiaba. Por todo lo que me hice, lo que le hice a Sam y por la imposibilidad de abrazarle de nuevo teniéndole tan cerca, cuando sus brazos eran los únicos capaces de acariciarme y evitar el desgarramiento de mi corazón. No sé cómo lo interpretaría ella o si creería que se había vuelto definitivamente loca. El caso era que no me importaba lo que pensara si con ello lograba que tomara las riendas de su vida de una vez por todas.

El azul añil del cielo caía sobre mí, despiadado, sin ningún tipo de delicadeza. Sentía el pecho oprimido y los oídos ensordecidos por un

estruendoso pitido que me martilleaba la sien. No escuchaba a la gente caminar a mi alrededor, ni el ruido de los coches que circulaban por la calzada, apenas a un par de metros de distancia de mi cuerpo. Deambulaba, o quizá levitaba por la calle. No llegué a prestarle atención. Me sentía hundida por el pesar que me provocaba ser una mera espectadora de mi propia vida. Ver la pasividad con la que aceptaba algo que no deseaba me quemaba por dentro.

Me planté frente a la puerta de mi edificio y supe que había llegado el momento. Esperaba que Noa hubiera reaccionado al fin. Mientras tanto, pasaría esas horas observando a Sam, sin más pretensiones que las de deleitarme con cada uno de sus movimientos, volver a oler el condimentado aroma que desprendía la casa cuando se ponía a los fogones o la de observar una y otra vez la profundidad de sus ojos.

XIII.

El viaje más esperado.

Traté de enfocar la mirada entre toda la luz que me cegaba. Tardé unos instantes más de la cuenta en acostumbrarme al brusco cambio pero al final, lo conseguí. La realidad me esperaba tras otro túnel de colores. De nuevo, estaba en mi apartamento, al igual que en todas las anteriores ocasiones. Ahora solo faltaba identificar el día del que se trataba. Escuché ruidos en el salón. La puerta estaba entreabierta y no lo dudé. Me acerqué con sigilo y eché un vistazo para comprobar que no era Noa la que se encontraba tras ella. Era Sam.

Toda yo reaccioné al instante. Le contemplé desde la distancia con una sonrisa que no pude borrar de mi rostro. Llevaba la mochila colgada de un asa y la cazadora ligeramente entreabierta. Estaba a punto de salir de casa para ir al pub. De pronto, su teléfono móvil comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo, deslizó el dedo sobre la pantalla y respondió.

—Hola, cariño —saludó en tono meloso. Debía tratarse de Noa. Puse todavía más atención en la conversación para tratar de identificarla y relacionarla con algún recuerdo en concreto. Si Áteravita me había llevado hasta ahí era porque había sucedido algo importante—. No, cielo. Hoy no puedo cerrar el bar antes. Tengo un reservado para quince personas. Es el cumpleaños de Cooper y lo celebran en el pub. Te lo dije hace una semana. Lo siento, ¿lo dejamos para mañana?

En ese instante, abrió la puerta, salió y tras unos segundos, escuché el inconfundible sonido de las llaves al cerrarla con doble vuelta desde fuera. Su voz se perdió en la distancia.

Mis pulmones se detuvieron en seco y algo en mi interior salió catapultado para estrellarse contra las paredes de mi pecho. No recordaba que la conversación hubiera sido tan cariñosa, al contrario, pero tenía ese día tan

grabado en la retina que era imposible que lo hubiera olvidado. El salto esta vez había sido mucho más dilatado en el tiempo. Habían pasado seis semanas desde nuestro aniversario por lo que entendí que Noa había dado un gran paso y todo había cambiado desde entonces. Eso explicaría el tono meloso de Sam, imposible de comparar con lo seco y hosco que fue en otra vida. Sin embargo, a pesar de ello, el transcurso de la historia no había cambiado y esta volvía a repetirse ahora.

Había regresado al día antes del accidente de Sam.

Me llevé las manos al rostro y reprimí las ganas de gritar. Cientos de veces son las que durante nuestra vida, hablamos de ese curioso fenómeno que consiste en ver la vida pasar ante nuestros ojos en apenas unos segundos. Solemos atribuirlo a una situación de máximo peligro, cuando nuestro cuerpo se acerca a la muerte con solo una ínfima posibilidad de sobrevivir a ella. Pensamos en todas las situaciones que creemos que desfilan ante nosotros en ese instante, convencidos de que entre ellas habría algún cumpleaños, un primer beso, una boda o tal vez un abrazo en concreto. Sin embargo, no pensamos en todas las cosas que dejamos atrás, en aquellas que no creemos recordar o las que quizá, hubiéramos decidido olvidar. No obstante, cuando la inmensidad de la vida te sobrepasa y son justamente estas últimas las que pasan frente a tus ojos, de una forma tan dolorosa que preferirías incluso la muerte, todo adquiere una nueva dimensión. Si siempre fuéramos conscientes de lo que pueden llegar a significar todas y cada una de las palabras que decimos en un momento dado, de cada abrazo, de cada mirada, seguramente no pasaríamos la vida preguntándonos por qué suena el maldito despertador por las mañanas o en la pereza que nos da tener que ir al supermercado. Al contrario. Cada vez que abriéramos los ojos, quizá nuestra primera intención sería la de sonreírle a la vida por darnos la oportunidad de continuar en ella. O quizá, convertiríamos el hecho de tener que hacer la compra en una oportunidad para pasear unidos de la mano y dejarnos llevar por una conversación con la persona con la que queremos compartir nuestro día a día. No es necesaria una fecha en concreto para que un día sea especial. Cualquier ocasión puede serlo.

Pensé en ello y sentí que toda yo empequeñecía por momentos. Cuántas oportunidades perdidas, cuántos momentos vacíos, cuántas palabras

silenciadas que ahora jamás serían escuchadas. Dicen que no somos capaces de apreciar lo que tenemos hasta que lo perdemos y me dolía ver que había tenido que experimentarlo en mi propia piel para darme cuenta de ello. Me odiaba y odiaba a la vida por hacerme esto. ¿Por qué a mí? ¿Por qué a Sam?

Me puse en pie, totalmente fuera de control. Las lágrimas recorrían mis mejillas sin freno y mi estómago se comprimía contra mi cuerpo. Me ardía la garganta y la piel. Necesitaba correr, gritar, caerme y hacerme daño. Cualquier cosa que pudiera eliminar todos esos pensamientos. Era solo cuestión de veinticuatro horas que Sam saliera de casa enfadado por mi culpa y todavía tenía intacto ese recuerdo en mi memoria. Tenía la oportunidad de cambiarlo, pero no quería que Noa lo hiciera por mí. Necesitaba ser yo la que le sintiera por última vez, la que le dijera cuánto le quería y la que pidiera fiesta en el trabajo tan solo para quedarse en la cama remoloneando, arrebujaada contra el cuerpo del hombre que siempre fue mi único amor. Tenía que desbloquear esa parte del hechizo. Margareth dijo que nadie lo había conseguido antes y que Áteravita era tan real como imprevisible. Tal vez fuera mi única oportunidad. Pero era yo quien tenía derecho a pasar esa última noche junto a Sam. Nadie más que yo. Solos los dos. Y nadie me privaría de ello si estaba en mis manos evitarlo.

Me detuve unos instantes a pensar qué era lo que habíamos hecho la noche anterior. No recordaba nada en concreto, nada especial. Cené en casa y le esperé viendo una serie hasta que él llegó del pub, pasada la medianoche. Seguramente me quedé dormida antes. Miré el reloj que había en la pared de la cocina, eran las siete de la tarde. Noa debía de estar a punto de llegar.

Me puse en pie y sentí que el pulso se me aceleraba, subyugado por la presión de lo incierto. Debía encontrar el modo de desbloquear Áteravita. Sin embargo, no disponía de herramientas para buscar información sobre el hechizo. No podía conectarme a internet y además, dudaba mucho de que ahí pudiera encontrar algún dato relevante. Deambulé por casa sin querer tocar nada, con la mente perdida únicamente en una meta. Lo conseguiría. Costara lo que costase, pasaría esa noche con Sam.

Casi como por arte de magia, la puerta principal se abrió en ese instante y Noa apareció. Cuando alzó la vista y me vio, su rostro se

descompuso. Palideció y se detuvo en seco, como si la hubiera paralizado algún tipo de hechizo. Tenía los ojos extremadamente abiertos y me observaba con el terror dibujado en cada una de sus facciones, ahora más endurecidas de la cuenta. Una vez más no me recordaba.

Aguardé con miedo una reacción por su parte que no llegó. Continuaba inmóvil en el mismo lugar, sin quitarme el ojo de encima. Debía ganar ventaja. Di un paso al frente y esperé a ver cómo lo recibía. Nada, seguía igual. Esta vez tragó con ciertas dificultades, todavía aferrada con fuerza a la bolsa que colgaba de su mano izquierda y las llaves encerradas en el puño derecho.

Caí en la cuenta del tiempo que había pasado desde la última vez que nos vimos. Para mí, apenas unos minutos. Tal vez horas. Para ella, sin embargo, habían pasado nada menos que seis semanas. Seis semanas en las que no había resultado necesaria mi presencia, lo que solo podía significar que había funcionado. Noa había cambiado. La observé con mayor detenimiento y reparé en los detalles más importantes. No llevaba el maletín, era mi bolsa de deporte lo que colgaba de su mano. La contemplé de arriba abajo y vi que tampoco vestía como solía hacerlo para ir a la oficina sino que llevaba unos tejanos cómodos, unas zapatillas converse blancas y una sudadera de Oxford. Volvía del gimnasio. ¡¡Noa había vuelto al gimnasio!!

Quise abrazarla en ese instante y agradecerle el gran paso que había dado, pero debía andarme con extrema precaución de no asustarla. Para ella yo no existía, y su mueca de pánico me lo confirmaba a cada segundo que pasaba. Pero lo había hecho. Había cogido al toro por los cuernos, se había armado de valor y había dado un gran paso para salvar su relación y su propia vida. Mis ojos se anegaron en lágrimas y sonreí aliviada por primera vez después de todos los viajes que Áteravita me había hecho revivir. Di un paso más en su dirección. Quería abrazarla, agradecerle todo lo que...

—Si das un paso más, llamaré a la policía. —La firmeza de sus palabras detuvo en seco mis pensamientos. Era la primera vez que reaccionaba con agresividad a mi presencia. —No sé quién eres ni qué haces en mi casa... ni por qué demonios te pareces tanto a mí. Pero si das un paso más, gritaré y llamaré a la policía.

Me detuve horrorizada. Se había hecho mucho más fuerte. No había ni rastro de la Noa débil de las últimas semanas, o mejor dicho, de los últimos meses. Había resurgido y lo había hecho en todos los sentidos, en todos los planos posibles.

Por naturaleza, cuando el ser humano se siente débil, inestable, hundido por la desesperación y la tristeza, suele mostrarse mucho más receptivo a estímulos sensoriales, cuya explicación puede resultar incluso todo un reto. Creemos en cosas sobrenaturales, en cualquier idea que nos permita pensar que no todo está perdido. Sin embargo, cuando no existe una carencia de tal magnitud, sucede todo lo contrario. Nos fortalecemos y desafiamos a la vida con una demostración de lógica y razón capaz de hacer frente a cualquier cosa que trate de atentar directamente contra ella. Por eso mismo, esta vez no aceptó mi presencia como un sueño o como si no fuera más que producto de su propia imaginación, o una parte de su consciencia que se rebelara contra sus sentimientos. Noa me veía pero no era capaz de hallar una explicación lógica y racional para mi presencia en su salón. Por eso me temía.

—Noa... escúchame... —Traté de hacerla entrar en razón. Esta vez era yo la que comenzaba a flaquear ante la idea de perder la oportunidad de pasar esa última noche con Sam. El temor de mi voz era perceptible y supe que no le pasó desapercibida la desesperación que denotaba.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres? —continuó con la mandíbula apretada.

—Soy... —comencé antes de que se me quebrara por completo la voz—. Tal vez deberías sentarte. No sé cómo explicarte esto...

—Inténtalo.

—Tienes treinta y dos años, te llamas Noa Levy y llevas casada siete años con Samuel Levy. Trabajas en publicidad desde hace mucho tiempo y este verano por fin conseguiste un ascenso. —Su semblante se desfiguraba por momentos, pasando por todos los estadios emocionales posibles, siendo el miedo el único que se mantenía constante—. Tienes un tatuaje pequeño en las costillas, bajo la axila. No tienes marcas de nacimiento y no soportas despertarte tarde. Tomas café cada mañana. Mientes a Sam, le dices que es el

primero cuando te estás sirviendo el segundo, aunque sabes perfectamente que lo sabe y que lo acepta con una sonrisa. Odias cualquier champú que no haga espuma y eres incapaz de no ducharte por las mañanas. Te encantan los programas de música y eres adicta a las palomitas de colores. Sam te las compra, tú te quejas porque eso afectará a tu dieta pero no puedes aguantarte más por la noche. Ponéis una película y se las vas quitando una a una, consciente de que él las ha cogido únicamente para ti. —Cogí aire antes de proseguir—. Te encanta preparar magdalenas con frutos rojos y yogurt los domingos y no puedes evitar sonreír cuando ves el brillo de sus ojos, porque es incapaz de esperar a que la bandeja se enfríe.

La comisura de sus labios comenzó a rendirse ante la presión. Empezaba a ceder, consciente de que algunas de esas cosas no las sabía nadie más que ella.

XIV.

Contener la respiración...

—¿Quién eres...? —titubeó, ahora sin que quedara rastro alguno de toda la fortaleza que había mostrado unos momentos antes.

—Noa... soy tú. Eres yo... No sé cómo explicártelo, pero tienes que creerme. Tienes que hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

—Por el amor de dios, ¡eso es imposible! —farfulló visiblemente alterada.

—Lo sé, ¿vale? Sé que parece una maldita locura pero... Tienes que creerme. Déjame que te lo explique mejor y luego échame a patadas si quieres. Pero dame una oportunidad. ¿Qué puedes perder?

Lo pensó durante unos instantes mientras todos sus sentidos se mantenían en alerta a cualquier movimiento inesperado.

—Si lo prefieres, me mantendré en una esquina del salón mientras te lo cuento. No llevo armas ni cuchillos —dije, dándome golpecitos por todo el cuerpo para que viera que no llevaba nada escondido, ni tampoco en los bolsillos. Estaba realmente desesperada—. Te lo contaré todo. Nadie más puede verme por lo que nadie creerá que te has vuelto loca porque no te verán hablar conmigo. Y... si no quieres creerme —continué antes de una intensa exhalación—, cruzaré esa puerta y nada de esto volverá a repetirse...

Aguanté la respiración y recé con todas las esperanzas puestas en que mi discurso le hubiera afectado, por lo menos un poco. Ninguna de las dos bajó la mirada. Nos retábamos desde la distancia, conmovidas por dos sensaciones muy diferentes pero al mismo tiempo, realmente unidas. La necesitaba tanto como el aire para respirar, y necesitaba que ella lo supiera, que me creyera.

—De acuerdo —dijo sin más, para mi absoluta sorpresa—. Tienes cinco minutos.

No sabía por dónde empezar, estaba hecha un lío. ¿Qué podía contarle? ¿Debía decirle la verdad? ¿Sería mejor que no lo supiera? Tragué y luego volví a hacerlo, a pesar de que mi boca estaba seca. Un sudor frío me recorrió la columna y un intenso escalofrío me erizó el vello de la nuca ante su penetrante mirada.

—¿Vas a contármelo? —insistió, ahora más alterada.

Se colocó estratégicamente en la cocina, tal y como me había enseñado a hacerlo Sam. Desde ahí tenía a mano los cuchillos y en un simple abrir y cerrar de ojos, podría armarse si se me ocurría atacarla. Di un paso atrás para tranquilizarla y su cuerpo se destensó casi de forma imperceptible.

—En realidad, esta no es la primera vez que me ves ni que mantenemos una conversación... —empecé a decir sin saber muy bien cómo continuar—. Lo hemos hecho otras veces, pero no puedes recordarlo, del mismo modo que nadie puede verme salvo tú. Hace unos días... me sometí a un hechizo que me permitiría volver atrás para resolver un... asunto pendiente.

—Vaya... la cosa pinta bien —bufó sarcástica.

Le dediqué una mirada cargada de reproche y sus labios volvieron a sellarse después de que me hiciera un ademán con la mano, invitándome a continuar con el relato. No podía culparla, pero me enfurecía que se comportara de aquel modo.

—Supongo que el hecho de que hoy estés aquí es porque ese... hechizo —comentó, haciendo un gesto de comillas con los dedos—, me influye a mí también, ¿me equivoco?

—Es mucho más que eso, Noa. —Di un paso al frente, ahora segura de que no me atacaría. Bajo esa apariencia de dureza, en realidad aguardaba una mujer inquieta, temerosa de cuáles pudieran ser mis siguientes palabras—. Se te acaba el tiempo... Te lo he dicho en las anteriores ocasiones pero ahora... —titubeé sin poder evitarlo—. Ya no hay vuelta atrás.

Mis palabras calaron hondo por primera vez en ella y ahora sí que pude apreciar el terror de sus ojos, ensombrecidos por un halo opaco de temor.

—Oh, dios mío... Me... ¿me voy a morir? ¿Por eso estás aquí? —dijo. Me dio la sensación de que empezaba a creer que no era un simple espejismo fruto de su imaginación sino mucho más que eso.

Contuve el aliento durante unos instantes al recordar el verdadero motivo por el que estaba ahí. Era el último día que había compartido con Sam y si no le ponía remedio, volvería a suceder. Di un paso más hacia ella y esta vez no se movió.

—No eres tú... —No pude continuar. Se me quebró la voz y mis ojos se inundaron sin que pudiera remediarlo.

Se llevó las manos hacia los labios y ocultó con ellas una mueca de sorpresa. El rictus de su rostro, ahora rígido y sin apenas movimiento, resultaba demoledor. Quería abrazarla, darle todo el calor que yo también necesitaba, pero no me atrevía a moverme, no ahora que parecía comenzar a creermme.

—¡¡Mientes!! —gritó de repente, dejándome completamente helada—. Sam está bien —continuó, fuera de sí.

Apreté los labios, pero el temblor no menguó. Su tormento era palpable e impetuoso. Pero aquella era la única forma de lograr que me creyera y que así, pudiéramos evitarlo las dos.

—Ojalá mintiera, Noa. Te juro por lo que más quieras que me he arrepentido cada uno de los quince días que no he pasado con él de no ser yo la que hubiera terminado bajo un coche. —Su rostro se desfiguró y me maldije por haber soltado aquello de un modo tan directo e implacable, pero ya no podía evitarlo, estaba totalmente ida—. Pero tú has sido mi salvación. Y también puedes ser la suya. Hasta ahora lo has hecho de maravilla... Necesito que lo hagas una vez más —imploré.

Sin darnos cuenta, nos sentamos en el sofá, de lado, la una frente a la otra, compartiendo una congoja que solo nosotras conocíamos.

—¿Me estás diciendo que puedes evitar que suceda? —inquirió, con un rayo de esperanza en los ojos que no me atreví a cuestionar.

Lo creía. Lo creía con todas mis fuerzas y haría lo que estuviera en mis manos para que así fuera.

—Creo que sí... Pero no puedo hacerlo sola.

—Y, ¿cómo sé que dices la verdad? ¿Por qué debería creerte? —Sus miedos eran más que razonables. No podía culparla, suficiente estaba haciendo con escucharme, concediéndome la oportunidad de explicarle algo que escapaba de cualquier ínfimo resquicio de razón humana.

—Porque has conseguido que cambie tu vida gracias a mi presencia.

—No te entiendo. ¿Qué te hace pensar que mi vida ha cambiado?

Tenía los ojos enrojecidos, inyectados en sangre. La estaba obligando a asimilar una realidad tan dura que me sentía despreciable en todos los sentidos posibles. La muerte de Sam a mí me sacudió sin poder esperarlo. Pero yo le estaba diciendo lo que iba a pasar y no había nadie en el mundo preparado para escuchar una noticia de tal magnitud, y menos aún, reaccionar con entereza.

—En tu otra vida... por así decirlo —comencé, haciendo referencia a mi pasado con Sam—, después de nuestro séptimo aniversario todo se vino abajo de forma estrepitosa. Me olvidé por completo por culpa del trabajo y él, a pesar de que de entrada me lo perdonó, supe que se sentía muy dolido y que no lo olvidaría fácilmente. No era la primera vez que sucedía, lo del aniversario sí —me afané en rectificar—, sino el hecho de que me comportara de un modo egoísta con él. Todo cambió con ese ascenso. Ya no era la misma. Vivía volcada en mi trabajo y apenas tenía tiempo para nada más.

—Pero, renuncié al ascenso... eso que me cuentas no puede ser —me interrumpió en un susurro.

Sin que hubiera podido esperarlo, escuchar esa afirmación de sus labios me hizo feliz. Lo había hecho, ya no eran imaginaciones mías. Noa se había puesto frente a la dichosa balanza y había sabido escoger el mejor plato.

—Y no sabes cuánto te lo agradezco —le dije.

Envolví mi mano con las suyas y ambas nos miramos a los ojos. De repente, una corriente extraña se formó en la parte en la que estas entraron en contacto, quedándose ahí concentrada durante unos segundos. Era un cosquilleo agradable. Ninguna pudo añadir nada durante unos instantes en los que las sensaciones fueron tan intensas que incluso, dejamos de respirar. Sentí que ascendía lentamente por los brazos hasta llegar a la clavícula, alcanzó mi garganta, subió por el cuello y llegó hasta la sien. Las dos cerramos los ojos y como si de un nuevo túnel de luz se tratara, una fuerza poderosa nos engulló. Lo atravesé, dejándome llevar sin oponer resistencia y de pronto, toda la luminosidad dio paso a una luz más tenue a través de la cual comenzaron a aparecer imágenes. En todas ellas salía yo, pero no lograba reconocerlas. Vi a Sam riendo sobre mí, hundiendo la cabeza en mi cuello. Tenía el pelo revuelto, mucho más largo de lo que lo recordaba. Acto seguido, la imagen se esfumó con la misma velocidad que había aparecido y otra nueva emergió. Estábamos en el parque. Habíamos salido a correr juntos. Sin duda, era una imagen actual, pues la última vez que lo habíamos hecho ni siquiera tenía esas zapatillas que parecían ir a juego con las suyas. Cruzábamos Hyde Park a un paso ligero pero tranquilo, mientras compartíamos una conversación agradable, según lo que intuía en nuestra expresión. De nuevo desapareció la imagen. Ahora estábamos en el cine, compartiendo un cubo enorme de palomitas de colores. Sentí una fuerte sacudida en el estómago. No me pertenecía ese recuerdo. Otra imagen. Celebrábamos algo. Acababa de colgar el teléfono y Sam se acercaba a mí con dos copas de cristal en una mano y una botella de cava rosado en la otra, mi favorito. Se le veía feliz y me sentí radiante por formar parte de esa sensación. Desapareció y otra nueva imagen se materializó. Estaba en el pub de Sam. Santo cielo, ¿cuándo fue la última vez que había ido? Me vi a mí misma sentada en uno de los taburetes de la barra. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas, seguramente me había tomado un par de copas de más. Sam me observaba divertido desde la parte trasera de la barra. Limpiaba una copa con un trapo blanco, tan impoluto como sus camisetas, mientras reía por mis ocurrencias. Vi la chispa de sus ojos, el brillo especial... ¡Estaba excitado! ¡Y ni siquiera nos estábamos tocando!

Sentí una fuerte náusea y me desprendí de un movimiento brusco de las

manos de Noa. De pronto, todo desapareció y regresamos al salón del que por unos segundos habíamos desaparecido. Abrimos los ojos al mismo tiempo las dos y nos buscamos con la mirada. Compartimos un jadeo inquieto. Nuestros rostros no podían mostrar una expresión más contraria. Mientras que mis mejillas habían alcanzado un tono carmín tras esa última imagen de Sam, Noa parecía derrotada. Sus ojos estaban hundidos en la tristeza, anegados en lágrimas. Ni siquiera podía hablar. Me miraba con la confusión y la incertidumbre grabadas en cada una de sus líneas de expresión, ahora desprovistas de nada que no fuera el pesar provocado por saber que lo que había visto, era lo que hubiera sucedido si no hubiera dado ese gran paso. Las dos fuimos testigos de una magia desconocida. Ella pudo ver lo que sucedió durante aquellas seis semanas después de nuestro séptimo aniversario. Vio cada una de las pullas que nos soltamos, cada bronca, cada ocasión de ser felices tirada por la borda por culpa de la desgana. Nos habíamos perdido ante nuestros ojos y no supimos rectificar a tiempo. Cualquier cosa era motivo de un nuevo enfado y ella pudo verlo. Y de pronto, comprendió mi desesperación. Por el contrario, yo solo sentía la necesidad de agradecerle el haber tomado aquella decisión; haberse enfrentado a sus miedos y haber priorizado la felicidad de su matrimonio, la suya propia y la de Sam también. No había regresado al pasado hasta ese momento porque Noa se ocupó de que ya no existieran más enfados entre nosotros, más situaciones que pudieran dar lugar a nuevos remordimientos. Y después de ver todas aquellas imágenes, no podía más que darle las gracias por lo que hizo por ella, lo que hizo por mí.

—Siento que hayas tenido que verlo... —me disculpé con sinceridad.

—¿Qué es lo que necesitas? —Esta vez su voz sonó firme, ya no había ni rastro de duda en ella. Creía en mí y eso era lo único que contaba. Iba a ayudarme. Las dos íbamos a conseguirlo porque las dos estábamos enamoradas ciegamente del mismo hombre.

—Me gustaría decirte lo que va a pasar y cómo puedes evitarlo pero en realidad... No puedo permitirlo —dije, justo antes de hacer una pausa—. Necesito ser yo la que pase esta noche a su lado. Quiero verle reír, sentir el tacto de su piel y recordar el sabor de sus labios por última vez. Por favor, te lo suplico, concédeme esta última noche con él... —imploré, totalmente rendida a su merced, sabedora de que en realidad le estaba pidiendo un

imposible.

Aguantó el tipo con grandes dificultades. Era como verse en un espejo y no poder obviar la evidencia de tu reflejo. Estaba desolada. No podía privarme de ello. Si lo hacía, me hundiría para siempre, se hundiría a ella misma...

—Pero... Si dices que nadie más puede verte, ¿cómo pretendes hacerlo?

Escuchar su reflexión en voz alta me paralizó. Lo había pensado, sí, pero quería creer que no era verdad. Sin embargo... existía una posibilidad... remota, sí, pero ahí estaba. La conexión que habíamos experimentado era muy distinta a todo lo que había sentido durante todos los viajes en el tiempo que había sufrido gracias al hechizo de *Álteravita*. ¿Y si había conseguido desbloquear ese impedimento?

—Tenemos que intentarlo, Noa... Déjame intentarlo. Ven conmigo... —supliqué de nuevo. Sentía una mezcla de excitación y terror bajo las costillas que dio lugar a un intenso pinchazo en esa zona—. Si Sam puede verme, será mi última oportunidad para enmendar algo que solo yo estropeé... Tú supiste hacerlo bien cuando llegó tu turno... Déjame que yo también pueda intentarlo.

—Y... ¿si no puede verte? —preguntó en un hilo de voz.

—En ese caso... Necesitaré que lo hagas tú por mí.

Nos sostuvimos la mirada sellando un pacto que no fue necesario dejar por escrito. Las dos éramos conscientes de cuántas cosas podían cambiar de hoy para mañana cuando decidías dar un giro brusco en tu vida y poner fin a todas aquellas cosas que en realidad, no aportan nada. Era muy fácil rendirse ante la rutina y simplemente, dejarse llevar. Lo difícil era enfrentarse a los miedos, armarse de valor y plantarles cara. Pero nada era comparable a lo que se sentía después de dar el paso, y Noa supo darlo a tiempo.

—Entonces —dijo, llamando de nuevo mi atención, que se había perdido entre toda la retahíla de pensamientos—, ¿cómo quieres hacerlo?

XV.

No hay montaña tan alta.

Me cambié de ropa mientras ella aprovechó para llevarse la moto de Sam hacia algún otro callejón de la ciudad donde ni esa noche, ni al día siguiente, tuviera oportunidad de cogerla. Si sentía la tentación de salir de casa e ir a buscarla, pensaría que se la habían robado. Aunque ya me encargaría yo de que ni siquiera llegara a plantárselo.

Me sentía muy nerviosa ante la sola idea de volver a ver a mi marido. Esas cosquillas iniciales desaparecieron con el tiempo, al igual que lo hicieron todas las mariposas de mi estómago. Un buen día me dejaron sola y ya ninguna de sus caricias volvió a provocar que estas alzarán el vuelo.

Escogí un vestido negro ceñido que me llegaba hasta medio muslo. Me puse por encima una cazadora de cuero del mismo color y busqué las botas altas con hebillas. Un look rockero sexy, tal y como él solía decir siempre. Me sequé el pelo y le di volumen. A continuación, me delineé los ojos con especial énfasis y me pinté los labios de un intenso color burdeos, también de sus favoritos. Sin embargo, ni siquiera toda la seguridad que me confería el sentirme bien con mi reflejo era capaz de rebajar el inquieto temblor de mis piernas. Me flaqueaban las rodillas y mis pies parecían haberse tornado gelatina.

Nos encontramos de nuevo en la puerta. Lo habíamos estudiado de forma precipitada pero el plan era viable. Me acompañaría hasta el pub con un sombrero y un pañuelo con el que esconder parte de su rostro. Una vez allí, entraría yo sola y ella se quedaría contemplando la escena desde una esquina que no podía verse desde la barra de Sam. Tomaría asiento en uno de los taburetes y esperaría a que él me sirviera. Si pasados unos minutos no reparaba en mi presencia, ella entraría, tomaría las riendas de la situación y

continuaría con el plan establecido, que consistía básicamente en pasar una noche única junto a Sam y evitar a toda costa que saliera de casa a lo largo de la mañana siguiente.

—¿Estás preparada? —contemplé mis propios ojos en la cara de aquella chica en la que ya no me veía a mí misma y pensé en lo mucho que me hubiera gustado tener una hermana gemela con la que poder compartir tantas cosas como las que había compartido en apenas unos días con ella.

—La verdad es que no...

—Todo saldrá bien —me tranquilizó con una sonrisa que recibí con clemencia.

Inspiré y llevé los ojos al techo para evitar que una lágrima traidora me la jugara. Iba a aguantar e iba a regalarle la mayor de mis sonrisas. Una en la que no hubiera cabida para el rencor, para el pesar, ni para todos aquellos remordimientos que había decidido dejar atrás.

—Vamos... —dijo al fin, haciendo un gesto con el rostro invitándome a ir hacia la puerta.

Estaba aterrada. Sentía un miedo atroz a que, llegado el momento, Sam al final no pudiera verme. No podía perder esa oportunidad, no quería que nadie la disfrutara por mí... No podía perder la única ocasión que tendría para volver a estar con él.

Anduvimos por la calle casi en absoluto silencio, como dos desconocidas. Intuía que Noa tenía miles de preguntas que hacerme y que por algún motivo, no se atrevía a formular. Y se lo agradecí. No me sentía preparada para contestar a ninguna de ellas. En mi cabeza solo había un único pensamiento y no quería apartarlo de ahí. Llegamos sin darnos cuenta a la puerta del pub de Sam y todas mis fuerzas acabaron de abandonarme por completo. Tuve que apoyarme contra la pared para no caer al suelo. Mi respiración se agitó cuando al lanzar una mirada disimulada hacia el interior del establecimiento le vi. Charlaba tranquilamente con un par de chicas y una súbita oleada de celos me abrasó la garganta. Nunca me había considerado una mujer celosa, confiaba en él, pero aquella noche me pertenecía únicamente a

mí.

Volví a llevar la vista hacia Noa y nos miramos por última vez.

—¿Qué pasará conmigo mañana? —se atrevió a preguntar al fin apenas sin voz.

Descubrí entonces cuál era su principal miedo. En realidad, ella seguía sin saber qué había pasado conmigo, con nosotras. Después de darle muchas vueltas, lo más probable era que hubiera acabado creyendo que en realidad ella también hubiera fallecido, lo que explicaría mi repentina aparición en su vida.

—No lo sé... Tal vez una de las dos desaparezca...

Volvimos a mirarnos con intensidad pero ya no quisimos añadir nada más. Ambas aceptamos que aquel era nuestro sino y que fuera la que fuese la que se quedara con él, lucharía con todas sus fuerzas para que nada parecido volviera a suceder.

—No pierdas más tiempo...

Hice un gesto afirmativo y tras dedicarle una sonrisa cargada de incertidumbre y temor, me encaminé hacia la puerta, cogí aire de nuevo y la empujé hacia el interior.

Las primeras notas de una conocida melodía me recibieron y no pude evitar sonreír. Era una de mis canciones favoritas, *Ain't no mountain high enough*, de Marvin Gaye y Tammi Terrell, todo un clásico. Di un paso más sin dejar de mirar a la barra. Sam aguardaba tras ella. Ya no hablaba con las dos chicas con las que antes mantenía una conversación sino que estaba en un rincón preparando un coctel. Sus labios se movieron al ritmo del famoso “*listen baby*” y creí morir en ese mismo instante. Algo estalló en mi interior y se deshizo por mi torrente sanguíneo, que comenzó a arder como si una llama lo recorriera lentamente. Alzó la mirada y me quedé paralizada. Nuestros ojos se encontraron y todo mi mundo se detuvo al instante. Se hizo el silencio a mi alrededor, ya no había música, voces de fondo ni el típico sonido ambiental propio de un bar. No había nada más que él y yo durante unas décimas de segundo que se me antojaron eternas. Sus labios se movieron y se encargó de

que un impactante “uau” llegara a mí. Por instinto, me giré y comprobé que a mis espaldas no estuviera Noa y cuando vi que era la única chica que había en pie en la dirección que enfocaban sus ojos, supe que había alcanzado el mismísimo Nirvana. Me costaba mantener el temple y que no se notara el temblor de mi cuerpo. Me iba a explotar el pecho, incapaz de dominar todas las emociones que estaba experimentando. Sus ojos no se apartaban de mí y no sabía cómo explicarle que yo no era la misma mujer de la que se había despedido esa mañana antes de ir a trabajar sino que llevaba quince días, o tal vez más, pues no sabía cómo se medía el tiempo a través de Áteravita, echándole de menos hasta un punto demencial.

Dejó lo que estaba haciendo, se sacó el trapo que siempre llevaba sobre el hombro izquierdo y sin dejar de mirarme, salió de la barra y se acercó hacia mí con una lentitud que no supe si llegaría a resistir. Mi pulso se disparó y sentí que se escapaba por mi garganta. La temperatura de mi piel ascendió y creí que ni siquiera pisaba el suelo de lo poco que pesaba mi cuerpo. Se plantó frente a mí. Ya no había duda. La barrera se había desbloqueado y Áteravita me permitió regresar junto a mi marido aquella última noche. No sabía durante cuánto tiempo ni tampoco cómo había sucedido, pero me veía. Noté el brillo de mis ojos cuando se plantó frente a mí, tan atractivo e imponente como siempre lo había sido. Dejó de existir todo lo demás. Ni el ayer ni el mañana me asustaban porque le tenía conmigo, a mi lado, esperándome solo a mí.

No dijo nada. Tan solo me contemplaba con deleite, como si tuviera delante a la más preciada y preciosa de todas las esculturas. Llevó la mano hacia mi nuca y me acercó a él. Sentí sus labios sobre los míos y tuve que ahogar un gemido. Quince días habían pasado. Quince días de tormento, de vivir en un infierno, de sumergirme hasta las más profundas tinieblas. Quince días sin haber probado sus labios. Qué relativo podía volverse el tiempo. Cuánta diferencia podía existir en tres segundos, si tu vida dependía de lo que pasara en ellos.

Me rodeó la cintura y me envolvió con su brazo, pegando su cuerpo contra el mío. Nuestros pechos entraron en contacto y nuestras costillas se encajaron entre ellas de un modo conocido. Abrí los labios y le permití el acceso. Sabía tan bien como lo recordaba. Como un vino añejo, reposado

durante años a la temperatura perfecta. Deslicé los dedos por su espalda y los mantuve a un par de centímetros de distancia durante unos instantes hasta que ya no pude más. Posé las manos sobre ella y sentí su energía traspasando la yema de mis dedos, ascendiendo a través de mis venas, recorriendo todo mi cuerpo, llenándolo de vida.

Como si nos hubiéramos embarcado en un viaje al espacio y acabáramos de aterrizar, escuchamos lo que en realidad estaba sucediendo a nuestro alrededor, a un volumen que iba ascendiendo lentamente conforme tomábamos consciencia. Había silbidos, aplausos y nos vitoreaban con las copas alzadas. Sin dejar de besarme, Sam alzó un puño en señal de victoria y el estruendo nos ensordecizó por un momento, y eso que no debía de haber más de diez o quince personas en el interior del pub. Pero todos conocían a Sam, se habían convertido en sus amigos, compañeros con los que compartir mucho más que una simple copa.

—¡Y es solo mía! —bramó socarrón, tras despegarse unos instantes de mis labios. Me sonrió y volvió a darme un beso casto, para luego hacer lo mismo en la punta de la nariz.

Nos dimos la mano y me acompañó hasta la barra mientras que yo continuaba sumida en una especie de choque emocional.

—No sé qué celebramos pero estás preciosa. Pareces... No sé, pareces otra —dijo sosteniéndome una mirada penetrante—. Y te juro que no veo el momento de cerrar el pub y meterme lentamente bajo esa falda...

Lo dijo tan cerca de mi oído que toda esa zona de mi piel se erizó ante el contacto de su aliento. La promesa implícita de sus palabras me conmocionó y mis muslos reaccionaron con un acto reflejo que ni el mismísimo Pavlov hubiera logrado en su fase experimental.

Pasó al otro lado de la barra cuando yo ya me hube sentado en el taburete y me guiñó un ojo divertido desde ahí, consciente de lo excitada que llegaba a estar. Lo veía en mis ojos y lo leía en mi frente, como si lo llevara tatuado.

No me hizo falta pedirle nada. Me preparó un coctel de fresa. Me

sorprendió que se acordara, después de todo el tiempo que hacía que no pasaba por el bar. Le contemplaba totalmente absorta en cada uno de sus movimientos. Sus dedos, alargados y finos, se movían con destreza, trasteando botellas con una agilidad entrenada después de pasar años ahí encerrado. Cubrió de azúcar todo el borde de la copa y colocó una banderilla de frutas cuando el cóctel estuvo terminado.

Sonreí agradecida y lo cogí.

—¿Vas a decir algo en algún momento? —insistió, de nuevo con el trapo en el hombro y las manos entretenidas en la coctelera.

—Te echaba de menos.

Torció el gesto y me dedicó una mueca divertida. Supe por su expresión que era la respuesta que menos esperaba, pero le gustó oírlo de mis labios. Hacía días que no se lo decía. Tal vez semanas.

—Nos vemos cada día... No puedes echarme de menos —contestó juguetón.

—Pues algo tendrás que hacer para que deje de hacerlo.

—Dame media hora y pondré a prueba todas mis aptitudes.

Solté una carcajada nerviosa. ¿Quién era ese Sam juguetón? ¿Cuándo había recuperado esa labia con la que un día se ganó mi amor? Me encantaba tenerle de nuevo y comprobar que cambios tan pequeños podían alterar cosas tan grandes.

—En media hora no llegaremos a casa. A duras penas acabarás de cerrar la puerta... —rechisté haciendo un mohín con los labios.

En un movimiento rápido se acercó a la barra, apoyó los brazos en ella y plantó su rostro muy cerca del mío. Volví a sentir el ritmo de mis latidos acelerándose por momentos.

—¿Y quién ha dicho que debemos esperar a llegar a casa?

Mi estómago dio un par de brincos y me catapultó a un estado de

catarsis del que no quería regresar. Mis mejillas alcanzaron el mismo color que mis labios y mis ojos centellearon ante la visión de su cuerpo pegado al mío sobre cualquiera de los sillones de aquel local del que ahora no me quería ir.

A partir de ese momento todo sucedió de forma difuminada frente a mis ojos. Le veía atender a los clientes con una sonrisa, recoger las mesas de quienes iban abandonando el local y deleitarme de tanto en tanto con algunos pasos de baile improvisados. Fuera lo que fuese con lo que estuviera ocupado, no me quitaba el ojo de encima, como si temiera que pudiera escaparme de un momento a otro. Estaba radiante de felicidad.

XVI.

Álteravita.

Cuando al fin cerró la puerta y ya solo quedábamos los dos, bajó la persiana para que ninguno de los cristales quedara visible desde el exterior. Todo mi cuerpo reaccionó al instante a esa mirada felina con la que me desnudó desde la distancia. Llegó a mi lado y con habilidad, colocó su mano sobre mi rodilla y me giró hasta quedar los dos de frente. Despegó lentamente mis piernas y sentí que me deshacía por dentro con un calor casi insoportable. Sus dedos rozaron la parte interna de mis muslos en una caricia agónica y me estremecí por completo. Toda mi piel reaccionaba receptiva a cada uno de sus estímulos. Fue ascendiendo por ellos sin dejar de mirarme a los ojos y creí que no podría soportarlo más. Me temblaban las piernas, tanto como lo hacía mi alma, y exploté de placer cuando sentí la yema de su dedo jugueteando sobre mi ropa interior. Gemí sin poder evitarlo y arqueé la espalda contra la barra. Lo deslizó y se coló bajo la misma con pasmosa facilidad. Jugueteó con el pulgar con movimientos circulares hasta lograr que se me nublara la vista.

—¿Cómo era eso que has dicho antes? —me tentó, sin dejar de observar todas mis reacciones.

No podía articular palabra alguna mientras todos mis sentidos y mi capacidad de razonar se concentraban en el único punto en el que su pulgar entró en contacto con mi piel.

—Repítelo, vamos. Quiero oírlo otra vez —me animó en un ronroneo seco.

—Te he... echado de menos —dije, conteniendo el aliento.

Sus labios se curvaron hacia arriba, satisfecho por la mueca de mi rostro, que ya no era capaz de dominar el placer que me producían sus manos. Le dejé hacer y sucumbí a la vorágine de sentimientos que estaba

experimentando en ese instante. Sam me observaba con verdadera devoción, perdido por completo en el brillo de mis ojos, en la comisura de mis labios entreabiertos, en cada suspiro reprimido sin éxito.

No se hizo esperar demasiado. Estaba roto de placer y su estado era más que palpable. En un rápido movimiento, se desabrochó la pretina del pantalón, bajó unos centímetros la goma del bóxer y guiado por su mano, sin necesidad de desnudarse más, se introdujo en mí con suavidad.

Sentí la primera embestida por todo mi cuerpo y tuve que concentrarme en continuar consciente si no quería desfallecer. Mi mente se transportó hacia otro lugar, a otra dimensión y buscó una escena parecida a la que estaba teniendo lugar contra la barra del pub. No recordaba la última vez en la que nos dejamos llevar por la pasión con tal entrega y frenesí. Tal vez, con el paso del tiempo, todo se había enfriado y había dado lugar a una serie de normas preestablecidas. Lo hacíamos solo en la cama, habitualmente por la noche, casi siempre después de seguir unos mismos pasos, unos mismos besos... La improvisación, el desespero y las ganas de más habían quedado relegadas a un rincón del que fue difícil rescatarlas.

Las cosas pueden cambiar en apenas un día, en unas horas, incluso en unos segundos. Hoy puedes tener ganas de levantarte y comerte el mundo y sin embargo, al día siguiente desear con todas tus fuerzas que sea el mundo el que acabe contigo de una vez por todas. Yo lo experimenté en mi propia piel.

—Noa... —jadeó junto a mi oído después de dejar de besarme—. Noa, no puedo más.

Tenía la mandíbula apretada, lo notaba por la manera de pronunciar cada palabra. La parte más baja de mi vientre reaccionó al instante, dando inicio a un burbujeo silencioso e intenso que traspasó a mi columna, desde donde irradió hacia todas mis terminaciones nerviosas. Alcé el cuello sintiendo que se me tensaban todos los músculos y me dejé arrastrar por una sensación de liberación total. Una parte de mí me abandonó en ese mismo instante y se liberó de mi cuerpo junto a Sam, para unirse con su alma para siempre. Un gemido, largo, intenso y profundo, escapó de mi garganta, mientras que él iba deteniendo el ritmo lentamente hasta quedar totalmente

saciado. Nuestros labios se buscaron una vez más, ávidos de un placer que deseaban volver a experimentar.

—Vayamos a casa... Quiero quitarte ese vestido de una vez por todas y hacerte mía hasta que ya no pueda más que rendirme y suplicarle al cielo que me dé fuerzas para poder volver a hacerlo cuando despierte...

Me sorprendió la complicidad y sinceridad de sus palabras. Contemplé sus ojos, teñidos de una excitación casi animal. El amor que desprendían por mí, la belleza que irradiaban, la luz que iluminaba su rostro fue más de lo que pude soportar. Con él, había regresado a casa.

Ni siquiera recogió el bar. Se aseguró de dejarlo todo bien cerrado y sin perder más tiempo, corrimos por las vacías calles de Londres hasta la puerta de nuestro edificio. Llegué con el pulso acelerado y no por la carrera, sino por todas aquellas promesas que nos hicimos durante el camino.

Nos besamos en el rellano principal, en el ascensor, junto a la puerta de casa y también en el salón. Ahí quedó tirada gran parte de nuestra ropa, al lado de todos los sueños que un día nos juramos cumplir y que ahora, estábamos dispuestos a llevar a cabo. Bajo la tenue luz que solo la luna reflejaba a través del gran ventanal, unos tímidos rayos que iluminaban cada parte de nuestro cuerpo de forma estratégica, nos amamos sin control, sin presión, sin nada más que todos nuestros anhelos expuestos, hasta que en algún momento caímos rendidos. No pude desprenderme del calor de su piel durante el resto de la noche. Su pecho, pegado a mi espalda, subía y bajaba de forma armoniosa. Le veía a través del espejo que había a un lado, junto al tocador. Tenía el semblante tranquilo.

Sin embargo, algo en mi interior despertó en ese instante. Me sentía nerviosa. Tenerle tan cerca de mí no dejaba de recordarme lo frágiles que en realidad llegábamos a ser. En apenas unas horas, en esa otra vida de la que había regresado, Sam desaparecería para siempre. Sin despedidas, sin avisos, sin posibilidad de dar marcha atrás. No obstante, ahora volvía a tenerle a mi lado, respirando de forma apacible, sin miedo a nada, vivo...

Me giré con delicadeza de no despertarle y le contemplé con los ojos entornados. Sonreí y me dejé llevar por la felicidad que sentía en esos

momentos. Las lágrimas regresaron a mí con la misma intensidad que lo habían hecho durante todos esos días, pero ahora tenían otro sabor muy distinto. Me sentía agradecida por la oportunidad que la señora Davenports me había brindado. Le debía todo lo que tenía, todo cuanto yo era. Sam estaba a mi lado... real, fuerte, dormido. Y junto a él, había podido reparar todo cuanto había escapado de nuestras manos. Volvíamos a ser uno.

Cogí aire y lo retuve unos instantes antes de expirar con parsimonia. Debía acallar el frenético y desquiciado baile que estaba teniendo lugar en mi interior. Le acaricié el rostro para cerciorarme de que continuaba despierta, que nada de aquello era un sueño. Estaba conmigo. Traté de buscar el peso de mis recuerdos, de todos aquellos remordimientos que me habían llevado justo hasta el punto en el que ahora nos encontrábamos y me di cuenta de que ya no había ni rastro de ellos en ninguna parte. Mi respiración ya no respondía a todos los recuerdos que me atormentaban sino únicamente al miedo que solo la incertidumbre puede provocar. El miedo a desaparecer, a que un día despiertes y todo haya terminado. El miedo más profundo, más humano.

Todos tememos a la muerte. El único fenómeno que no podemos estudiar. Tratamos de darle explicación, de pensar que existe un más allá, de creer que más que un final, tal vez se convierta en un nuevo principio. Algunos expertos afirman la posibilidad de la reencarnación, otros, el viaje de nuestra alma hacia un paraíso apacible y tranquilo donde solo existe paz y serenidad. Lo cierto es que todos, tarde o temprano, deseamos que sea cual sea, uno de ellos exista porque, si hay algo que da más miedo que la posibilidad de desaparecer de este mundo, es la certeza de hacerlo para siempre.

Le besé por última vez antes de cerrar los ojos. Junté mis labios con los suyos y le pedí perdón de todas las formas que mi corazón me permitió. Por todas las cosas que le dije, por las que callé y por todas las que necesitaba que supiera y que jamás debía olvidar. Pasara lo que pasase. Le cogí de la mano y la envolví entre las mías. Le tenía conmigo y nada impediría que concentrara todas mis fuerzas en evitar que sucediera lo que puso fin a nuestra historia en otra vida. Ahora estábamos en esta y nos pertenecía ese presente.

XVII.

Volver a despertar...

Despertar a su lado fue una de las experiencias más increíbles que había vivido en los últimos meses, incluso años. Sus manos me buscaron deseosas bajo las sábanas y sus labios recorrieron cada parte de mi cuerpo, cada poro de mi piel. Estábamos ebrios de un amor irracional y adictivo. Grabé cada una de sus carcajadas en mi memoria y me contagié de ellas hasta que las lágrimas surcaron mis ojos. No había añoranza, ni tampoco miedo. Y no lo había porque, a pesar de que desperté con un grito contenido de terror, verle a mi lado me tranquilizó. Lo habíamos conseguido. Sam seguía conmigo y ninguno de los dos tenía intención de salir de la cama durante el resto del día.

Alargué el brazo y busqué a tientas mi teléfono móvil.

—Voy a llamar a la oficina. Hoy no iré a trabajar.

—¿Estás segura...? —murmuró desde debajo de las sábanas, ocupado en dibujar un caminito de besos que recorría todo mi vientre.

Reaccioné con un escalofrío intenso cuando sus labios se detuvieron estratégicamente y enmudecí durante un instante cuando la voz de mi jefe respondió al otro lado de la línea.

—Esto... —fingí toser, haciendo esfuerzos titánicos para reprimir una sonrisa bobalicona—. Josh, hoy no podré venir a trabajar... —Volví a toser—. Tengo fiebre y... prefiero quedarme en la cama.

Colgué el teléfono y lo dejé sobre la mesilla antes de hundirme bajo las sábanas de algodón con él. Le abracé, me dejé llevar por la emoción y le devolví la jugarreta con un par de suaves mordiscos en la clavícula.

—Cariño, ¿qué te parece si bajo a por una botella de vino y nos la bebemos en la cama? —dijo a media mañana, todavía resoplando.

Sonreí, henchida de vida y amor por ese hombre. No podía dejar de pensar en el hecho de que había vencido al hechizo y no había nada en el mundo que me apeteciera más que esa idea. Me daba igual el trabajo, el sueño o que mi estómago rugiera de hambre. Nada importaba más ese día que Sam y yo y nuestras ganas de recorrer cada punto de nuestros cuerpos.

Se puso en pie de un brinco y le contemplé mientras se ponía los tejanos. Mis mejillas se sonrojaron cuando se abrochó el pantalón y todos los músculos del brazo se le marcaron en una fracción de segundo. Se me secaron los labios ante la visión de su espalda desnuda, la misma que había recorrido durante toda la noche con la punta de los dedos, una y otra vez. Mi mente se agitó ante el recuerdo, como si hubieran pasado años desde la última vez. Cuando Sam regresara, volvería a desnudarle lentamente, primero con la mirada y luego con las manos. Abriríamos esa botella de vino y nos serviríamos una copa que seguramente se vería interrumpida por unos besos desesperados. No pude evitar sonreír ante la sola idea de volver a repetirlo.

—Si sigues engulléndome con la mirada... luego no tendrás hambre —susurró junto a mis labios.

Se tumbó sobre mi cuerpo en un movimiento ágil, sosteniendo el peso del suyo con los brazos, apoyados a lado y lado de mi cabeza. Se me cortó la respiración al instante, tal y como su aliento acarició al mío. Nuestros ojos se buscaron deseosos y sus labios recorrieron mi cuello para luego descender por mi pecho, todavía desnudo. Se entretuvieron con deleite en esa zona, colmándola de todas las atenciones posibles. Sentía la piel en carne viva y cada roce suponía una eclosión de sensaciones. Apretó los labios y me arqueé por completo, seducida y cegada de placer. Gemí y una lágrima escapó de la comisura de mis ojos con timidez. Con las prisas que me imponía la vida, por lo visto un día olvidé que nuestro único cometido en ella era ese, el de ser felices y disfrutar de cada instante, de cada caricia.

—Vaya... —dijo sin poder esconder una sonrisa felina y orgullosa al descubrir mis lágrimas—. Esto sí que es una sorpresa. Voy mejorando, ¿eh?

—sonrió satisfecho y socarrón, creyendo que estas eran debidas al placer de sus labios contra mi pecho.

No pude evitarlo. Esas dos tímidas lágrimas se convirtieron de pronto en unas cuantas más. Reía y lloraba con la misma intensidad, incapaz de refrenar todas las emociones que me sacudieron cuerpo y alma. Mis carcajadas nerviosas se mezclaron con sollozos ahogados, mientras los ojos de Sam me interrogaban con inquietud.

—¿Estás bien? —preguntó desconcertado, todavía muy cerca de mí.

Le besé, con el inconfundible y salado sabor del duelo humedeciendo nuestros labios. Tiré de él hacia mí y cayó por completo sobre mi cuerpo. Nuestros pechos entraron en contacto y me concentré en escuchar sus latidos para cerciorarme de que todo aquello era real y que efectivamente, Sam continuaba a mi lado. Latían en único compás, como siempre... como nunca debieron dejar de hacerlo. Llevé la mano hacia el lugar donde se cobijaba el centro y fuente de su vida y me concentré en cada latido, sosegado y excitado al mismo tiempo. Fue entonces cuando miles de imágenes cruzaron mi mente de repente. En todas ellas sonreía feliz, siempre a su lado. Miles de momentos, cientos de instantes compartidos.

—Sam... Te quiero —dije, sin poder evitar el temblor de mi labio inferior.

—Yo también te quiero, ya lo sabes —contestó tratando de aliviar el pesar de mis ojos.

—No, Sam. Escucha... —continué, ahora captando toda su atención—. Te quiero desde el primer momento en el que te vi, cuando ni siquiera sabía cómo te llamabas. Te quiero por todas las sonrisas que me robaste, por todas las que me provocaste y por todos y cada uno de los gemidos que me has regalado desde entonces. Te quiero en silencio y a gritos. Cuando ríes y cuando te enfadas conmigo. Te quiero por tu integridad y por el aplomo con el que afrontas cada día. —Su nuez subió y bajó por su garganta en un movimiento hipnótico. Contuvo un suspiro sin dejar de mirarme a los ojos. Se me secó la boca y mis ojos volvieron a humedecerse sin poder controlarlo. Su mandíbula, marcada y varonil, no se movió ni un solo centímetro, todavía

pegada a mi rostro. Me escuchaba con toda su atención, consciente de que había mucho más detrás de aquellas palabras que escondían algo que él no lograba ver—. Sam, te quiero por ser el hombre que eres y no cambiaría nada de ti. Siento todas las cosas que he podido decir y que te han hecho daño. Lo siento con toda mi alma. Eres un gran hombre, por mucho que haya tratado de cambiarte cuando en realidad, la que quería cambiar era yo. Te quiero y te he querido siempre, y lo haré cada uno de los días de mi vida, tal y como te prometí. Prometo no olvidarme de ello nunca más, ni siquiera cuando me pierda a mí misma.

Sus labios encerraron a los míos en un beso que no pudo evitar. Los separé lentamente y su lengua me buscó con desesperación. Sentí entonces el temblor de su piel y supe que me creía, que creía y confiaba en mis palabras. No podía volver a fallarle ahora que me habían concedido una nueva oportunidad. Sus brazos me envolvieron y nos deslizamos por la cama hasta que fui yo la que ahora quedó sobre su pecho, que batía desbocado bajo el mío.

—¿Ves lo que provocas en mí? —dijo, refiriéndose a sus frenéticas palpitations—. Ocho años después y todavía eres capaz de emocionarme como el primer día. Para que luego digan que un hombre no puede enamorarse cada día de su vida de la misma mujer.

Su voz se rompió en ese preciso instante como solo lo había hecho una única vez: cuando pronunció sus votos delante de todas las personas que nos acompañaron el día de nuestra boda. Y me maldije por todas aquellas veces que podría haberle hecho saber que le quería y sin embargo, no lo hice.

—Cielo, necesito esa copa de vino antes de que esto se convierta en un mar de lágrimas... —dijo con una sonrisa forzada. Sus ojos, vidriosos pero radiantes de luz, me contemplaban con ese amor tan puro que solo se consigue despertar en ocasiones contadas. Volví a verle tan enamorado como aquel día que me esperaba al final del camino, junto a un altar, con el rostro enrojecido por el llanto y una entereza que me sobrecogió.

Reí y nuestras tímidas carcajadas, ahora compartidas, se fundieron en un último beso que ya nunca más podría olvidar.

Se puso en pie una vez más, me sonrió con una timidez que me sorprendió y me guiñó un ojo divertido.

—Vuelvo en un segundo —afirmó tras ponerse el primer jersey que pilló del armario, sin camiseta ni nada. De todos modos, iba a quitárselo en unos minutos... Se pasó una mano por el pelo y cruzó la estancia veloz.

Escuché la puerta cerrarse a sus espaldas y continué tumbada en la cama. Cerré los ojos y no pude más que sonreír. Me sentía dichosa a su lado. A partir de entonces, solo me correspondía a mí permanecer junto a él, Noa ya no iba a regresar porque no existían recuerdos a partir de ese momento en los que Sam y ella compartieran ni un solo minuto más. Desde ahora me pertenecían todos y cada uno de sus silencios, sus risas y todos sus sentimientos. Los abrí y sonreí compungida. Lo había conseguido. A fin lo había conseguido...

Me pareció escuchar unos golpecitos en la puerta. Me sobresalté y esperé en silencio, segura de que era producto de mi imaginación. Hasta que volví a escucharlos. Eran reales. Me puse en pie y estuve tentada de ir desnuda hasta el recibidor, segura de que Sam se había dejado las llaves con las prisas. Sin embargo, por si acaso, me detuve en seco, regresé y cogí el batín de seda que tenía colgado tras la puerta del dormitorio.

Me anudé el cordón en la cintura y me acerqué sigilosa. Aguardé un instante antes de abrir, me recompuse el pelo un poco y giré la llave que colgaba en la cerradura para abrirla.

Me bastó solo un instante para que todo mi cuerpo fuera arrollado por la realidad. Sentí vértigo y una gran náusea ascendió por mi garganta, impregnándola de un ácido sabor. No podía respirar. No podía pensar. No podía dejar de llorar.

XVIII.

El destino.

Tragué con la misma dificultad con la que lo haría si tuviera una daga atravesada en el cuello y sentí que mis pulmones no me abastecían de oxígeno. Todo se detuvo en el mismo instante en que sus ojos, vidriosos, húmedos y llenos de desconsuelo, se cruzaron con los míos. Me contemplaba desde una realidad que me negaba a afrontar, desde un mundo al que no quería regresar.

—No... No... No, no ¡¡NOOOOOO!! —grité con tanta fuerza que sentí el desgarró en mis cuerdas vocales—. No, por favor... Se lo suplico. Se lo imploro... No, por favor. ¡Nooo...!

Caí al suelo de rodillas, sin fuerzas. Apoyé las manos en el frío parquet y sentí que mis ojos se cegaban por las lágrimas que no podía detener. No podía ser. Lo había hecho todo. Había conseguido salvarle. Todo caía a mi alrededor conmigo. El sufrimiento de mi alma estaba alcanzando una profundidad devastadora e insoportable. No podía ser...

El eco vacío del silencio que se creó a mi alrededor me permitió comprender. Escuchaba los gritos que provenían desde la calle. El terror de aquellas voces que incluso llegaban al ático con absoluta perfección, tras el estruendo provocado por un fuerte frenazo. No podía ser...

—Se lo suplico... Por favor... —Lloré aferrada al bajo de su falda, del que tiraba apenas sin fuerza en las manos, después de haberme arrastrado hasta ella—. No... Lléveme con Sam. No se lo lleve a él.

—Cariño... yo no puedo hacerle nada... Lo siento tanto...

—¡¡¡NOOOOOO!!!

Me iba a desmayar. Sentía que perdía el conocimiento y que todo se desvanecía a mi alrededor, excepto aquellas últimas imágenes que mantenía

todavía grabadas en mi piel, donde aún permanecía intacto su aroma, el sabor de sus besos, el calor de sus manos...

Simplemente me dejé llevar. Me dejé arrastrar por el dolor, adonde fuera que quisiera llevarme. Porque mi vida sin él ya no tenía sentido. La conocía y sabía que por mucho que aseguraran que había luz después del túnel, yo no conseguiría verla sin él.

No podía haber vuelto a pasar. Le había perdido sin poder impedirlo, sin que hubiera necesitado subirse a la dichosa moto que unas horas atrás me encargué de llevar a un callejón. Estaba desesperada por evitar que volviera a suceder y hubiera hecho cualquier cosa para lograrlo. Sin embargo, Sam no pudo escapar de su destino, pues hasta ese momento, no comprendí que en realidad, nadie podía hacerlo.

XIX.

Honor, integridad y amor.

Siempre.

Abrí los ojos y supe que ya no estaba en mi apartamento, aunque tardé en darme cuenta de qué era lo que sucedía en realidad. Deseé con todas mis fuerzas que me hubiera quedado dormida y que Sam estuviera a punto de entrar por la puerta, con esa botella de vino y todos los besos que quedaron pendientes.

Me costó ubicarme. La luz de mi alrededor era tenue. Me saqué las gafas de sol y mis ojos tardaron en acostumbrarse al cambio. Ante mí, el césped comenzaba a cubrir la tierra que protegía la madera encargada de permitir el descanso de mi marido. Acaricié ese pequeño brote verde lleno de vida en un lugar donde curiosamente, esta había terminado. Estaba frío y húmedo.

Leí la inscripción que había sobre la losa, de un mármol gris brillante: *Samuel Levy. Honor, integridad y amor. En todo. Para siempre.*

Se me durmieron las piernas y tenía las rodillas entumecidas. No sabía cuánto tiempo debía de llevar en esa misma posición. También sentí por primera vez la punzada que provenía del interior de mi mano izquierda. La abrí y descubrí en ella la alianza de Sam junto con unas marcas en mi piel, unas líneas rojizas que debí provocarme al apretar el puño con fuerza con ella dentro.

Miré hacia el horizonte. Los altos cipreses servían de cobijo a todas aquellas almas que reposaban en paz. De pronto, sentí una presencia muy cerca de mí. Giré la cabeza hacia la izquierda, asustada, y sentí que toda yo reaccionaba de un modo súbito e inesperado. Mi corazón comenzó a latir fuera de control, luchando por escapar de mi garganta, donde tuve que hacer grandes

esfuerzos para mantenerlo apresado.

Era ella, estaba segura de que era ella. Al igual que yo, la señora Davenports estaba arrodillada frente a un montículo de tierra húmeda, mucho más fresca que la de Sam. Tenía la mirada perdida y las facciones atravesadas por un sentimiento que solo podían comprender algunas personas. Me puse en pie tan rápido como mis piernas me permitieron y corrí hacia ella con el pulso acelerado y un intenso dolor que me atravesaba del estómago hasta la columna. Ni siquiera se inmutó cuando me detuve a su lado. No alzó la mirada, ni tampoco pareció sorprenderle mi presencia. Quería gritarle, suplicarle que me devolviera con Sam, pedirle otro frasco de Áteravita. La busqué con la mirada y al no hallar respuesta, dirigí la vista hacia el lugar al que no dejaban de mirar sus ojos. Leí la inscripción y tardé unos instantes en entender lo que estaba sucediendo. *Daniel Davenports. Eterno niño perdido, capaz de volar con cada sonrisa.*

Según la fecha, Daniel no contaba más de diez años de edad. Me llevé las manos hacia el rostro y ahogué en ellas un sollozo silencioso cuando lo comprendí. Me arrodillé junto a la señora y aguardé en silencio a su lado, compartiendo parte de su purgatorio, aquel tan único e indescriptible, un dolor para el que no había palabras.

—No pudimos hacer nada por él... —dijo la voz de Margareth tras unos minutos en los que ambas permanecimos inmóviles, perdidas entre todos aquellos pensamientos que nos atormentaban—. Pero sé que fue un niño feliz. Siempre lo fue.

Llevé una mano hacia ella y me detuve unos instantes con indecisión. La bajé y la posé sobre la suya. Quise compartir todo mi pesar con ella. El dolor de una vida truncada, una vida arrebatada antes de tiempo; una vida que dejaba atrás algo que ni el tiempo, ni nada en el mundo jamás lograrían sanar.

—Duele menos cuando no dejamos cosas pendientes, ¿verdad?

Lo dijo en un susurro, pero sus palabras me atravesaron, calaron en mi interior y se hicieron un hueco en él con suavidad. Pensé en ello, pero el dolor que sentía era tan intenso en ese momento que no pude responder.

Solemos decir “lo siento”, “estamos contigo”, “me tienes para lo que necesites” o cualquier otra construcción parecida. Sin embargo, lo cierto es que ponerse en la piel de alguien que acaba de sufrir un duro revés no es fácil. Te hundes, arañas el suelo, tratas de atravesarlo, llegar al infierno y pedirle al mismísimo Lucifer que te libere de esa presión que te oprime, a cambio de lo que él desee. Le entregarías tu propia vida en esos momentos de debilidad en los que te sientes totalmente solo, sin que nada ni nadie más pueda aliviar tu agonía.

Nadie está exento del sufrimiento, ni siquiera los que más poder poseen. Todos amamos a algunas personas por encima del resto de cosas y perderlas puede suponer el fin de nuestra propia existencia. Enloquecer es fácil, sucumbir al dolor y dejarte arrastrar por él, todavía más.

No estamos preparados para soportar determinadas pérdidas y cuando estas suceden, a veces puedes sentirte tan desvalido que llegas incluso a confundir realidad y ficción. Eso mismo me había sucedido a mí hasta esa mañana en la que todo había cambiado.

Volví a mirar a la señora y mis labios se curvaron ligeramente. Tal vez me reconociera, o tal vez no. Quizá simplemente llevábamos dos semanas compartiendo nuestro sufrimiento en silencio y mi cerebro hubiera querido usarla como vía de escape. Lo cierto era que le debía tantas cosas que no sabía ni cómo decírselo sin que me tomara por una demente. Quería que supiera que estaba con ella, que lo sentía y que tenía razón; ahora que había vivido una vida plena junto a Sam, había vuelto a conciliar el sueño.

El dolor no remitió en ningún momento. Era tan intenso que tuve que aprender a convivir con él, dejarle espacio, que tomara presencia y reivindicara su lugar. Estaba aprendiendo a tolerarlo porque no me quedaban más opciones, aunque me esperaba un largo y adusto camino por delante. Sin embargo, mi mente era capaz de no culparse por lo sucedido; ya no había rencor más que el que guardaba hacia la propia vida, por haber permitido que me quedara sola, arrebatándome al único hombre al que había amado por encima de todas las cosas. Pero Sam lo sabía, lo supo desde el primer día y

gracias a Áteravita, jamás permití que llegara a dudar de ello ni un solo instante.

—Gracias...

Apreté los dedos contra su mano sin poder pronunciar ni una sola palabra más sin que se me quebrara la voz. No supe si comprendió lo que en realidad le estaba diciendo o bien, simplemente aceptó mi agradecimiento. Sus labios me ofrecieron una sonrisa casi imperceptible, la única que la desolación que sentía le permitió dibujar. Pero eso me bastó.

Me puse en pie, guardé unos instantes de silencioso respeto hacia su nieto y al fin, me di media vuelta, ahora con un sentimiento libre de culpa. Regresé hasta el lugar en el que Sam descansaba y volví a arrodillarme frente a él.

—Te quise como nunca he querido a nadie pero tendrás que perdonarme... Te prometí amor eterno, solo a ti. Y, sin embargo, hoy vengo a pedirte disculpas porque no podré cumplir mi palabra...—Hice una leve pausa antes de continuar. Me costaba mantener la compostura y el temple. Apreté los labios y me obligué a respirar y contar hasta tres antes de continuar—. Ha aparecido alguien, ¿sabes? —Esta vez no traté de dominar las lágrimas. Surcaron mis ojos con una lentitud impropia, deslizándose por mis mejillas, contorneándolas y dibujando en ellas un reguero oscuro. Sorbí la nariz y las sequé con la yema de los dedos antes de continuar—. Estoy segura de que te encantaría poder conocerle... Pero, no te preocupes, lo harás algún día. Te doy mi palabra. Ahora, solo te pido que no me culpes por quererle con toda mi alma y permitirle que rellene con su amor todos los huecos que ha dejado el nuestro. Jamás te olvidaré, Sam. Jamás lo haremos.

Tragué con dificultades, con una presión que me mortificaba. Dejé escapar un gimoteo y llevé mis manos hacia el pequeño bolso que me acompañó esa mañana al cementerio. Lo abrí y saqué con cuidado lo que estaba buscando. Era una especie de palito alargado, blanco, del tamaño de un bolígrafo más o menos. En él, dos líneas decían todo lo que un abecedario entero era incapaz de transcribir. En dos líneas se contenían todos nuestros sueños, toda nuestra vida, todos los deseos y las promesas que quedaron en el

aire, en el seno de nuestro dormitorio. Dos líneas que me recordarían una y otra vez que, a pesar de que creyera haber enloquecido, era real y lo llevaba tan dentro que nunca más podría hacerlo desaparecer. En aquellas dos líneas deposité todas mis esperanzas de seguir adelante, a pesar de que la sola idea de traer un hijo al mundo sin Sam a mi lado me diera terror. Pero era lo único que me quedaba de él y tal y como le prometí un día, lo amaría y cuidaría de él con todo mi corazón. Hasta que solo la muerte nos separase.

Abrí un pequeño agujerito sobre la tierra, justo en la zona en la que creí que podría reposar el corazón de Sam. Me llené los dedos de tierra pero no me detuve. Con cuidado, deposité el pequeño test de embarazo en el mismo y acto seguido, lo tapé de nuevo, procurando que quedara igual que antes.

Volví a buscar con la mirada el césped que con cierta timidez comenzaba a crecer sobre la tierra y sonreí. Incluso desde allí donde estuviera, Sam tenía la fuerza suficiente para seguir creando vida.

Dejé salir todas las lágrimas que ya no quería reprimir, tal y como lo había hecho cada mañana desde su partida. Al principio, mis padres me acompañaron. Pero hacía una semana que acudía sola a su encuentro. Era nuestra cita y solo nosotros dos teníamos derecho a compartirla. Lloraba hasta que se me secaban las lágrimas y también el alma. Después, le contaba qué había hecho ese día y acababa riendo de lo insulsa que en realidad se había vuelto mi vida sin él. Cada día le agradecí todos los momentos compartidos, todos los sueños disparatados con los que un día afirmaba que se volvería rico, todas las carcajadas con las que me alegraba el día... todas y cada una de las cosas que me permitió vivir a su lado. Cada día le recordé cuánto le quería, para que no lo olvidara ahí donde fuera que hubiera ido.

Aquella mañana todo cambió y cuando creía que nada me apetecía más que la posibilidad de que el mundo me engullera y me llevara con Sam, la vida me regaló una nueva oportunidad de tenerle junto a mí, de un modo muy distinto al que lo había hecho siempre pero, al fin y al cabo, dentro de mí para siempre.

Si algo aprendí gracias a Áteravita era que nada, ni nadie, podía modificar los designios del destino. Sean cuales sean tus acciones, el destino es el que es y nada puede cambiarlo. Solo nuestros actos son los que nos diferencian y los que permiten llegar a él de un modo u otro.

Esa mañana juré ante mi marido y mi futuro hijo que jamás volvería a dejar que sucediera nada parecido. Aprovecharía cada minuto junto a mi bebé, con mi familia y con cada una de las oportunidades que la vida me brindara. Lo haría por mí y por ellos, por todas las cosas que un día dejé perder y que por suerte, pude recuperar.

Como un sabio dijo una vez, errar es humano. La única cosa que nos distingue entre nosotros es la capacidad de rectificar, de aceptar las cosas como vienen, de armarse de valor y enfrentarse a todo lo que la vida pueda interponer en nuestro camino.

El mío seguiría siendo el mismo y en él, Sam siempre seguiría presente caminando de nuestra mano, protegiéndonos y cuidándonos como lo hizo todos y cada uno de los días de nuestra vida.

FIN

NOTA DE LA AUTORA.

En esta novela se menciona a la familia Davenports. Si conocéis un poco la historia y cultura londinense, sabréis entonces que el uso de este apellido no es casual.

La Davenports Magic Shop existe, por eso Noa reacciona rápidamente. La tienda se fundó por Lewis Davenports en 1898 y ha pertenecido a la familia desde entonces, lo que les ha convertido en la tienda de magia más antigua del mundo, llegando a recibir incluso un récord Guinness.

Sin embargo, quiero dejar constancia de que todo lo descrito en esta historia sobre los poderes de las mujeres Davenports, así como lo relativo a Áteravita, es pura ficción. No existe. Me pareció que la historia de los Davenports por sí misma ya resultaba una gran fuente de inspiración y me emocionó imaginar que en sus venas, quizá sí que pudiera haber algún rastro de magia. Por ello, pido perdón si alguien se ha podido confundir con el detalle, así como también, espero que ningún Davenports pueda sentirse ofendido con la mención. Para mí, no era más que un pequeño tributo a su vida, a su completa entrega a la magia, aquella en la que todos hemos creído alguna vez.

Desde mi humilde estudio: gracias por hacer posible la existencia de la señora Margareth Davenports.

A ti, querido lector, que has llegado hasta aquí.

Gracias por disfrutar de esta historia.

A continuación encontrarás de forma totalmente gratuita los primeros capítulos de “*Un mundo para Héctor*”, una historia de superación, de lucha y sobre todo, de silencios capaces de mover el mundo.

Pero antes, si os ha gustado esta novela, quiero recordaros que **vuestras opiniones son muy importantes** para mí.

Podéis hacérmelas llegar a través de **Amazon**, para que otros lectores puedan conocer qué os ha parecido la historia de Noa y así, se animen también a descubrir la magia de *Álteravita*.

Gracias por darles una oportunidad.

También podéis contactar personalmente conmigo en cualquiera de mis perfiles y usando el hashtag #*Álteravita*.

www.facebook.com/estefaniayepesescritora / @nia_yepes

www.estefaniayepes.com

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



UN MUNDO PARA HÉCTOR, I

EL CUENTO QUE NUNCA VIO EL FINAL.

CAPÍTULO 0

Esa mañana despertamos ilusionados. Íbamos a visitar por última vez lo que en cuestión de unos meses se convertiría en nuestro nuevo hogar. Siempre nos habíamos considerado muy urbanitas, pues los dos crecimos en pleno seno de la ciudad. Sin embargo, cuando él llegó a nuestras vidas todo cambió. Se convirtió en nuestra prioridad absoluta y creímos que lo mejor para todos sería mudarnos a las afueras, a algún lugar en el que pudiéramos vivir en una casita con jardín. Él crecería alejado del bullicio y ajeteo de la urbe y podría jugar tranquilo en el jardín, o en la calle, junto a sus vecinos. Con suerte, con el tiempo acabaríamos esperando la llegada de un hermanito —o hermanita, si el destino se ponía de mi parte— y todo sería muy distinto a nuestra actual vida.

Nos casamos por amor. No había dinero de por medio, ni apuestas, ni intereses más allá de los de nuestros propios corazones. Éramos muy jóvenes cuando dimos el paso, demasiado tal vez, pero jamás pasó un día en el que nos arrepintiéramos de haber tomado aquella decisión. A su lado todo era fácil, divertido y sencillo, nunca había lugar para las complicaciones. Dar inicio a una nueva vida juntos nos llevó mucho trabajo al principio. Nuestros padres nos ayudaron tanto como pudieron, pero nada nos había caído del cielo: cada cosa, cada mueble, cada curso, absolutamente todo salía de nuestro esfuerzo diario. Luchamos con ímpetu para poder independizarnos, pues las cosas últimamente no funcionaban muy bien en el ámbito laboral. Las últimas reformas de las leyes estatales por culpa de los constantes cambios en el gobierno central habían empeorado el panorama y los jóvenes crecíamos con incertidumbres, trabajos precarios, sueldos irrisorios y currículos cargados de formación, pero sin posibilidad de experiencia en nuestros respectivos campos... Sin embargo, nunca nos faltaron fuerzas para asumir cualquier tarea que pudiéramos llevar a cabo por nosotros mismos. Trabajábamos los dos fuera e incluso, en numerosas ocasiones lo hacíamos desde casa.

La cosa se había suavizado con la llegada del bebé. Nuestros empleos se estabilizaron y comenzamos a disponer de un poco más de tiempo para dedicarnos a nosotros mismos y a nuestra pequeña familia. Reconozco que su llegada fue totalmente inesperada y que incluso, me desmoroné al descubrir que estaba embarazada. Sin embargo, con la ayuda de mi familia y sobre todo, la de mi marido, supimos que podríamos hacerlo y que todo saldría bien. Pero de eso ya había pasado un tiempo.

Decidimos que no iría a la guardería puesto que ahora, nuestros horarios nos permitían cuidar de él en casa. Hacíamos turnos en el trabajo para que nunca estuviera desatendido y raras eran las ocasiones en las que nos veíamos obligados a dejarle con sus abuelos —aunque ellos se murieran de ganas de tenerle entre sus brazos y no cesaran en recordárnoslo—. Sin embargo, aquel día era especial y aunque en un primer momento hubiéramos pensado que lo mejor sería dejarle con mis padres, al final decidimos llevarle con nosotros pues, en definitiva, aquel también iba a ser su nuevo hogar.

Nos hallábamos en plena Meridiana, parados a la salida de la ciudad por culpa de aquellos interminables semáforos que habían instalado hacía tan solo unos meses. Conducíamos sumidos en un extraño silencio, fruto de los nervios y de la felicidad que nos poseía. Sin embargo, era uno de aquellos silencios que nunca importaban, de aquellos que incluso, podrías llegar a agradecer. De hecho, íbamos en silencio porque sencillamente, no había palabras en el mundo con las que describir el júbilo y la felicidad que nos embriagaba en esos momentos.

El semáforo cambió de color y al ponerse en verde, toda aquella sucesión de conductores que habían quedado detenidos temporalmente en aquel punto de la carretera, arrancaron sus vehículos casi de forma simultánea. Era muy pronto, la hora punta como solía llamarse. Sin embargo, si mirábamos a un lado y a otro, lo único que veíamos eran caras largas, tristes, ojeras... gente que a esas horas ya se encontraba vociferando a través de los dispositivos de manos libres de sus vehículos. Aquello no era vida y jamás deseamos eso para nosotros. En ese instante, giré la cabeza hacia mi izquierda y me encontré con su mirada, tan limpia y sincera como lo había sido siempre.

Nos lo dijimos todo sin decirnos nada. Nuestras vidas nos pertenecían y para nada queríamos que aquel malestar general que poseía a la gente por las mañanas pudiera convertirse en nuestro *modus vivendi*.

Nos sonreímos, cómplices de nuestros sentimientos, y lo hicimos como solo lo hacen aquellas personas que conocen el verdadero significado del amor. ¿De verdad existía en el mundo alguien más que hubiera experimentado alguna vez lo que nosotros sentíamos? Llegué a pensar —en alguna de aquellas ocasiones en las que me permitía divagar entre mis propios pensamientos de colegiala feliz— que era la única mujer en la faz de la tierra capaz de profesar tales emociones por un hombre. Aunque creo que todos los seres humanos hemos llegado a pensar tal cosa alguna vez, lo cual, me tranquilizaba.

Era consciente de que en un momento dado, cuando nos encontramos bajo los efectos de lo que puede considerarse propiamente como “estar enamorado”, nuestro cuerpo segrega una serie de sustancias, descargas emocionales e incluso físicas, que nos llevan a pensar que no hay nadie en todo el planeta, ni lo habrá jamás, que pueda llegar a sentir nada parecido a lo que aquella persona nos hace sentir a nosotros. La percibimos como única, especial, diferente y por encima de todo eso, como nuestra. Yo tuve esa sensación desde el primer momento en el que nuestras miradas se cruzaron, con una intensidad tan arrolladora que podría haber provocado un verdadero huracán. Supe que nos pertenecíamos el uno al otro y que nuestras almas permanecerían unidas hasta el resto de nuestros días.

Cogimos la C-17 a la salida de la Meridiana. Él conducía tranquilo, sin ningún tipo de prisa, pues habíamos salido con tiempo suficiente como para llegar, aparcar y tomar un café en cualquier bar, antes de reunirnos con los actuales propietarios de la casa. La emoción podía palpase en cada poro de nuestra piel y nos dejamos subyugar por aquella maravillosa sensación.

—¿Por qué no aceleras un poco más? Vas a setenta...

—Cariño —contestó con una de sus habituales sonrisas—, voy a ochenta y no tenemos prisa.

—Tengo ganas de llegar...

—Y yo también. No desesperes, en unos minutos estaremos ahí.

—¿Crees que le gustará a Héctor?

—¿Y por qué no iba a gustarle?

—Tienes razón... ¡Es que estoy muy nerviosa!

Sentí su mano sobre mi muslo, una caricia suave sobre mi piel que pudo rozarme incluso el alma. Aquella era su mayor virtud. Él era la única persona capaz de llegar al fondo de mi ser, acariciarlo, removerlo y cuando era necesario, consolarlo también. Percibí su tranquilidad y respiré profundo una vez más. Todo iba a salir bien.

Llegamos a la altura de *Montcada i Reixach* y pasamos de largo aquella fábrica de cemento que tanto odiaba. Jamás me había gustado. Era horrible, triste, oscura y desentonaba con el paisaje. Además, el polvo de cemento que escapaba de entre sus instalaciones iba a parar de lleno a la carretera, convirtiéndola en resbaladiza y sobre todo, en altamente peligrosa.

Él tenía la vista puesta en la calzada y no la separaba de ahí, a pesar de que yo pudiera decirle cualquier cosa. Aunque, a decir verdad, aquel tampoco era uno de mis días más parlanchines. Pasamos de largo la dichosa fábrica y fui consciente de que se me iluminó de nuevo la mirada. El paisaje de fondo —a pesar de los edificios— volvía a ser verde y aquello me tranquilizaba. De hecho, estaba tan sumida en aquella sensación de paz interior que el frenazo del coche me cogió por completo desprevenida. Sin embargo, fue tan brusco que llegó a cortarme incluso la respiración.

Había escuchado en numerosas ocasiones que aquella curva era peligrosa, pero jamás habíamos tenido ningún problema con ella puesto que nunca solíamos correr por ese tramo, como tampoco lo hicimos aquel día. No obstante, cuando dirigí la vista hacia la carretera, no me dio apenas tiempo a percibir qué era lo que estaba sucediendo. Vi que un vehículo se incorporaba a la calzada a gran velocidad desde un punto en el que su visibilidad todavía era

buena. Tenía que habernos visto por narices... Pero lo hizo sin apenas mirar a la carretera y ahora luchábamos por frenar nuestro vehículo y recuperar el control del mismo. Aquella curva era peligrosa porque a pesar de estar desnivelada, por el lado izquierdo tenía el muro de cemento que servía de mediana y por la derecha, había directamente una caída al vacío de unos quince o veinte metros, como mínimo.

Todo sucedió demasiado deprisa.

Mi marido trataba de frenar el coche con un fuerte chirrido de los neumáticos pero cuando mi cabeza logró echar una mirada hacia atrás para comprobar que nuestro pequeño estaba bien, fui consciente de que el vehículo que venía tras el nuestro perdía el control, justo antes de impactar contra nosotros. Todo sucedió en cuestión de segundos, tal vez milésimas. Escuché el fuerte estruendo y sentí una fuerte presión en el pecho. No era dolor, era algo distinto que jamás había experimentado. Escuchaba de fondo los llantos despavoridos de mi niño, mi pequeño príncipe. Lloraba desconsolado y yo me moría por atenuar su dolor. Alargué la mano con dificultad, pero sentía que aquella extremidad ya no me pertenecía.

Intenté abrir los ojos, pero también había algo que me impedía ver lo que me rodeaba. Logré al fin llegar a él y sentí su pequeño corazón latiendo con fuerza, muy agitado, mientras su llanto continuaba martilleándome por dentro. Palpé lentamente a ciegas y comprobé que todo él estaba intacto. No distinguí heridas, ni rasguños y sus pequeñas extremidades continuaban agitándose al compás de sus aterradores llantos. Entonces, sentí otra mano buscando mi piel. Se movía todavía más pausada que la mía, casi de forma imperceptible. Llegó a la altura de mi brazo y lo recorrió con más lentitud todavía, hasta que nuestras manos se encontraron. Percibía su sufrimiento a través de aquellos dedos y quería transmitirle toda la fuerza —aunque fuera poca— que todavía me quedara.

Había sido mi único amor, el único hombre por el que hubiera dado mi propia vida. Nuestros dedos se entrelazaron y sentí que su mano perdía la fuerza después de un último apretón. Con la otra mano, que todavía tenía puesta sobre el regordete muslo de nuestro hijo, continuaba acariciando aquella piernecita a la que tantos besos había dado. Lo hice sin poder mirarle

a la cara y decirle que no pasaba nada, que aquello no era más que un susto, pero mi cuerpo comenzaba a no obedecerme y lentamente, sentí que su llanto se alejaba y todo a mi alrededor se convertía en un oscuro y desconocido silencio.

CAPÍTULO 1

Dos años después.

Había una vez una princesa, hija de unos humildes y bondadosos padres que, a pesar de no albergar título nobiliario alguno, deleitaba día tras día a todos los aldeanos con su sonrisa.

Aquella princesa llegó en el mejor momento, pues sus padres ansiaban colmarla de todo cuanto poseían, aunque principalmente, de felicidad.

La princesa creció sin perder aquella maravillosa sonrisa, aunque con el paso de los años, sus poderes también crecieron, convirtiéndose así en la más bella, dulce y bondadosa de todas las jóvenes del reino.

Jamás tuvo problema alguno con su hermana pequeña que, a pesar de evidenciar los celos que sentía hacia ella en numerosas ocasiones, nunca consiguió alterarla de forma notable. Fue ella la que se encargó de enseñarle todo cuanto sabía y conocía del mundo en el que vivían para que su hermana, que la escuchaba siempre embelesada, pudiera afrontar la vida con las menores dificultades posibles.

Cuando la princesa se hizo mayor, cientos de pretendientes comenzaron a rondar su castillo. Sus padres, atentos a todos sus movimientos, observaban pacientes y confiados las decisiones de su primogénita, pues pocos eran los afortunados que lograban llegar a mantener una conversación con ella.

Sin embargo, llegó un día en el que uno de ellos lo consiguió y logró cruzar la invisible barrera que ella misma había creado a su alrededor, llenándole todos y cada uno de sus días de inolvidables e irrepetibles sonrisas.

—Héctor, cariño, despierta. ¡Hoy es tu primer día de colegio!

El pequeño abrió lentamente los ojos, intentando enfocar con la mirada el rostro que tenía delante. Con la delicadeza propia de un niño de tan solo tres años, los frotó con su rolliza mano y volvió a abrirlos de nuevo.

—¿Tienes ganas de empezar el cole? —pregunté, llenándole la cabeza de besos antes de cogerle en brazos—. Estará lleno de niños que estarán encantados de jugar contigo.

Héctor entornó la cabeza y asintió un par de veces, todavía perezoso. Era un niño alegre y juguetón. Le encantaba llenar el suelo de su habitación con todo tipo de muñecos y bichos de plástico que más tarde guardaba en una especie de cofre, como si de un verdadero tesoro se tratara. Así podía pasarse las horas que quisiera. En ocasiones, cuando no estaba distraído con los juguetes, andaba siempre con una libreta en las manos donde pintaba indistintamente cosas sin sentido. Un día le daba por los colores y otro por los números —lo cual, no dejaba de asombrarme—. Llenaba páginas y páginas con dibujos infantiles y letras que yo aún no lograba entender cómo había podido aprender a escribir. Su comportamiento era ejemplar y nunca le había encontrado haciendo ninguna travesura. Sin embargo, había una única cosa que a día de hoy, todavía me traía de cabeza pues, a sus tres años de edad, Héctor jamás había pronunciado palabra alguna.

Ayudé al niño a vestirse con cuidado —primero los pantalones y después la camiseta—, asegurándome de que acabara de quedar todo en su sitio. Le acerqué los zapatos y él, después de observarlos durante algunos segundos y haciendo alarde de verdadera astucia, puso en cada uno el pie que correspondía. En ocasiones, me sorprendía de la destreza que Héctor mostraba para cierto tipo de cosas, no obstante, tampoco me había detenido a pensar cuál era la edad habitual en la que un niño aprendía a distinguir la derecha de la izquierda. Supuse que esos momentos simplemente, llegaban.

Héctor corrió hacia la cocina y se sentó en la silla que le había

regalado por su tercer cumpleaños, hacía ya un par de meses de ello. Le había hecho muchísima ilusión dejar la trona a un lado y recibir su primera silla de niño “mayor”, aunque esta fuera —junto a la mesa— de un tamaño mucho más reducido que las normales.

Permaneció en ese lugar, inmóvil, a la espera de que le sirviera el desayuno. Así pues, dejé el bol de leche con cereales sobre la mesa y me senté en la otra diminuta silla que había al lado de la suya para ayudarle con la comida, pues era todo un especialista en derramarse la comida por encima cada dos por tres.

Aprovechamos ese ratito para empezar el día con energía y una gran sonrisa. Jamás desistía en mis intentos de estimular a Héctor para que este se animara a hablar. Le explicaba historietas, le cantaba canciones infantiles mientras el niño abría la boca y desayunaba sonriente e incluso, le hacía preguntas, aun sabiendo que la única respuesta que obtendría sería un gesto afirmativo —o negativo— con la cabeza. Una vez hubo terminado, Héctor corrió hacia la entrada, nervioso por el día que tenía por delante, y me esperó allí inquieto, con la felicidad reflejada en el rostro. Le miré sonriente y le tendí un pequeño sándwich que metí en el interior de la mochila que unos días atrás le había regalado mi madre y que tenía la forma de uno de aquellos peluches de unos dibujos sobre una *Patrulla canina*, justo antes de colgarla en la espalda de Héctor. Estaba tan adorable con su bata de cuadritos azules... Sentí que se me arremolinaban las lágrimas en la comisura de los ojos mientras le observaba impaciente. ¡Estaba más nerviosa que él! Cogí el teléfono móvil de mi bolsillo y le avisé de que iba a hacerle una foto, a lo que él reaccionó ofreciéndome aquella sonrisa de ratoncito tan suya y con la que siempre lograba derretirme.

Llegamos a la escuela apenas diez minutos más tarde. En su momento, me decidí por ese colegio por su inmejorable situación, pues se encontraba muy cerca de nuestro apartamento —y del de mis padres, lo cual facilitaba mucho las cosas—, así como también de mi trabajo. Vivíamos en el barrio de la Sagrada Familia, muy cerca de aquel gran monumento al que Gaudí había dado vida y que todavía a día de hoy, continuaba inacabado. De hecho, nuestro

edificio estaba situado en una avenida que llevaba el nombre del famoso arquitecto pues, a pesar de que me había costado horrores conseguirlo, estaba totalmente enamorada de la peculiar vida del lugar. Me gustaba porque era lo suficientemente céntrico como para tenerlo todo a mano y a la vez, continuaba manteniendo en sus callejuelas aquella vida y estructura tan típicas de un barrio, donde la mayoría de vecinos se conocen tras el paso de los días. Además, aquella avenida era una verdadera joya. Estaba llena de heladerías, panaderías, pastelerías y bares en los que la variedad era su mayor tesoro.

Cuando llegamos a la puerta principal del colegio, Héctor no se dejó intimidar por la presencia de tantos niños. Al contrario que muchos otros, que lloraban desconsolados, él caminaba tranquilo cogido de mi mano. El primer día era de adaptación, por lo que los padres podían entrar con los niños y pasar la mañana junto a ellos en las aulas, conociendo a los nuevos profesores y compañeros.

Héctor se sentó en una de aquellas diminutas sillas y lo hizo entre dos niñas que parecían realmente asustadas ante la gran cantidad de niños y personas que había en la clase. Le observaba desde la distancia, atónita ante la pasmosa parsimonia que Héctor reflejaba, pues su atención no se desviaba en ningún momento de su nueva profesora, la señorita Lucía, sin apenas dirigir la vista hacia ninguno de aquellos niños que, a partir de ahora, serían sus compañeros durante mucho tiempo.

Cuando terminó la mañana, los padres que querían comentar alguna cosa con la profesora fueron acercándose por orden a ella para hacerlo. Decidí esperar a que la clase se vaciara y cuando ya solo quedábamos los tres, me acerqué por fin a la chica.

—Hola, Lucía —saludé tendiéndole la mano—. Me llamo Jana y ese de allí es Héctor.

—Encantada de conocerte, Jana. ¿Os ha gustado la clase que os han asignado?

—Sí, mucho. Creo que tiene todo lo que necesita un niño de su edad y me parece que Héctor se siente cómodo en ella. Sin embargo, he esperado hasta ahora para hablar contigo porque me gustaría comentarte cierto aspecto delicado acerca de Héctor.

—Por supuesto. Dime, ¿puedo ayudaros en algo?

No supe decir a ciencia cierta qué era lo que tenía Lucía que me permitió mostrarme ante ella con total sinceridad. Quizá fuera la amabilidad con la que trataba a todo el mundo, o tal vez que no existiera entre nosotras gran diferencia de edad. No estaba del todo segura.

—Te voy a ser sincera. No sé muy bien todavía a qué es debido pero Héctor aún no ha aprendido a hablar, a pesar de que nos esforzamos a diario con el tema...

—En primer lugar, respecto a lo de hablar no te preocupes. Los niños pasan por diferentes etapas o estadios emocionales. Quizás ahora mismo no hable y tal vez dentro de unos meses no logres hacerle callar. A veces, todo es cuestión de tiempo.

—Gracias, saber esto me consuela un poco. No obstante, quería comentarte que el niño entiende a la perfección todo cuanto se le dice, con lo que no debería de darte problemas con el ritmo de la clase.

—No te preocupes, déjame que le observe durante unos días y si aprecio algo que me llame la atención, prometo llamarte y hablar detenidamente sobre ello. Si te parece bien, claro.

—Por supuesto. Muchísimas gracias por todo, Lucía. Me alegra saber que Héctor estará bien atendido.

Nos estrechamos la mano con educación, en un signo de recíproca cordialidad.

—Gracias a ti por confiar en nosotros. Es todo un placer.

—Héctor —dije dirigiéndome esta vez al niño—. Acércate, cariño. Volvemos a casa.

Se levantó de un salto, cogió con una mano la mochila-pelucho y arrastrándola por el suelo a su paso, se acercó de nuevo a mí.

Salimos al pasillo cogidos de la mano tras despedirnos de su nueva profesora. Caminábamos con templanza cuando de pronto, mientras andaba distraída un segundo mirando la pantalla de mi teléfono móvil, me percaté de que alguien me llamaba a unos metros de distancia.

—¡Señorita! Disculpe, señorita —dijo de nuevo la voz, esta vez más próxima a mí—. Creo que se le ha caído esto.

Me giré hasta quedarme frente al hombre que se dirigía sin duda alguna a mí, pues no había nadie más en el pasillo que no fuéramos nosotros.

—¿Cómo dice?

El hombre que tenía delante no debía de contar más de treinta años, treinta y dos a lo sumo. Vestía un elegante traje de raya diplomática con una camisa gris clarito y una corbata granate, cuidadosamente conjuntada. Le quedaba entallado con la perfección que solo un hombre que supiera lo que llevaba podría lucir. Un hombre alto, firme y robusto. Llevaba el pelo corto y una barba recortada con precisión al milímetro. Su mirada —de un intenso color miel—, invitaba a perderse en una profunda oscuridad que auguraba de todo y que llevaba implícito el término peligro en una especie de cartel luminoso que alarmó a mi cerebro casi al momento. En ese instante, absorta como lo estaba en mis propios pensamientos, noté como el niño me daba un par de tirones en la mano llamándome la atención, sacándome así de mi estupor. Mi lengua parecía un zapato y mi rostro debía de ser todo un poema.

—Sí, es la agenda de Héctor —respondí al tiempo que sujetaba la colorida libreta que el hombre me tendía—, se le debe de haber caído de la mochila. Mu... Muchas gracias.

¿Pero qué narices me pasaba?!

—De nada. Que pasen un buen día.

Dicho esto, después de una cordial —aunque extraña— sonrisa, el hombre dio media vuelta y desapareció por donde había venido. Resté inmóvil

durante algunos segundos más, intentando imaginar quién podía ser aquel tipo que para nada pegaba en un ambiente escolar. Quizá fuera el padre de algún niño cosa que, sin saber muy bien por qué, me hizo todavía más gracia.

Sacudí con disimulo la cabeza y volví a meter la agenda en la mochila —que me aseguré de cerrar con cremallera esta vez— y reanudé de nuevo el paso en dirección a nuestro apartamento, con una inesperada sonrisa instalada en el rostro.

CAPÍTULO 2

—Que sí, mamá. Héctor lo pasó muy bien en el colegio... No, no lloró en ningún momento... —dije con voz cansina a la mujer que había tras la otra línea del teléfono—. Que sí, que ya le he contado a la profesora los problemas del niño. ¿Quieres dejar de ser tan pesada?

Me hallaba en el interior de la tienda tratando de pintar la última mesa que me habían traído tan solo un par de días atrás. Mantenía el teléfono sujetado entre la mejilla y el hombro y hablaba con mi madre mientras daba unas últimas pinceladas de un color rojo intenso, poniéndome las manos perdidas por culpa de la distracción que me provocaba la mujer.

Era licenciada en Historia del Arte. Al terminar los estudios —y pasado un tiempo de infructuosa búsqueda de empleo— comencé a indagar la manera de crear un negocio propio que me diera lo suficiente como para vivir los dos sin demasiados problemas. De ese modo, después de darle muchas vueltas —y con un poco de ayuda por parte de mis padres— empecé a restaurar muebles viejos o baratijas que iba encontrando en grandes almacenes, para venderlos más tarde con diseños únicos a través de internet. El negocio prosperó muy rápidamente, ayudada por una gran campaña de publicidad en las redes sociales de la que se encargó por completo mi amiga Minerva. Así pues, cuando llevaba un año viviendo íntegramente de los beneficios de mis diseños, inicié la búsqueda de un local en el que establecer mi negocio. De ese modo, encontré uno de justas dimensiones, aunque lo suficientemente amplio para instalar en él un pequeño taller y una zona de venta.

La tienda estaba situada en el mismo barrio donde residíamos, en plena calle Marina, justo en la esquina que daba a la Plaza Gaudí. Con la ayuda de mis padres, lo había arreglado un año atrás —puesto que los anteriores inquilinos lo habían dejado en muy mal estado— y le había dado una

apariencia moderna, juvenil y atrevida. La pared que daba al exterior era toda acristalada, elemento que aproveché con habilidad para crear un escaparate en el que mostrar pequeños objetos de decoración que yo misma creaba o restauraba. La estancia, al ser rectangular, me dio muchas posibilidades. En la parte de la derecha, aproveché para establecer el mostrador principal, donde instalé una caja registradora y una estantería acristalada en la que guardaba los objetos de mayor valor. Toda la tienda conformaba un espacio diáfano en el que fui estableciendo sin ningún orden —pero con elegancia— diferentes mesas, figuras y objetos que ponía a la venta por un atractivo y módico precio.

Al final de todo, en la parte izquierda de la sala, había instalado lo que desde el primer día se había convertido en mi taller. Estaba compuesto por una gran mesa, amplia y despejada, en la que depositaba el objeto en el que estuviera trabajando. Detrás de esta, había un panel en el que tenía colgados todos los utensilios y herramientas que necesitaba para realizar las tareas de restauración. Finalmente, en un rincón había apilados en forma de castillo, toda una serie de cubos de pintura —de diferentes estilos, gamas y colores— con los que daba el último toque a los muebles.

Al lado del mostrador había puesto una mesita y una silla de colores infantiles, igual que la que tenía en casa, ya que muchos días me traía a Héctor al taller. El niño parecía disfrutar allí dentro y no daba muestras de aburrirse, pues tenía a su alcance todo un repertorio de ceras y colores con los que poder pintar durante horas en aquellas libretas que tanto le distraían. Se había convertido en una especie de réplica mía en miniatura, pues era indiscutible que llevaba el arte en las venas.

A pesar de que mi madre y yo nos habíamos distanciado de forma notable a causa de las disputas por la crianza del niño, con el paso de los meses la mujer empezó a darse cuenta de la forma en la que yo sufría día a día un importante cambio, dando muestras de una madurez de la que jamás había hecho alarde, para ser sinceros.

Me ayudaba en el mostrador en numerosas ocasiones. Comenzó

pasando por la tienda una vez a la semana hasta que al fin, sus apariciones allí se convirtieron en una visita diaria que le ocupaba gran parte de la mañana. Pero su presencia no me molestaba, en absoluto.

La campanilla de la puerta sonó y levanté la cabeza por encima de la mesa que estaba terminando de pintar.

—Hola, florecilla —me dijo una voz muy familiar—. ¿Cómo fue el primer día de Héctor?

Minerva entró al taller igual de elegante que siempre. Llevaba puesto un delicado vestido con un estampado floral, atrevidamente colorido. Las sandalias —con un elevado tacón que hacía mucho tiempo que yo no me atrevía a calzar— conjuntaban a la perfección con el bolso que colgaba de su hombro, en un tono salmón anaranjado. Llevaba la pelirroja melena recogida en una coleta a la altura de la nuca y el flequillo, de corte recto, le tapaba la frente hasta cubrirle casi por completo las cejas.

Iba a darle dos besos al saludarla, pero me di cuenta de que llevaba todo el rostro salpicado de pintura, como si este estuviera cubierto de diminutas pequitas rojas. Le lancé un beso con la mano desde una distancia prudencial y ella se acomodó en el taburete que había detrás del mostrador principal, lejos del peligro que representaba la pintura para ella.

—Hola, *Ervs*. No te esperaba todavía. ¿Has terminado ya por hoy? —dije mirando extrañada el reloj que colgaba en la pared—. Es muy pronto.

—Calla, calla... Menudo día llevo. Vengo de cerrar un acuerdo con unos importantes clientes del despacho de mi padre. He pasado toda la mañana con un estado de nervios increíble, pero por fin ha terminado. Llevábamos muchas semanas detrás de este asunto, así que me he concedido el resto del día libre. Pero bueno, dime... ¿Cómo le fue a mi bicho bola?

—¡No le llames así! —añadí entre risas antes de responder a su pregunta—. Pues bastante mejor de lo que creía. Le han asignado una profesora muy simpática y la clase es bonita. Creo que no tendrá muchos problemas de adaptación.

—¿Le comentaste lo de que nunca habla? —preguntó mientras sacaba

un par de tazas de agua del microondas y ponía una bolsita de té en cada una de ellas—. Quizás exista algún tipo de protocolo a seguir en estos casos.

—Se lo dije al final del día y me comentó que por ahora, no era necesario preocuparse. Le observará durante unos días y si encuentra algo que no sea propio de un comportamiento habitual, lo trataremos en otra reunión.

—Perfecto, entonces. ¿Comemos juntas? Podemos pedirle al chino que nos lo traiga aquí, te veo muy liada.

—De acuerdo. Pide tallarines y pollo agridulce para mí. ¡Me muero de hambre!

Minerva cogió el teléfono y empezó a hacer el pedido mientras se dirigía hasta la puerta y cambiaba el letrero de *abierto* por el de *cerrado*.

La comida no tardó mucho en llegar. Nos sentamos en el mostrador, la una frente a la otra, y con la ayuda de los palillos, devoramos con ansia los diferentes platos que habíamos pedido.

—¿Te apetece salir esta noche? Dan una fiesta en un local del centro. Hace tiempo que no sales y te iría bien despejarte un poco. ¿Qué me dices?

Le dediqué una mirada incrédula mientras sorbía uno de los fideos que tenía cogido entre los palillos.

—Tengo que ocuparme del niño, no es momento para fiestas... Ya lo sabes.

—Vamos, Jana, tus padres se lo quedarán encantados... Tienes veinticinco años, ¡debes salir y disfrutar un poco!

—Te digo que no me apetece... Además, no tengo ni ropa de fiesta, ni ganas de salir.

—Por la ropa no te preocupes, sabes que puedes coger de mi armario lo que quieras. Y en cuanto a lo de las ganas... Un buen revolcón —añadió sonriente señalándome con los palillos—, ¡eso es lo que necesitas!

—Pero, ¿tú estás loca? —contesté, sorprendida por la salida, aunque divertida por el comentario de mi amiga—. ¿Tú me has visto bien? A ver, dime, qué chico de mi edad querría salir con una chica como yo que, además, está a cargo de un niño pequeño... ¿Quién, eh?

—¡Pues cualquiera que tenga dos dedos de frente! Tu problema es que no te arreglas lo suficiente, pero tienes buen físico. Te has acostumbrado a esos tejanos cómodos y a las camisetas sueltas y ya no sabes salir de ahí... Va, déjame que te busque algún ligue, uno de aquellos que te saquen los colores con solo una mirada...

Reí ante la idea que me proponía esa pelirroja que tenía por amiga y que ahora me mostraba unos divertidos pucheros mientras parecía dispuesta a hacer de celestina, costara lo que costase.

—Esos no existen, y lo sabes —contesté acercándome un trozo de pollo a la boca.

—Claro que no, y menos aún si te quedas encerrada en casa.

Pasamos un par de horas más en la tienda. Minerva me iba contando cosas mientras aprovechaba el tiempo para trabajar y mandar correos a través de su iPad. Yo, por mi parte, continué pintando la mesa en la que llevaba trabajando tantas horas, volviendo a darle una nueva capa de color a las partes que habían quedado desiguales.

—¡Ya está! —exclamó de pronto, provocando que casi estropeará una de las patas por culpa del sobresalto.

—¿Qué es lo que ya está?

—Tu perfil.

—¿Mi perfil de qué? —continué preguntando sin comprender a qué se refería.

—Tu perfil en la página de citas.

—¿Mi *quéeee*?! —Me quedé boquiabierta al escuchar aquellas palabras.

—Espera, no te alteres antes de tiempo...

—¿Que no me altere?! ¿Pero, tú estás loca?

—A ver, Jana. Dices que no tienes tiempo para salir y conocer a chicos que, según tú, son totalmente inmaduros e infantiles para afrontar tu situación. Sin embargo, sí que tienes tiempo para estar en casa... ¿Qué más te da conocer a alguien a través de una pantalla?

Me quedé pensativa ante la respuesta que acababa de recibir. No me gustaba la encerrona en la que me había metido pero, por otra parte, tampoco me sentía enfadada por ello.

—Ahí solo puedes encontrar a tíos desesperados por echar un polvo y a gente rara...

—Qué anticuada estás, cielo. No tienes ni idea. Hay mucha gente que se encuentra en la misma situación que tú, o parecida, y que optan por esta clase de páginas para conocer a otras personas.

—Ay, no sé... Me parece un poco triste y frío, la verdad —añadí vacilante.

—Triste es que con veinticinco años, no te acuerdes de lo que pueden hacer las manos de un hombre... ¿Me oyes? —contraatacó sin piedad, aunque sin borrar la sonrisa del rostro—. Va, *por fi*, confía en mí.

—Está bien, deja abierto el maldito perfil... —concedí al fin—. Pero no te aseguro que vaya a usarlo, ¿entendido?

—¿A sus órdenes! —soltó llevándose la mano hacia la frente. Miró el reloj y bajó del taburete de un salto—. ¡Me olvidaba de que tengo cita en la peluquería! Te veo otro día. ¡Pórtate bien!

Me lanzó un beso desde la puerta y desapareció rauda y veloz dejándome allí en pie, pincel en mano y con la mente metida en esa estúpida página en la que acababa de registrarme.

Si quieres saber cómo continúa esta historia, puedes adquirirla ahora mismo en Amazon, tanto en formato digital como en su edición en papel.

Espero que te haya gustado...

¡Gracias por continuar hasta aquí!